

Z/ 13135: 15, 761 (1926)

FRAY MOCHO



"La del mantón rojo"

N.º 761

La última creación
de BÂGLEY

Toda una deli-
ciosa novedad



Frutales



ES la primera combinación que se realiza en el país de un exquisito dulce de membrillo o higo de la mejor calidad conocida, envuelto en la apetitosa masa de una rica galletita.

Es un bocado delicioso. Sano, alimentoso en grado superior. Más saludable que bombones. Más rico que una galletita común. Su esmerada elaboración es un nuevo triunfo de BÂGLEY.

EN VENTA EN TODAS PARTES

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 23 de n vic de

Berlin

N.º 761

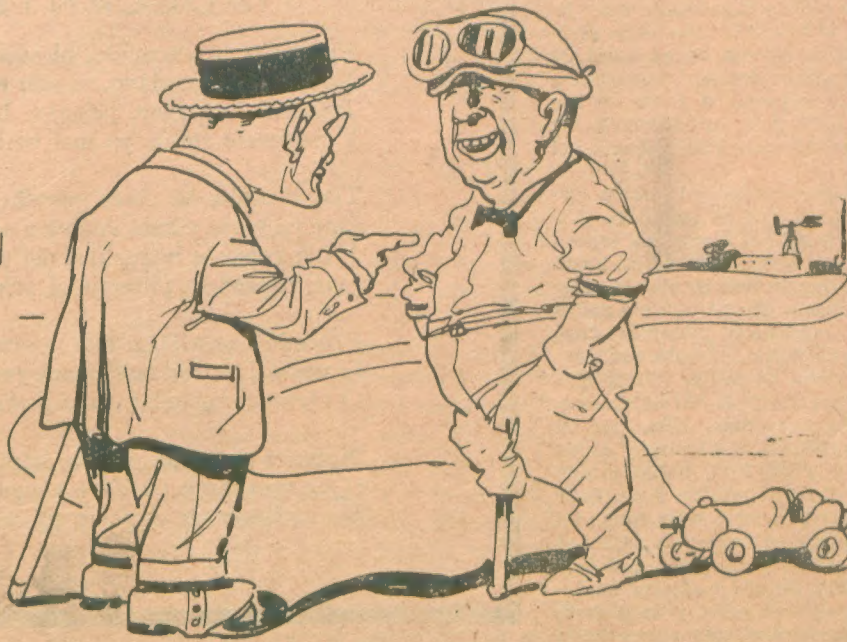
De la vida que pasa, por Rojas



—¡Demos gracias al Creador por el crimen de Vicente López! Antes nos mataban con cianuro a nosotras, pobres hormigas, y ahora la gente se suicida a diario con el mismo veneno, por cuya razón se va a prohibir su venta. Todo se lo debemos agradecer a Pando.
Coro de hormigas.—¡Viva Pando!!



■ —En Banderillas, Méjico, unos bandidos mataron a estocadas a los soldados que guardaban la población y luego saquearon las casas de comercio.
■ —¿Banderillas y estocadas? Eso me huele a corrida de toros.



—Ha sido un gran triunfo el de usted, Bossola, al ganar la carrera de Esperanza; sobre todo, teniendo una pierna de palo. ¿No temió usted salir derrotado?
—¡Qué esperanza! Yo siempre tuve la esperanza de ganar la carrera de Esperanza...



—Un barco inglés, ha sido a saltado en los mares de la China por unos piratas nativos, que se llevaron setenta mil pesos oro.
—Pero, ¿no eran ingleses los tripulantes?
—Sí; pero no sé qué les hicieron, que los engañaron como chinos.

—El Congreso de Municipalidades se ha inaugurado en el teatro Colón. Por cierto que un representante se levantó para hablar y le dijeron que allí no tenía voz.
—¡Es el celmo; no tener voz en el Colón!



Después del divorcio

Por Paúl Marguerite

El señor Dautrenes, preso de gran agitación, paseaba de un extremo a otro del salón. Su madre, sentada en un sillón, blanca bajo sus cocas empolvadas, parecía absorta en la lectura de un libro. Pero, a hurtadillas, sus miradas se dirigían inquietas a su hijo.

La puerta se abrió, y el tío de Dautrenes, el viejo general Forgeut, entró y se dirigió a su sobrino.

—¡Eres libre! — le dijo. — Vengo del Palacio de Justicia. El Tribunal ha fallado tu divorcio.

Dautrenes se inclinó, sin encontrar una palabra. En aquel silencio irrevocable sonó en sus oídos como un doblar fúnebre de campanas. Inmediatamente el alivio de saber, de no ir ya desalentado tras de lo desconocido, dilató con una alegría triste su corazón. Dejó escapar un hondo suspiro. Su madre, con los ojos triunfantes, fué a besarle en la frente. El se volvió hacia una ventana, absorto en negra meditación.

Su pensamiento, evadiéndose del minuto presente, retrocedió hacia los primeros días de su matrimonio con Juana de Chaudon, con la que se había casado siendo ella muy jovencita, al salir del convento. Evocó los días felices de su luna de miel pasada en Italia. Desgraciadamente, al regresar a París se impuso la verdad de su existencia. Se habían equivocado uno respecto del otro.

El primer conflicto lo había originado la suegra al ingerirse despoticamente en el hogar. La esposa se había revelado, pero de un modo brutal, afirmándose en ella la enfadosa herencia de sus padres, malos esposos, separados mientras duró su vida. Dautrenes quedó confuso. El suponía a su mujer dulce, buena, inteligente, y se revelaba áspera, hostil y cerrada. Ella, por su parte, inclinada a dominar, ávida de placer y de lujo, había creído casarse con un hombre sencillo, y se encontraba frente a un amo, del que no tardó en tachar la seriedad de pedantería y la razón práctica de avaricia. De ahí a odiarse no había más que un paso, y la presencia de la madre, que envenenaba las cosas, convirtió pronto el hogar en un verdadero infierno.

Juana invertía el tiempo en bailes, en visitas, en conferencias con las modistas, en compras ruinosas en los almacenes. Dautrenes, tan ordenado, pasaba las noches en el círculo, perdía cantidades enormes. Como siempre, los celos y el adulterio habían representado su papel disolvente. Una debilidad del señor Dautrenes, excusable en su situación, había tenido como consecuencia, por parte de su esposa, imperdonables represalias.

Y, sin embargo, él había perdonado, después de herir en duelo a un bellaco, el señor de Salvancy. Había perdonado porque — ¡comprobación lamentable! — amaba a aquella mujer a pesar de todo el daño que le hacía; y en cuanto a ella, ¿quién hubiera podido decir lo que experimentaba en el fondo de su alma, por su marido, durante las tormentosas calmas?...

Afortunadamente no tenían hijos y al cabo de siete años decidieron divorciarse.

Se estremeció al oír la voz de su tío, que le decía:

—Has de saber que tu esposa solicita una entrevista. Está abajo esperando en un coche.

Dautrenes sintió subirle al rostro una oleada de sangre, y repeniéndose y como si se tratara de una extraña, respondió, dándole el nombre que llevaba de soltera:

—Estoy a las órdenes de la señora de Chaudon.

La señora Dautrenes avanzó vivamente hacia él, queriendo leer en su mirada, en tanto que el general salía para ir a ofrecer su brazo a la

Ahora que no somos nada el uno para el otro, vengo a tenderle la mano y a pedirle perdón.

Mauricio hizo un gesto de asombro. ¿Qué comedia se proponía representar aquella mujer? Ella le examinaba con triste y sincera sonrisa.

—No me cree usted. ¡Verdad que le he hecho sufrir tanto!

Un remordimiento se delataba en aquella mujer tan orgullosa. Y él, rehaciéndose, se irguió y preguntó irónicamente:

—¡Sufrir! ¿Está usted segura?

Ella le miró de arriba abajo, detallando su palidez, sus sienes hundidas y grises antes de tiempo, e hizo una lenta y afirmativa inclinación de cabeza sin hablar. Mau-

¡ADELANTE!

No te des por vencido, ni aún vencido,
No te sientas esclavo, ni aún esclavo;
Trémulo de pavor, piénsate bravo,
Y arremete feroz, ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido,
Que ya viejo y ruin vuelve a ser clavo;
No la cobarde intrepidez del pavo
Que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora,
O como Lucifer que nunca reza,
O como el robleal, cuya grandeza

Necesita del agua y no la implora,
¡Que muerda y vocifere vengadora
Ya rodando en el polvo tu cabeza!

ALMAFUERTE.

divorciada. Pero su hijo tenía obstinadamente los ojos fijos en el suelo, y no los alzó hasta haber oído que se aproximaba un ruido de pasos. Entonces, al ver que su madre adoptaba una actitud como para imponerse, murmuró:

—Madre, se lo suplico.

La señora Dautrenes salió en seguida con un aire digno, en el preciso momento que el portier se apartaba para dar paso a su nuera.

Su traje de medio luto realzaba su belleza. Mauricio, muy conmovido para hablar, le designó un sillón; igualmente agitada, Juana se sentó. Esperó un momento Mauricio, y el temor de parecer ridículo le hizo precipitar las palabras:

—¿Desea usted hablarme? ¿Se trata de cuestión de intereses?

Juana alejó aquella idea con un gesto de laxitud y, con voz en que se revelaba el esfuerzo, respondió:

—Dejemos eso a los notarios; yo conozco perfectamente su desinterés y hago justicia a su corrección. No me ha traído más que el deseo de verle a usted por última vez.

ricio perdió el aplomo y contestó, con una falsa bafa:

—¿Admira usted su obra?

Juana replicó con acento de piedad:

—Sí, nos hemos atormentado locamente; nos hemos separado. Sin embargo, lo reconozco, usted ha sido mejor que yo. Ya está usted en condiciones de volver a la vida; sin duda será usted más feliz...

Dautrenes inclinó lentamente la cabeza, y repuso:

—Es usted joven y bonita; será amada por otros. Le deseo la ventura que yo no he sabido darle.

Juana se levantó.

—¡Adiós!

Pero, para retenerla un segundo más, Mauricio balbució:

—¿De qué modo me ha detestado usted!

Juana fué franca.

—Algunas veces le he detestado; no obstante, ha habido días en que le he querido.

Un temblor se apoderó de él, que preguntó:

—¿Aún en los peores momentos?

—Aún en los peores momentos— afirmó ella.

Dautrenes volvió la cabeza, se pasó la mano por la frente, y luego con cólera, incrédulo, dolorido, replicó:

—No, usted me aborrece; confíeselo, ¿me aborrece todavía?

—¿Habría venido entonces? — exclamó la interpelada. — Tal vez usted...

Al oír aquello su pena estalló, y en un flujo de palabras entrecortadas:

—Yo, yo — dijo con una pasión áspera; — yo la he querido siempre; sí, siempre; la quería ayer y la querré mañana; presente, ausente, la quiero... ¿Lo oye usted?... ¡La quiero!

Le cogió las manos a la fuerza; jamás la había encontrado tan linda; una ternura loca le exaltaba y al mismo tiempo la vergüenza le sofocaba.

—¡Déjeme, déjeme usted! — suspiraba ella.

Pero él le imploraba, arrodillándose:

—¡Juana, no te vayas, quédate, olvida! Nos quedan aun años muy hermosos para vivir juntos. ¿Quieres?

Juana le rechazó suavemente.

—Olvida usted que estamos separados.

—¿No hay apelación? — exclamó él. — ¿No hay remedio? Pues bien; vámonos juntos, huyamos al fin del mundo.

Sonrió ella de un modo extraño, y encontrando todavía en el envilecimiento de aquella oferta un triunfo triste para ella, dijo:

—¿Cómo me despreciarías!

—¡Ah! — gimió el infortunado. — No más de lo que tú me desprecias... ¿Y qué importa eso si nos queremos?

Tentada quizá, como asustada, repitió Juana, ajustándose de nuevo el velo:

—¡No, no! — con los gestos y el retraimiento de un cuerpo que huía ya.

Entonces una horrible sospecha se apoderó de Mauricio, que burlonamente exclamó:

—¡Ah!... ¡Ya comprendo por qué ha venido usted! A seducirme por última vez ¿no es cierto? A clavarme en el corazón su visión detestable y encantadora, a envenenar mi herida de un incurable amor, a mofarse con su falsa piedad y con la comedia de sus perdones. Esta bien; márchese usted.

Juana le miró; sus labios entreabiertos se agitaban para hablar; sus miradas protestaban.

—¡Váyase! — repitió Mauricio furioso. — ¡Váyase!

Ante aquel paroxismo, la conciencia de un peligro la invadió, y giró sobre sí misma. Mas antes de desaparecer, cogió el ramillete de violetas que llevaba en el pecho y se lo echó con un beso de despedida.

Cuando los dos ancianos volvieron, vieron a Dautrenes reclinado sobre una mesa con la frente entre las manos y con los ojos fijos en un ramo de pálidas violetas. Quisieron hablarle; pero con un gesto afectuoso les suplicó que lo dejaran solo un momento aún.





SINTÉTICAS

EXTERMINIO DE PLAGAS

Un señor que posee en un pueblo del interior de la República una plantación de álamos, atacada, durante el pasado otoño, por esa terrible plaga conocida con el nombre de "bicho de cesto", tuvo ocasión de realizar ciertas interesantes observaciones, sobre dicha invasión, las cuales se apresuró a poner en conocimiento del Ministerio de Agricultura. Aseguraba el propietario de referencia, haber constatado que la mayor parte de los cestos se hallaban abiertos y sin los huevos que, por lo general, aparecen en los canastos de las hembras, durante la estación invernal, ignorando la causa de la misteriosa desaparición de los desoves.

El Ministerio de Agricultura comisionó a varios técnicos para que estudiaran el punto y estos señores, tras una concienzuda investigación, han logrado establecer que la ratona, el chingolo y el hornero, son los beneméritos agentes destructores del dañino insecto, pues perforando los receptáculos del desove, se regalaban, en opíparos banquetes, con los huevos de la plaga. Como consecuencia de lo expuesto, se ha recomendado la conveniencia de fomentar, por todos los medios al alcance del agricultor, la cría de estos pájaros insectívoros.

Creemos que semejante descubrimiento ha de ser de gran provecho para la riqueza del país, y ahora sólo falta, para que el beneficio sea completo, hallar la especie ornitológica capaz de concluir con ese otro bicho de cesto, muy común en ciertas tesorías...

DEL MOMENTO INTERNACIONAL

No es posible desconocer que los señores Ricciotti Garibaldi y Francisco Maciá, son los héroes del día. Han conseguido atraer sobre ellos la atención mundial y han logrado poner en danza nada menos que a tres naciones.

Actualmente se está tratando, por parte de las autoridades francesas, de aclarar la enmarañada actuación de estos dos personajes. Hasta ahora constituyen un misterio las contradictorias actitudes que se achacan al señor Garibaldi; en cuanto al señor Maciá, su propósito es bien conocido: invadir, en son de conquista, la región catalana, desencadenar la guerra civil en España, derrotar al general Primo de Rivera, derrocar la monarquía borbónica y proclamar, a los ojos del mundo, la nueva y gloriosa nación de Cataluña.

A pesar del fracaso de tan brillante y trascendental programa histórico, creemos que el señor Maciá debe alegrarse y guardar eterna gratitud al gobierno francés, pues al haberle estorbado la realización de sus bélicos planes, es muy posible que le haya hecho nacer nuevamente.

Señor Maciá, un consejo:
No pase usted la frontera
Si en algo estima el pellejo;
Porque Primo de Rivera
Es temible zorro viejo.

PRECIOSO MEDICAMENTO

En el Congreso de Química, recientemente efectuado en Filadelfia, el profesor Irénée du Pont, presentó una interesante proposición encaminada a desterrar el sueño humano. El Congreso, en vista de tal moción y teniendo en cuenta que el "tiempo que se consagra al sueño es un tiempo irremediablemente perdido", acordó estudiar la posibilidad de substituir el sueño por una droga cuya absorción produzca, sobre los sistemas nervioso y muscular, idénticos efectos reparadores.

Si este nuevo paso de la ciencia resulta triunfante, es decir, si se consigue hallar el valioso específico capaz de ahuyentar el sueño, sería el caso de que el gobierno se proveyera abundantemente de la mencionada droga, con el fin de administrarla, a grandes dosis, en las reparticiones nacionales, donde, como es sabido, las modorras letárgicas, durante las labores administrativas, producen grandes estragos en la economía y en el progreso del país.

Diez años de ausencia de las tierras argentinas es tiempo más que sobrado para desconocerlas al regresar. No era extraño, pues, que Emilio Carreras encontrase cambiado todo a su retorno de Suiza. Había vivido allá tan larga temporada por necesidad y no por placer. Su salud — malos pulmones — habíale hecho necesario este exilio prolongado, al cual debía, con todo, su completa restauración. Estaba sano y fuerte ahora; y al desembarcar en la dársena respiró con placer las brisas de la tierra. ¡Buenos Aires! Le pareció distinta de antes la gran ciudad, pero siempre bella y característica. Nadie estaba esperándole en el desembarcadero y pudo así curiosear a su gusto por las calles antes de tomar rumbo a la "estancia" de su padre. El metró, las nuevas diagonales, los palacios flamantes... ¡Cuánta transformación!

Había dado orden al chauffeur de su taxi que recorriese la villa, y le bastó un par de horas para comprobar el cambio fundamental que se había operado en diez años. En algún momento al echar de menos cualquier viejo edificio familiar a sus ojos, hubo de sentir un vago escozor. La piqueta que derriba suele sembrar esta melancolía, que recogen los que se sentían amigos de lo que muere bajo sus golpes, aun cuando lo que surge muy luego en su reemplazo sea más bello. Y fué después de sentir dos o tres veces esta emoción de recién llegado, que Emilio Carreras se echó a pensar sobre el curioso momento argentino que le tocaba vivir. Le pareció que se asiste entre nosotros a un doble fenómeno de caducidad y advenimiento. En medio de las pompas que nacen, hay sin disputa, algo muy raro que muere. Los cimientos nuevos se levantan sobre escombros. Pensó que este hecho, fácil de apercibir en la arquitectura de la ciudad, tiene su reproducción exacta en todos los órdenes de la actividad nacional. La mujer de antaño, verbigracia, la mujer de los viejos tiempos, sencilla y doméstica, ataviada de acuerdo a los pudores ingenuos, se va para dar sitio a la Venus de nuestros días, cuyo busto estalla sobre la cintura sin vedarse poco ni mucho, y cuyas piernas se dejan ver bajo la generosa indiscreción de las polleras precarias...

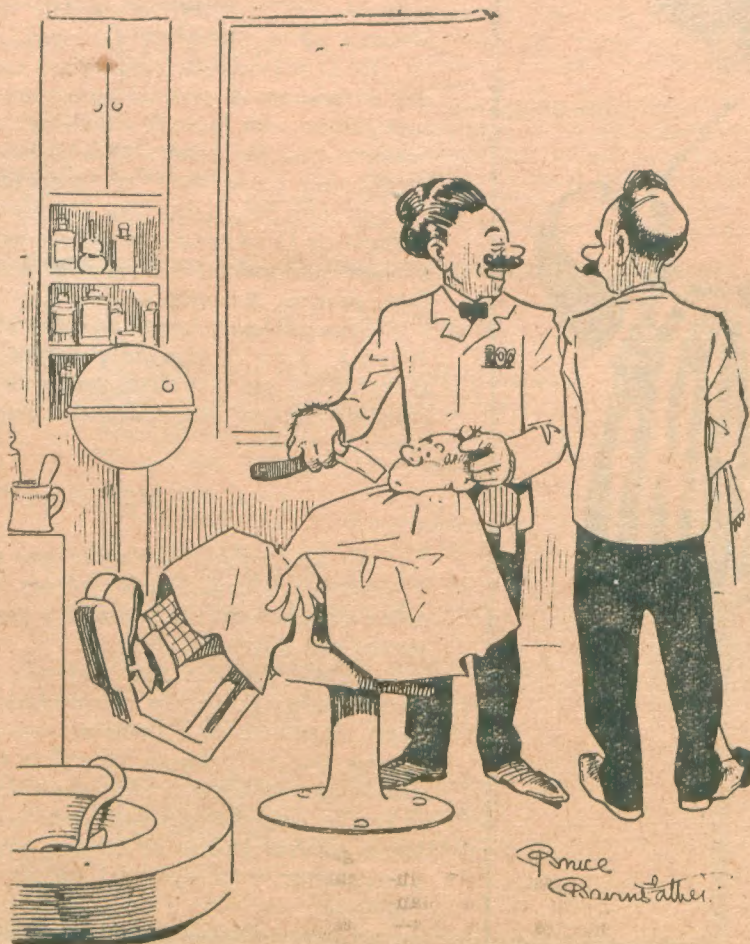
Pensó asimismo que el ejemplo podía multiplicarse hasta lo infinito. El comerciante de hace veinte años, cuya palabra equivalía a un pagaré, ha desaparecido para dar lugar al febril y eficaz mercader de nuestros días, que no reconoce como compromisos propios, sino los que están consignados bajo su firma. Y hurgando en el vasto cuadro, pensó en las danzas de ayer, comparadas con las de hoy: el minuet, de graves y señoriales movimientos, cortés y casto por definición, yace en el olvido más completo; sustitúyelo el tango sensual y provocativo que todos conocemos y que podría, sin embargo, alegar en su pro que ha hecho más por la universalización del nombre argentino, que todas las legaciones y agencias de propaganda instaladas en el exterior, como que después de llenar con sus acordes los cabarets de la Villa Luz, hubo de entrarse de rondón en los salones del gran mundo europeo, palacios reales inclusive, sin dejar de conquistarse ningún sitio, por alto o privilegiado que pareciese...

EL FANTASMA

Por Belisario Roldán

¿Y el periodismo? Emilio comparó los viejos diarios con los de ahora; evocó las hojas doctrinarias y apasionadas de hace veinte o treinta años, capaces de arruinarse por sostener una idea, con estos órganos comerciales de ahora, cuyos

consigo mismo en que de este choque entre lo pasado y sus valores substituyentes, habrá de surgir, arrojando el tiempo, la fórmula conciliatoria que tenga de lo primero y de lo segundo. Así, el palacio futuro, sin adolecer de la chatura ecotó-



Situación del cliente cuando uno de los peluqueros, cuenta una historia divertida al compañero que lo afeita.

verdaderos directores son los "avisadores" y cuyo motor no está en el cerebro de un hombre, sino en los libros de una administración...

En todo esto pensó Emilio mientras su auto recorría la ciudad transformada; y hubo de convenir

nial, no caerá tampoco en lo churrigueresco de la ahora y se alzará en líneas sobrias y monumentales a la vez; la mujer no será demasiado conventual, como la de antaño; pero tampoco copiará, como la de ahora, la desnudez de las

cocottes parisinas para adornar su cuerpo; no tendrán los bailes la rigidez de los de antes, pero no serán tampoco concuspicentes como el tango de hoy; y los diarios, por último, sin ser órganos de una pasión personal, no serán ecos de una descarada conveniencia económica...

Recordó que los excesos del snobismo y la irritación son siempre fenómenos transitorios; que las costumbres, como el agua, vuelven a su nivel, más tarde o más temprano, y que es precisamente de esta boga alternada de lo malo y lo bueno de donde surgen las fórmulas definitivas que tienen el prestigio inapreciable de la equidistancia.

Con esta visión optimista, llegó al Plaza Hotel donde se proponía pasar la noche. A solas con sus emociones, Emilio reconstruyó su vida y pensó en su propio futuro. Tenía ya treinta años. Era, pues, un niño casi, cuando diez años atrás abandonara la estancia de su padre para dirigirse a Suiza. ¿Por qué este último no lo había esperado en la dársena? ¿Es que aún le guardaba aquel rencor vergonzante de que él estaba seguro? ¿Se había casado ya con Marta, la pequeña Marta, aquella muchacha criada en la estancia y a la cual él y don Emilio, viudo desde que naciera su hijo único, miraban con buenos ojos?

Era don Emilio Carreras el más honorable de los estancieros. Viudo desde veinte años atrás, habíase consagrado por completo a sus labores. Y por su manera de ver la vida, su apego a los tradicionalismos, su horror instintivo a las transformaciones, que se le antojaban siempre verdaderas blasfemias, y su culto por las viejas costumbres, constituía una cabal encarnación del pasado, este buen señor don Emilio.

Cuando su hijo único, a quien hemos dejado en el Plaza Hotel resolviendo las fatigas del viaje, resolvió, por indicación suya, trasladarse a Suiza en busca de un clima mejor para sus pulmones enfermos, don Emilio lanzó un suspiro de satisfacción. Porque es preciso agregar que entre el padre y el hijo se venía cavando un abismo desde hacía ya algunos meses. Se trataba de Marta, la pequeña Marta, huérfana de padre y madre, a quien el estanciero había recogido por caridad y educado con verdadero cariño, casi como si fuera una hermana de Emilio. Pero así que la chica había desarrollado su cuerpo, lleno de gracia y frescura pampeana, el protector había empezado a sentir un afecto que no tenía nada de paternal; y poco trabajo había necesitado para sospechar que ella y su hijo andaban en dimes y diretes.

Fué así que cuando el médico aconsejó el viaje a Europa, don Emilio respiró a sus anchas, puesto que haciendo como padre un sacrificio económico en favor de su hijo, se libraba como enamorado del único rival posible, y veía ante sus ojos el campo libre.

Por su parte — y esto es lo que ignoraba don Emilio — su hijo y Marta se amaban y la separación de aquel entonces tuvo la virtud de hacerlos llorar. Ahora, transcurridos diez años, el muchacho volvía convertido en hombre; y el destino le reservaba una sorpresa: su padre no se había casado con Marta. ¿Por qué? Pues por la razón muy sencilla de que ella no lo había

ANÉCDOTA

Durante la vista del proceso de cierto acusado, Filipo se dormía por haber bebido con exceso; y, al fin, le condenó a muerte.

Entonces, el reo dijo:

— ¡Apelo!

Filipo, levantándose como movido por un resorte, preguntó:

— ¿A quién?

El reo contestó:

— De Filipo ebrio a Filipo sobrio.

querido. A poco de partir Emilio, el estanciero le había hecho su proposición; y a raíz de una serie de negativas nerviosas, ella había concluido por confesarle que amaba a su hijo, que se habían jurado amor eterno y que aún cuando debiera esperarlo toda la vida, no renunciaría a la idea de ser su esposa.

Don Emilio había aceptado esta negativa; pero impulsado por una vaga e íntima esperanza, había prolongado hasta el máximo posible la permanencia en Suiza de su vástago, a quien nunca había hablado de eso en sus cartas. Un silencio análogo había guardado el viaje. Al alejarse de su casa se había dado cuenta exacta de su situación respecto de su padre y le había parecido que el amor filial le imponía el sacrificio del otro amor, en bien del autor de sus días.

Entretanto, la vida en la estancia se había deslizado apaciblemente. Tenía don Emilio una hermana solterona — Eloísa — y los tres habitaban el caserón chato pero alegre que les servía de vivienda. La noticia del retorno de Emilio, había producido la impresión que es de imaginarse. Marta había suspirado profundamente hacia la pampa; don Emilio había agravado su gesto habitual, y en cuanto a al solterona, se había creído en el deber de fruncir el entrecejo de una manera impresionante.

¿Había olvidado Emilio a su novia de otros tiempos? Es preciso responder que ni él mismo lo sabía. Diez años no transcurrían impunemente sobre un corazón juvenil, sobre todo cuando ese corazón ha hecho lo posible por despojarse de los recuerdos. Cuando se encontrase con ella sabría a qué atenerse. Por lo demás, ignoraba, según queda dicho, si la boda con su padre se había realizado o no. No le parecía extraño que así hubiese ocurrido y que aquél hubiera juzgado conveniente no darle noticia alguna del suceso.

Pero Marta no estaba en igual situación; ella amaba como antes. No sólo había rechazado en nombre de este amor las proposiciones de don Emilio, sino que otras varias, de amigos y vecinos, habían recibido de sus labios idéntica respuesta.

...Y fué una mañana de enero cuando Emilio, descendiendo del coche que había ido a su busca a la estación, echó pie a tierra en los umbrales de la casa de su padre. Este último lo recibió con un abrazo lleno de cariño; pero quien hubiese mirado el fondo de sus ojos en aquel momento, habría comprobado que una tristeza profunda los nublaba. La solterona ensayó para el caso la menos avinagrada de sus sonrisas, y se hallaron por fin, el uno enfrente del otro, Marta y Emilio. Ya sabía el recién llegado, por confidencias del cocher, con quien había departido en el camino, la verdadera situación; y ante la presencia de Marta no ocultó un movimiento de asombro: la ex novia, ya definitivamente contorneada, le pareció de una belleza deslumbradora y, apenas sintió entre las suyas la dulce y pequeña mano de ella, comprendió que no había dejado de amarla, que la amaría ahora más fuertemente aún...

Y el idilio se realizó bajo la mirada cada día más triste de don Emilio y el entrecejo cada vez más fruncido de la solterona. Recorrían juntos el campo, visitaban los "puestos", vagaban por el bosque. Habían ya recordado los tiempos

anteriores; a la ausencia, el romance casi infantil a pleno sol, los celos del padre, la enfermedad de Emilio, la opinión del médico que aconsejaba el viaje, la partida... Aquellos diez años habían sido un compás de espera, no obstante su extensión; y nunca como ahora quedaba comprobado aquello de que la distancia agrava las grandes pasiones y mata las pequeñas, al modo del viento, que apaga las cerillas y agiganta los incendios.

esa palidez de las turquesas, que tienen la virtud melancólica de no irradiar resplandores. Ni Marta ni Emilio se percataban de ello. La felicidad se parece al crimen en esta indiferencia brutal con que asiste a sus propias consecuencias; no mira en derredor, porque toda ella está ocupada en mirarse a sí misma y es una fuerza ciega, tan ciega como el odio, esta gran fuerza del amor.

Eloísa, que desde el campo neu-

ventura ajena. Ni habría sido justo hacerlos responsables de su indiferencia; tanto valdría condenar a Cupido, porque sus pequeños pies, al caminar por los jardines, aprietan ésta o aquella rosa... Vivían el uno para el otro, trazando planes para el futuro. Conocía ella todos los detalles de la marcha del establecimiento y no se le ocultaba que don Emilio era demasiado rebelde al progreso y que aquello andaría mucho mejor si se adoptasen procedimientos modernos para impulsarlo, en vez de los muy anticuados que usaba el patrón. El novio participaba ampliamente de estas ideas; y tras algunas vacilaciones se resolvió a hablar sobre el caso con su padre.

—Si yo — le dijo una tarde en que los tres estaban reunidos en la huerta — manejara esta estancia, en lugar de veinte parvas de pasto, habría ahora doscientas o trescientas.

No necesitaba más don Emilio para dar salida a lo mucho que tenía guardado.

—Ya sé — le dijo con voz metálica — que te parece mal todo lo que yo hago, que eres un mocito de ideas nuevas y que para tí no soy sino un gauchito bruto...

—Yo no he dicho eso...

—¡Ya sé que mis ideas te parecen atrasadas y que siempre tuviste la cabeza llena de insolencias para lo viejo! Pero has de saber que esta estancia ha sido hecha por mí, pedazo a pedazo, y que si estos árboles pudiesen hablar, dirían que es al padre a quien deben la vida y no al hijo, que jamás hizo nada por ellos, como no fuese a vivir a expensas de quien los plantó, y a amargarle la vida...

Emilio se irguió entonces. ¿Por qué le decía eso su padre? ¿Por qué lo trataba como a un enemigo? ¿Qué motivos tenía para considerarlo como un agravio lo que no tenía ni remotamente aspecto de tal cosa?

Don Emilio no tuvo un rasgo de franqueza. No confesó que aún sentía celos, transfigurados ahora en un dolor pasivo; que Marta había sido el ideal de su vida; que durante la larga ausencia de Emilio había acariciado la esperanza de verla caer en sus brazos, vencida por la persistencia de su cariño y que ahora, al verla perdida y en brazos del que siendo su hijo había sido su rival, iba a hundirse en la vejez con el alma llena de rencores; no lo confesó... Sólo dijo que exigía que su hijo abandonase la estancia, porque le era incómoda la presencia en ella de un censor irrespetuoso de sus procedimientos.

Quedaron Emilio y Marta como paralizados bajo esta explosión de angustia. Ambos sintieron una impresión de respeto por aquel dolor; y a poco de serenarse resolvieron partir. Se irían a la mañana siguiente.

—¿Y adónde? — había preguntado ella.

—A la iglesia del pueblo y al registro civil — había contestado él, — y después a la felicidad, a la vida, al amor... Es ley de lo que nace pasar sobre lo que muere; y, por mucho que me conduela la pasión un poco enfermiza de mi padre, no puedo tolerar que se interponga entre tú y yo...

Emplearon esa noche en hacer sus preparativos; y era ya cerca de las dos de la madrugada, cuando Eloísa entró al cuarto de su sobrino.

SOMBRA...

Como el silencio, lleno de armonía;
como la soledad, que filosofa;
tienes también inexplicable encanto
para mis ojos, sombra.

Pues que conmigo estás en todas partes,
inseparable y fiel, como una novia;
puesto que eres callada y que eres buena,
gracias, te digo, sombra.

¿Qué fuera el mundo si te desechara?
Una gran claridad, larga y monótona...
¿Qué bien sienta a las cosas de la tierra
el manso terciopelo de la sombra!

¿Y qué es la sombra al fin? sombra tan sólo.
¿Y qué es el hombre al fin? bien poca cosa;
apenas si merece
el callado consuelo de su sombra...

JOSE E. PEIRE.

Volvieron a darse el uno al otro, integral y jubilosamente. Se amaban ahora con el egoísmo propio del amor, sin que él ni ella se explicaran la posibilidad de un renunciamento a la ventura que les esperaba, por ninguna razón del mundo. Entretanto, don Emilio se dejaba ver poco; diríase que se arrinconaba en su derrota y que la vejez se complacía en echar nieve sobre los últimos restos de su incendio interior. Su cabeza blanqueaba por momentos y sus ojos — unos ojos azules — iban adquiriendo

tral de su calidad de solterona contemplaba los dos episodios, el de la pasión triunfante y el del dolor de su hermano, había llegado a odiar a la pareja, tanto como amaba a don Emilio. El cariño, aún el cariño fraterno, tiene también este aspecto de fuerza ciega cuando es sincero y vehemente; y si bien se observa, he aquí que son fuerzas ciegas cuantas rigen la dinámica del mundo moral entre los hombres.

Ciertamente que Marta y Emilio estaban hartos embebidos en su propia felicidad para pensar en la des-

El lobo y el cordero

Sedientos llegaron a cierto arroyo, un lobo y un cordero. Este pobre bebía en lo más bajo de la corriente, mientras que el lobo se encaramó en lo más alto.

—¿Por qué enturbias el agua que bebo? — dijo la fiera a su codiciada víctima, deseando hallar un pretexto para devorarla.

—¿Estás loco? — replicó el cordero inocente. — El agua corre hacia mí desde donde tú te hallas; ¿cómo, pues, he de enturbiarla yo?

La fuerza de la verdad obligó al lobo a callar y morderse los labios. Pero un momento después añadió con rabia:

—¿Seis meses hace que me llenastes de injurias, pícaro cordero! ¿Seis meses!...

—¿Pues si no tengo más que cinco, — repuso el feliz.

—Bien; entonces sería tu padre... — y se tiró sobre él y se lo comió.

Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¿pobres corderos!

—Tu padre te llama — le dijo.

Luego agregó:

—También a ella.

Un instante después, todos se reunían ante la cama de don Emilio, cuyo rostro había adquirido una palidez de convalesciente.

—¿Nos llamaba usted, padre?

—Sí, — respondió él; — los he llamado para pedirles que no se vayan, que me perdonen, que se casen... Eso de hoy ha sido una cosa que no debió suceder... ¿Qué sería de mi vejez sin ustedes? ¡Prométanme que se quedarán!

Tocado en lo más íntimo de sus fibras de hijo, Emilio abrazó a su padre y le prometió quedarse. Marta le estrechó la mano en silencio, y la mañana del siguiente día alumbró el cuadro cotidiano: don Emilio un poco más pálido, y Eloísa un poco más cejijunta, eran las únicas modificaciones apreciables al espectáculo de todos los días.

La boda dió lugar a una fiesta campera que congregó en la estancia a la paisanada. Milongas, pericones, vino y carne. Caía la tarde cuando la fiesta tocó a su término y quedaron otra vez solos los moradores del caserón.

—Oye — dijo al recién casado don Emilio: — desde hoy tú diriges la estancia. Yo he terminado mi misión. No soy sino el pasado. Tú eres el futuro, y siempre ocurrió que el uno ha de dejar sitio al otro...

Quiso Emilio oponerse, pero en vano. Arguyó que podían continuar juntos la tarea; que con el concurso de su padre transfigurarían aquello en lo que debía ser, que si el amor al progreso era ley de la evolución, el respeto al pasado era ley de los corazones y que nada se oponía a que prosiguiera el padre realizando su obra con el concurso del espíritu nuevo que él aportaba.

Don Emilio no quiso oír más razones; y a partir de aquel día vagó por la casa como una sombra. No hablaba casi y su salud languidecía a todas luces. Se sentaba en los rincones, como un intruso tímido, y parecía insensible a cuanto le rodeaba.

Bien que aquel espectáculo amargase un poco su felicidad, Emilio se echó de cuerpo entero en la tarea de hacer de la vieja estancia un establecimiento moderno. Los métodos científicos sustituyeron a las rutinas criollas, los padrillos de raza reemplazaron a los overos de su padre, los toros linajudos empezaron a mugir en sus pesebres flamantes, y bastó un año para que el milagro quedase consumado: "Los Médanos" — que así se llamaba la estancia — se había convertido en un *farm* de tipo inglés y los rendimientos correspondían en un todo a la osadía del esfuerzo innovador.

Entretanto, don Emilio se tornaba cada día más insensible. Era ya difícil arrancarle una palabra; y las pocas que se oían iban dirigidas a su hermana Eloísa, que se había trocado en enfermera infatigable de aquel enfermo extraño.

—Es el pasado en medio de su propio futuro — había dicho alguna vez Emilio al verlo deslizarse como un fantasma bajo los árboles del jardín, mientras allá lejos silbaban las trilladoras sobre la línea armoniosa del horizonte.

Cierta mañana en que por orden de Emilio los peones talaban un viejo ombú, cuyas raíces hacían peligrar la estabilidad del edificio, el fantasma lloró. Lloraba unas lágrimas

mas lentas y silenciosas, unas lágrimas de intruso humilde que teme incomodar a los otros con su dolor. Y la solterona recogió esas lágrimas, conmovida a su vez, mientras envolvía en una mirada rencorosa el vasto cuadro del *farm* en actividad, con sus máquinas desconocidas para ella, sus ruidos ex-

enterraron esa tarde; y don Emilio vió salir el cajón fúnebre sin proferir una palabra, con su sombrero en la mano, de pie sobre los umbrales del caserón y sin ánimo para ir con el cortejo hasta el cementerio del pueblo. Aquella muerte no era para él sino un anticipo de la propia y parecía serenarse a sí mis-



—¿Te parece decoroso que siendo soltera acepte de ese hombre el regalo de un automóvil?
—Tú acepta el auto; lo que tienes que evitar es que te atropelle.

traños, sus campanadas a deshora y el constante silbar de las trilladoras allá abajo... Ella sufría también; y por una piadosa determinación de la providencia, fué la primera en morir. Murió dulcemente, como un eco que se apaga, al rayar de un día de invierno. La

mo con la perspectiva de ir en seguida a hacer compañía a la buena solterona que durante tantos y tantos años le rindiera el homenaje de sus desvelos y su cariño. Eloísa seguía, después de todo, el camino decretado por el progreso respecto de cuanto le rodeaba, el camino del

EN LA JAULA

El pájaro manso vivía en la jaula, y el pájaro libre, en el bosque. Mas, su destino era encontrarse, y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba: "Amor, volemos al bosque". El pájaro preso, decía: "Ven, tú, aquí; vivamos los dos en la jaula".

Decía el pájaro libre: "Entre rejas no pueden abrirse las alas", — "¡Ay!" decía el pájaro preso. "¿Sabré yo posarme bajo el cielo?"

El pájaro libre cantaba: "Amor mío, píde canciones del campo". El pájaro preso decía: "Estate a mi lado, te enseñaré la canción de los sabios". — El pájaro libre cantaba: "No, no, no; nadie puede enseñar las canciones".

El pájaro preso decía: "¡Ay! Yo no sé las canciones del campo".

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala. Se miran y se miran a través de los hierros de la jaula; pero es vano su deseo. Y aletean nostálgicos y cantan: "Acércate más, acércate más". — El pájaro libre grita: "No puedo: ¡Qué miedo, tu jaula cerrada!" El pájaro preso canta bajito: "¡Ay, no puedo. ¡Mis alas se han muerto!"

RABINDRANATH TAGORE.

ombú, el de los viejos corrales de palos a pique, el de las haciendas criollas, el del antiguo cuadro familiar a sus ojos. No era sino una muerte más en medio de la gran muerte circundante.

Cuando el cortejo regresó del pueblo, lo hallaron en el mismo sitio, todavía con el sombrero en la mano, como abismado en una oración sin palabras; y él se internó entonces en la alcoba y cerró la puerta.

Emilio y Marta, en quien aquél había encontrado una colaboradora insustituible para sus tareas, quisieron consolar al viejo y decirle algunas palabras cordiales; las oyó sin conmoverse, les agradeció con un gesto y volvió a hundirse en su silencio, un silencio implacable que empezó a adquirir los caracteres de un proceso para aquellas dos almas. Fué Marta la primera en decirlo, dirigiéndose a su marido:

—Tu padre ha empezado a pesarme en la conciencia...

Y Emilio no fué lo bastante fuerte para disipar aquella sombra que empezaba a avanzar:

—¿No habré yo labrado su desgracia? — dijo a su vez.

Esta duda, sentida de tiempo atrás y reavivada por la constante presencia del anciano, le sugirió la idea de irse para siempre con su mujer de aquellas tierras; peor, ¿cómo abandonar la estancia, que recién empezaba a rendir los frutos de todo su esfuerzo? ¿No sería más cruel todavía dejar sin nadie al pobre viejo? Si al menos Eloísa no hubiese muerto... Pero dejarlo solo, absolutamente solo, les pareció a uno y a otro un recurso excesivo, y hubieron de resignarse a aceptar la situación tal como se les presentaba. Y procurando disipar el espectáculo de aquel taciturno silencioso, redoblaron sus esfuerzos en el trabajo e hicieron lo posible para encontrarse lo menos posible con don Emilio, a quien ya no placía, por lo demás, dejarse ver ni aún en las horas de comida, pues el encierro en su alcoba había concluido por ser completo.

Emilio no podía dejar de pensar, sin embargo, en todo el cariño de que su padre le había dado pruebas durante su niñez. Recordaba su ternura constante, la preocupación de todas las horas por su salud, los esfuerzos que había realizado para curarlo, su bondad sin límites para con el muchacho enfermizo y regalón cuyos caprichos habían llegado a ser órdenes en la casa. Recordaba ese capítulo de su vida y no se conformaba con la idea de que el autor de sus días no lo trataría nunca más como a un hijo. En vano procuró desasirse de este pensamiento que lo asaltaba con la persistencia de una idea fija. Y fué cediendo a un impulso incontenible que un día se resolvió a hablar a solas con él.

—Padre — le dijo, — yo no soy feliz...

—¿Cómo! — le replicó el anciano, que estaba hundido en el sillón de su alcoba, junto a la ventana. — ¿Que no eres feliz? Has realizado todas las aspiraciones de tu vida; has recobrado tu salud, has logrado ser dueño y señor de la mujer a quien amabas, has conseguido la dirección de la estancia... ¿Qué más quieres ahora? ¿Qué más quieres de mí, sobre todo?

—No soy feliz, padre, porque siento que usted es desdichado. Yo no sé ni quiero saber cuál es la causa concreta de su angustia; pero le juro que ella está pesando sobre

mi alma como una lápida. He querido irme, pero me ha faltado valor para dejarlo solo. ¡Dígame usted una palabra para que me tranquilice; devuélvame usted un poco del cariño que antes me prodigó a manos llenas; vuelva a ser mi padre para que yo vuelva a ser feliz!

Hubo un instante de silencio.

—Hijo mío, — dijo el anciano con una voz firme y serena a la vez; — mi tristeza es la de todas las cosas que concluyen... para un hombre como yo, hecho al trabajo y formado en el trabajo, la vejez es un verdadero suplicio.

—Usted no es tan viejo como para hablar así...

—Cierto; pero se me ha envejecido el alma...

—¿Desde que yo regresé de Europa?

—Tranquilízate — replicó el padre, — aleja de tu espíritu la idea de que me estás sacrificando a tu propia felicidad... No soy sino un vestigio del pasado... En mí no queda, no puede quedar, nada de lo que antes estuvo en el alma... Por lo demás, esta vejez demasiado presurosa que se me ha caído encima como un invierno que llegase antes de tiempo, ha hecho su obra de resignación y de olvido... Hace días que te notaba triste y me alegro de que me hayas dado ocasión de consolarte...

Emilio contestó a estas palabras con expresiones de gratitud; todo su ser vibró de serenidad; era eso, precisamente eso, lo que quería oír de labios de su padre.

—¡Gracias! — le dijo. — Acaba usted de rehacer mi vida... ¡Abracémosnos!

Y en el silencio de la alcoba los dos hombres se abrazaron temblando de emoción. Cuando se apartaron, los dos rostros estaban bañados por las lágrimas. Aún dijo el viejo.

—Llama a Marta. Es mi hija. Quiero besarla en la frente.

Requerida por Emilio, ella entró al cuarto y recibió como en un bautismo nuevo aquella prometida expresión de paternidad.

—Gracias, — dijo, — gracias, padre...

A partir de ese momento, que marcaba una nueva etapa en la existencia de Emilio, la vida de la estancia fué más placida, bien que el anciano continuara en su encierro, obstinado en prolongar ese encastamiento voluntario que tornábase insensible al parecer a cuanto le rodeaba, sin que la misma metamorfosis del viejo escenario lograse atraer su atención.

Con todo, Emilio había recobrado su centro de gravedad moral. Aquella angustia que había empezado a torturarlo de un modo obsesionante, habíase por fin disipado y su instinto filial estaba libre de remordimientos.

El cumpleaños de Marta había sido motivo de una fiesta en la estancia. La carne con cuero chirriaba en el suelo y los paisanos bebían y bailaban. Bajo el percal sonoro de sus atavíos, las mozas se dejaban piropar por los galanes, mientras aquí y allí resonaban las guitarras y sollozaban los "tristes".

Emilio había intentado el milagro de lograr que su padre abandonase la alcoba y participara un poco de aquellas expansiones; pero el anciano había rechazado dulcemente la invitación.

—Quiero estar aquí y sólo aquí, — había dicho.

Un incidente entre dos peones, dió margen a la intervención enérgica de Emilio, que llegó a tiempo para impedir que los respectivos cuchillos tomasen la palabra. Estaba borracho uno de los contendores; y era un hombre bueno a quien

Emilio no pudo dominar su cólera y de un talerazo dió en el suelo con el respondón. Y la fiesta siguió; pero los ojos del amo no recobraban su expresión habitual, ni quiso referir a su mujer qué motivos había tenido para castigar en esa forma al insolente. Era lo cierto que aquella grosera imputación,

nos detalles sobre las proposiciones matrimoniales de que don Emilio la había hecho objeto. Quiso ella rehuir la respuesta, pero él la forzó a contestar. Supo entonces que los requiebros tenían vieja data. Antes de su partida a Europa, cuando Marta no tenía sino diez y siete años, ya su padre la requería de amores; luego de la partida habían transcurrido muchos meses antes de que ella confesara su compromiso con el hijo ausente. Aun después de esta confesión había insistido don Emilio; y durante aquellos largos años eran innumerables las veces en que le había manifestado la esperanza de hacer de ella la compañera de su vida, llorando a veces y demostrándole una pasión tan profunda como irrenunciable. Tenía cartas de él, que no había querido romper e iba a mostrárselas ahora mismo a su marido.

Emilio leyó con extraña emoción esas páginas vibrantes de ternura. Eran cartas de imploración, impregnadas de un fervor casi religioso. No había en ellas una palabra contra el hijo, ni una expresión de encono contra el rival. Solamente una le insinuaba la posibilidad de que el viajero, reclamado por otras emociones, hubiese olvidado sus amoríos de niño. En otras le hacía el proceso lento y acompañado de su propia pasión. Le recordaba el momento en que ella, que a la sazón era una chiquilla de ocho años, quedó huérfana y él resolvió adoptarla; su cariño puramente paternal de aquel entonces, las horas en que la sentaba sobre sus rodillas para oírle leer versos... Y luego, así que la mujer empezó a surgir de su capullo de carne e irradió en la virginal plenitud de su belleza, el cambio brusco de sus sentimientos, la evolución incontenible, el amor...

Había en esas cartas una ternura tan potente y tan noble; trasudaban todas ellas una pasión tan honda, tan arraigada, tan irremediable, que Emilio llegó a arrepentirse en su fuero íntimo de haber interrumpido ese romance, interponiendo entre el padre y ella los prestigios de su juventud. Aún quiso saber más y formuló a su mujer una interrogación escabrosa:

—Dime la verdad, toda la verdad... ¿Alguna vez le diste esperanzas?

Vació Marta un largo momento antes de contestar:

—Sí — dijo — debo confesarte que alguna vez, durante tu ausencia, abrumada por sus demandas y creyéndome olvidada por tí, le hice creer la posibilidad de que llegase a ser suya...

Después de esta escena, la vida cambió para Marta y Emilio. Una sombra, un fantasma, se levantaba entre los dos. Y la tristeza que inmovilizaba al padre empezó a cernirse sobre el hijo. Era un estado de conciencia más fuerte que su voluntad. No incurriría en el yerro de responsabilizar a Marta; demasiado sabía él que era todo virtud y todo amor la buena criatura que tenía a su lado; pero el remordimiento que la conversación con su padre había disipado, volvía a morderlo de nuevo, agravado con la seguridad de que el anciano, de puro piadoso, le había dicho en una ocasión aquellas grandes palabras de consuelo que habían tenido la virtud de crear la paz en su espíritu.

Marta, que adivinaba el proceso moral de su marido, redoblaba sus esfuerzos por traerlo de nuevo a la apacibilidad de otros tiempos; y

Este hermoso sombrero para hombre, en paja rustica, trenzado muy fino, con excelentes guarniciones, modelo de última moda, (recibido el 15 del corriente), lo ofrecemos en todas las medidas al excepcional precio de...

\$ 3.50

A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

la bebida había tornado agresivo. Cuando guardó el cuchillo, obedeciendo a la orden de Emilio, se volvió hacia él y le habló:

—Yo seré un borracho — le dijo — pero yo no sería capaz de quitarle la prenda a mi propio padre y echarlo patas arriba en el dolor y la desesperación...

con venir de labios de un ebrio, había tenido la virtud de reabrir su herida; y fué preciso para serenarse, prolongar más de lo acostumbrado sus visitas al aposento del padre y mostrarse con él más solícito que nunca.

Sintió asimismo la necesidad imperiosa de recabar de Marta algu-

ANÉCDOTA

En un festín, al cual fueron invitados los "Siete Sabios de Gracia" por el embajador de un rey bárbaro, dijoles aquél que el rey de una nación vecina había amenazado a su amo con la guerra si no aceptaba condiciones en extremo onerosas. La más difícil era que tenía que beberse el mar.

Entonces uno de los sabios, dijo:

—¡Que admita esta condición!

—¿Cómo? — preguntó, asombrado, el embajador.

—¡Oíd! — exclamó el sabio griego; — que el otro rey cierre antes todos los ríos que desembocan en el mar, y como esta cláusula no consta en la condición, vuestro rey podrá cumplirla.

ante el fracaso de sus desvelos, pues que Emilio a su vez, tornábase cada día más taciturno, empezó a sentirse turbada por una tribulación infinita. Sus grandes ojos negros se nublaron y hubiérase dicho que la desgracia desplegaba sus alas sobre "Los Médanos".

Era Marta un alma simple y bondadosa. La historia de su incorporación definitiva a la estancia tenía un sabor de cosa trágica. Hija natural de una llamada Rosa y de un tal Contreras, recordaba vagamente que una mañana su madre, después de darle un largo beso y decirle adiós, había subido a caballo en ancas de un overo negro cuya grupa estaba ocupada por un mozo triguero, más joven que Contreras; la pareja se había perdido de vista, galopando hacia afuera, y nunca más, a partir de aquella mañana, había tenido a quien dar en este mundo el nombre de madre... Recordaba la llegada de su padre, esa misma tarde, su sorpresa al no encontrar a Rosa, las averiguaciones, la indignación del amante abandonado y por fin la noticia bien confirmada de que la fugitiva se había ido en compañía de Mariano Reyes, un peón de la estancia, conocido por sus aficiones mujeriegas y su destreza para manejar el cuchillo. Recordaba también que había muy luego vivido dos años en compañía de su padre, en el rancho silitario que iba adquiriendo poco a poco una desolación de tapera, y la tarde aquella, tarde roja como una gran mancha de sangre, en que Contreras y Mariano Reyes se habían vuelto a encontrar en una pulpería de los alrededores: los cuchillos habían salido a la luz y el seductor había quedado muerto boca arriba, mientras el perseguido, huyendo de la justicia, había montado a caballo y perdióse para siempre en la inmensidad de las pampas. Desde esa fecha databa su incorporación a la familia de don Emilio. Este último, conmovido ante el abandono en que quedaba la huérfana de aquella tragedia oscura, habíala adoptado como una hija. Tenía, pues, motivos más que sobrados para estarle grata; y ahora, en presencia de la situación creada por los sucesos, evocaba el cuadro de su vida y se preguntaba si su conciencia estaba o no libre de toda mancha.

¿Había sido ingrata para con don Emilio? ¿Había procedido bien cediendo a las inclinaciones de su corazón y aceptando al hijo a despecho del padre? ¿No habría sido su deber, su deber casi filial, hacer la felicidad de aquel hombre bueno que le había tendido la mano en horas inolvidables y cuyo afecto de padre había adquirido más tarde la vehemencia de una pasión fervorosa?

Creía ver una imputación permanente en la tristeza de su marido y buscaba en vano la manera de disipar aquella nube que envolvía a todos en la casa. De vez en cuando, don Emilio abandonaba su alcoba y caminaba lentamente por los jardines que circundaban el edificio. Ella y su marido lo miraban desde la ventana de su cuarto; y se le antojaba un fantasma en marcha esa larga silueta, prolongada por su propia sombra, que avanzaba bajo los árboles con la lentitud de las cosas fatales...

Como si la penosa actitud de don Emilio se hubiera comunicado a los otros dos protagonistas de este drama íntimo, Emilio y Marta cayeron a su vez en un mutismo semejante. Por lo demás, se veían poco. Apenas rayaba el día, el marido abandonaba las casas rumbo al campo, adonde lo llamaban sus tareas, y Marta, encerrada en su alcoba, cosía y lloraba... Lloraba el derrumbe de su felicidad, comprendiendo que se le iba de entre las manos, que concluía, concluía. Algo indefinible y casi espectral se empezaba a interponer entre ella y el hombre a quien amaba, algo irreparable y trágico que crecía por momentos. ¿Qué hacer?

Acaeció por entonces en "Los Médanos" y en toda la región pampeana circundante, un episodio ver-

nergía.

Emilio y Marta fueron sorprendidos por la catástrofe a algunas cuadras de la casa. Ocupaba esta última dentro del campo el sitio más alto, y hacia convergieron todos los peones y sus familias. Emilio, que desde el primer momento había comprendido el peligro, hizo subir a su mujer a su propio caballo y echó a correr, perseguido por el estrépito siniestro de las aguas y llegaron por fin, sanos y salvos los dos, en momentos en que otras muchas personas, pobladores de la estancia, arribaban a su vez a aquel punto de salvación que parecía inmune por su altura al horror de los torrentes desencadenados.

Su primera preocupación fué su padre. Corrió a su cuarto y no lo encontró en él. Recorrió la casa, las azoteas, los sitios inmediatos, sin hallarlo. Por fin, una vieja muer-

cual mueble — lo recordaba bien — lo había sorprendido llorando algunos días atrás. Lo abrió, violentando la cerradura, y fué una cosa triste lo que vio. Era una suerte de oratorio profano aq el pequeño mueble. El retrato de Marta, colocado a modo de imagen, lábale el aspecto de un altar. Algunas flores secas lo adornaban. Y en un cuaderno, en cuyas hojas reconoció la letra de su padre, pudo leer el "diario" de este último y el conjunto de las impresiones que habían ensombrecido su vida. Eran confesiones penosas que el anciano había escrito con una sinceridad profunda, frases un poco incoherentes, gritos de dolor...

"Y mi rival afortunado es mi propio hij! Y no puedo odiarlo... No: lo quiero como antes..."

"Hoy se ha casado... ¿Cómo sufro! ¿Por qué el destino se ha condenado a ese suplicio?"

"A veces oigo que viene desde la alcoba de ellos dos el rumor de un beso... ¿Y la amo todavía!"

"¿Por qué no me envió Dios la muerte antes de que él llegara?"

"La noto triste... ¿Será que Emilio no sabe hacerla feliz?"

"Yo había acariciado durante quince años la idea de ser su dueño... Yo había visto estallar sus formas divinas, forjarse sus líneas, madurar su piel, brillar arse sus ojos; y cuando la Venus estuvo plena de belleza, llegó él..."

"Quiero morir; necesito morir..."

El alba de aquella noche sorprendió a Emilio llorando sobre el cuaderno trágico, cuyas hojas parecían palpar bajo la angustia. Había doblado la frente sobre ese despojo quemante, cuando el mayordomo entró precipitadamente acompañado por Marta.

—¡Señor, señor! — le dijo — ¡en el potrero número cuatro, de donde ya se han retirado las aguas, ha aparecido un cadáver!... Puedo que sea él.

Salieron juntos los tres. Aún no había amanecido, y la media luz auroral suavizaba el contorno de las cosas. Llegaron. Y a veinte metros de distancia comprobaron la verdad. Allí estaba don Emilio, muerto. Las aguas lo habían llevado hasta el alambrado y el caláver había venido a quedar de pie, en la posición vertical de los seres que viven. El alba acentuaba en su rostro la lividez de la muerte. Petrificados por el espanto, Marta y Emilio se detuvieron.

—¡El fantasma! — gimió él.

Y ella repitió, cubriéndose los ojos con las manos como para rechazar la visión:

—¡El fantasma!

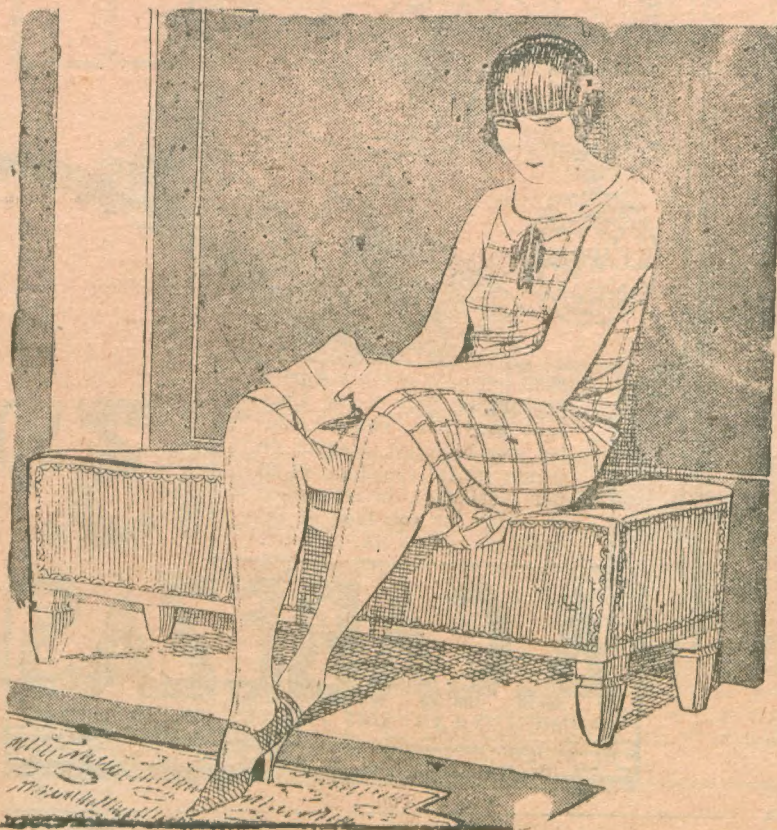
... Aquella misma noche, Marta oyó que su marido salía de las casas y montaba a caballo. Comprendió que se iba para no volver. Como su madre, como su padre, le diría adiós para siempre desde la grupa de un corcel nervioso, y se perdería en la pampa. Esta era la ley de su vida: ver alejarse a los amados, de pronto.

—¡Emilio! — le gritó desde la ventana. Y como si quisiera ahorrarse a sí misma preguntas cuya contestación adivinaba, se limitó a agregar:

—¡Para siempre?

—Hay un fantasma entre tú y yo — contestó él. — Adiós Marta...

Y se hundió en la noche.

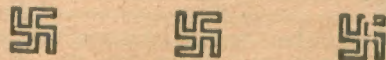


—Este anónimo me da detalles de la infidelidad de mi marido. Al parecer, me ha engañado con mis tres amigas. ¡Pues se ha caído!... El tiene once amigas.

daderamente trágico. Fué una inundación. Salidas de madre las aguas de algunos ríos limitrofes, fuese por virtud de deficiencias de desagües o por obra de ciertos terraplenes ferroviarios que impedían el libre curso de aquéllas, fué el caso que de pronto, tras un enorme estrépito nunca oído y con una rapidez que no daba tiempo a los moradores para ponerse a salvo, un inmenso torrente cayó sobre aquellos campos bajos, convirtiéndolos de súbito en un mar y arrastrando en la furia de su corriente cuanto hallaba a su paso. A caballo o en coches y carros, las familias hufan despavoridas de la invasión diabólica y se consideraban felices los que conseguían llegar a los terrenos altos, hasta donde no alcanzaban las aguas, sin haber dejado en el camino a un niño o un anciano a quienes la violencia de las aguas se habían llevado para siempre. Canoas improvisadas contribuían a las tareas del salvataje, emprendidas por los hombres con generosa

ma a quien el terror parecía haber tornado demente, le dijo que al estallar la inundación, don Emilio paseaba a pie por el campo, más alejado de las casas que de costumbre. Armó Emilio una canoa y se echó a buscarlo en compañía de algunos peones. Recorrieron la región devastada y hubieron de salvar a dos familias que gemían encaramadas en copas de árboles todavía no cubiertos por las aguas; pero no hallaron ni vestigios del anciano.

Era, pues, preciso inclinarse ante la fatal realidad. Sorprendido mientras avanzaba lentamente a pocas cuadras de la casa, la inundación lo había hallado solo y a pie... Su cadáver flotaría ahora sobre quién sabe qué corrientes lejanas. Abruado por el dolor y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, regresó Emilio esa misma noche. A solas con su dolor en la alcoba del desaparecido, se detuvieron sus ojos en un pequeño mueble, especie de *secretaire* de su padre, ante el



—La vehemencia nos conduce a errores lamentables — sentenció un caballero respetable del grupo.

—Pues si supiesen ustedes cómo evité yo, gracias a mi vehemencia, un error que hubiese sido el más lamentable de mi vida...

Todas las cabezas se volvieron hacia el que había hablado, y varias voces pidieron:

—Cuenta usted, Garcés, cuenta usted.

Mauricio Garcés accedió:

—Ustedes saben quizá que mis padres murieron jóvenes, cuando yo acababa de obtener mi diploma en la Academia de Infantería. Quedé, pues, a los veintidós años entregado a mí mismo y dueño de una fortuna bastante bonita.

Mi juventud, sin embargo, no me inspiró locuras. Como hijo único, yo había sido muy mimado; pero supe corresponder al amor de mis padres con otro entrañable, y al perderlos mi dolor fué una profilaxis contra los peligros a que estaba expuesto. El vacío de mi alma no podía llenarse con amores de cabaret, ni calmarse mi tristeza con la distracción falsa de la juerga. Otro consuelo necesitaba mi espíritu.

Y lo encontré, o creí encontrarlo. La primera licencia que obtuve fui a pasarla a una provincia nortea, donde había veraneado algunos años con mis padres. Aquella ciudad me atraía por ella misma, que era alegre y simpática, y por algunos de sus habitantes. Sobre todo, por cierta mujercita rubia, de ojos oscuros... Era hija de un magistrado. La llamaremos Mary. Dos años antes habíamos sido novios. Un noviazgo de tres meses, que concluyó, sin riña, sólo por no saber qué decirnos en las cartas. Yo no había olvidado del todo aquel amorcillo, y al encontrarme solo y necesitado de afecto, pensé en revivirlo.

La encontré soltera y sin "compromiso"—como se dice vulgarmente, — y más bonita que cuando dejé de verla. La reanudación de los antiguos amores fué sencillísima. Yo le dije:

"Aunque no te escriba, Mary, porque me cuesta mucho trabajo escribir, no te olvidaba, ya lo ves... Nos conocemos hace muchos años, nos habíamos tratado bastante antes de ser novios... Yo creo que ahora no son necesarias unas relaciones largas, que además tendrían que ser por escrito... ¿Quieres que nos casemos? Yo pido una prórroga, se dispensan las amonestaciones, y dentro de un mes eres mi mujer".

Hablé con su padre, y, todos de acuerdo, se empezaron los preparativos. Yo me consideraba feliz. Mary me había dicho, envolviéndome en la mirada enloquecedora de sus ojos un poco enigmáticos: "Yo sabía que volverías, y te esperaba..."

Lo que no se me ocurrió preguntar, ni a ella ni a nadie, fué si había entretenido la espera con otros noviazgos. Los hombres somos bastante fatuos; nos creemos capaces de inspirar pasiones sublimes...

En fin, todo iba a la maravilla. Se acercaba el día de la boda, cuando una mañana recibí una carta.

PRUEBA PELIGROSA

Por Sara Insua

Era de mi apoderado. "Tal vez haya llegado a oídos de usted—me decía—la quiebra del Banco X..." No leí más. En acciones de aquel Banco tenía yo mi capital. Estaba, pues, arruinado.

Sin embargo, no me consideré

comunicarle a mi novia el cambio de situación. Así lo hice. Me escuchó palideciendo, y cuando concluí de hablar me dijo: "¿Y qué vas a hacer ahora?". "Ahora — repetí — ahora, casarme contigo... Este contratiempo no lo impide; algo me



Es el vino que, por ser insuperable para la mesa, debe elegir todo aquel que quiera acompañar una buena comida con un buen vino.

BEBE VINO TORO

Se vende en botellas de litro y en cascotes

BODEGAS Y VIÑEDOS GIOL, Soc. An.

Cangallo 434

Buenos Aires

desgraciado. Contaba con mi carrera y, sobre todo, con el cariño de mi novia, que me compensaba con creces. Por fortuna, la boda no era necesario retrasarla. Yo tenía en mi poder los fondos suficientes. No obstante, me pareció que debía

ha quedado para los gastos, y en la capital tenemos la casa puesta que fué de mis padres... Claro que no podremos ir a París, como pensábamos, ni comprar el auto; pero ¿qué importa?"

Entonces mi novia, en una voz

ANÉCDOTA

Edificaba Sócrates una casa para vivir, y como no era muy rico, hacía la pequeña y de escaso lujo.

—¡Vaya una fachada! — decía el uno.

—¡Vaya un costado! — murmuraba el otro.

—¡Qué habitaciones! — añadía un tercero. — ¡Ni un lugar habrá en ellas para revolverse!

—Pequeña y mala, en efecto — respondió Sócrates, — es la casa que hago; pero, ¡ojalá consiga llenarla de verdaderos amigos!

extraña, de sonidos metálicos que yo no le conocía, habló: "Mira, yo creo que es mejor que aplacemos la boda". "Pero ¿por qué? La situación ha de ser la misma dentro de unos meses o un año". "Tal vez no — insistió ella serenamente, un poco fríamente. — Si te vas mañana mismo a la capital y te ocupas personalmente del asunto, y pides cuentas, quizás salves algo. Esa quiebra puede no ser completa. Hazme caso, vete..."

No podría definir qué sentimiento me levó a seguir el consejo de mi novia. No sé si fué la esperanza de que tuviese razón, o el gusto de complacerla, o la necesidad de alejarme de ella... Lo cierto es que salí de su casa más triste de lo que había entrado y con un vivo sabor de amargura en los labios.

La mañana siguiente, momentos antes de marchar, recibí una carta suya. En el sobre, bajo mi nombre, decía: "Para que la leas en el vagón". La abrí una hora después, cuando el tren se había alejado varios kilómetros de la ciudad, y leí algo por el estilo: "Mauricio: Es doloroso, pero tenemos que renunciar a casarnos. En las circunstancias actuales nuestra boda sería una locura. Tanto tú como yo estamos acostumbrados a vivir bien, y ni sabríamos ni podríamos sujetarnos a tu sueldo. Yo te aseguro que te quiero; por eso procedo con franqueza. Y ahora, como a ti y a mí nos resulta difícil sostener una correspondencia, dejaremos esto así, como la otra vez, y si cuando seas capitán se te ocurre venir por aquí, es probable que me encuentres". Y terminaba con un tibio y ambiguo *Hasta siempre*.

El frío calculismo y la sequedad de corazón de aquella mujer, en cuyo cariño había creído, me dejó helado. Tan helado, que se apagó también en mí, repentinamente, la llama de aquel amor. Acababa de conocer a la verdadera Mary, y al conocerla no la quería. ¡Bendita ruina mía! Como para congratularme mejor de ella, busqué en mi bolsillo la carta de mi apoderado, sólo a medias leída el día antes.

Después de comunicarme la quiebra del Banco X, con largas explicaciones, continuaba: "Por fortuna, yo tuve a tiempo el presentimiento del *crac* y he negociado las acciones de usted con una pérdida insignificante. Tiene usted en la cuenta corriente, trescientos cincuenta mil pesos, cuya colocación decidiremos".

Se figurarán ustedes mi alegría. No estaba arruinado; pero sí, gracias a la supuesta ruina y a mi vehemencia, acababa de librarme de un matrimonio que habría sido mi desgracia. Claro que la desilusión sufrida era un rudo golpe; pero me curaba radicalmente de mi sentimentalismo y me permitía ver la vida con ojos de hombre.

Ahora, cuando quiera casarme, me convenceré antes de que me quieren por mí...

—Hará usted bien — aprobó el caballero respetable del grupo. — Pero voy a permitirle un consejo: preséntese como pobre desde el primer momento. Aparecer como rico, y un buen día confesarse arruinado, es una prueba demasiado peligrosa...

Nos hallábamos en el Círculo conversando en grupos sobre temas de escaso interés y generalidades, cuando penetró al salón Antonio Isla, un muchacho excéntrico, cuyas rarezas le hacían pasar por hombre de otras latitudes.

—¿De qué se trata? — preguntó al verme.

—De nada, de lo de siempre. Comentamos lo que dicen los periódicos y aun lo que dejan de decir. Hasta discutimos las nimiedades del crimen del día, un crimen vulgar, en que el móvil ha sido el robo.

Antonio Isla exclamó entonces:

—Todos llevamos latente un criminal o un hombre malo.

—¡Ya empiezas a exagerar! — repuso uno de los presentes.

—Estoy convencido de ello — replicó Isla. — El hombre más honrado y virtuoso del mundo lleva dentro de sí otro ser distinto, que a veces impulsa al hombre externo a ejecutar actos repulsivos. Claro que la educación, de una parte, y el miedo al concepto ajeno por otra, constituyen frenos que nos sujetan, impidiendo que el hombre exterior se solidarice con el hombre interior. La virtud en el hombre y en la mujer es puramente un producto de cálculo, de conveniencia, para gozar de la consideración social. Pero por dentro corre la impureza, como los malos humores en los organismos viciados. El que sostenga otra cosa es porque aspira a llevar la hipocresía hasta el exceso, queriendo imbuir en los demás la idea de que es un ser superior, desprovisto de pasiones. A mí no lograría convencerme mientras el sujeto fuese de la misma condición que los demás humanos. Unos son ladrones, otros asesinos, otros falsificadores, otros adúlteros, otros venales, otros claudicadores... ¿Quién podrá decir que en su vida no le ha pasado por la cabeza un mal pensamiento? Pues ese mal pensamiento es la revelación del instinto criminal que duerme en el fondo de los seres, y que, de vez en cuando, sacude su modorra y hostiliza con zarpazos de fiera al hombre, impulsándole a realizar el acto que se halla en gestación en la capa subconsciente. La voluntad, fortificada por la conveniencia, suele resistir esas sacudidas brutales de la bestia interna y se impone a ella enfrenando sus embestidas. En muchos casos, esa voluntad se debilita, y el sentido de la conveniencia se oscurece, y entonces el hombre o la mujer pierden el desdoblamiento de la personalidad y se truecan en un ser único, fundiéndose la personalidad interna y la externa con la preponderancia de los instintos malos de aquella...

—¡Vaya una teoría!

—Muy admitida por muchos.

—Es una teoría que está comprobada por los hechos — manifestó Isla con aplomo. — Yo, señores, he llevado dentro un asesino. En muchas ocasiones pensé en la manera de matar a alguien, a un desconocido cualquiera. Medité sobre los medios de realizar mi crimen sin que nadie sospechara que yo fuese el autor. Preparé con deleite todos los detalles del programa, para impedir que una sorpresa me delatase. Y cuando hube agotado cuantos recursos de ingenio inventara el más sutil para la comisión del delito, lo llevé a cabo y luego traté de despertar en la conciencia el torcedor del remodimiento y el imperativo de la expiación, para saborear hasta el fin el goce o el tor-

EL LADRON

Por Carlos Hernández Pozo

mento de mi bien concebida hazaña. Ahora, señores, pasa mi ser interno por otra fase diferente. Ahora soy un ladrón, que no cesa de sugerir hábiles procedimientos para apoderarse de las alhajas y el dinero de los demás. Cada día, este ladrón inventa planes a cual más sugestivo, para llegar a fructuosos

líos de mi dignidad y a la solicitud de mi conveniencia social. A veces me asalta un temor pánico, cuando me siento empujado por esa fuerza interna, y temo que un momento de claudicación de mi voluntad me hunda en una inconsciencia delictuosa. Dígame usted, doctor— terminó dirigiéndose a uno de los



—¡También es mala suerte! ¡Tardar seis meses en hacerse amigo del perro, para que el día en que uno va a dar el golpe, lo cambien por otro!

finos con impunidad absoluta. En vano pretendo desviar mi imaginación de esas representaciones criminales de mi ser interno, considerando lo absurdo de sus dictados. La influencia alucinante de la fuerza interior se impone con energía diabólica a mis resistencias, a mis protestas, a mis pudores, a la rebe-

audidores. — ¿posee la ciencia elementos suficientes para curar estos males? Yo creo que no; porque son enfermedades morales que, como todas las vibraciones del espíritu, necesitan para exteriorizarse el conducto de las facultades físicas del individuo. Pero si no el médico o el fisiólogo, ¿no hallaría el psicólogo

A UN CIEGO

Es verdad que no puedes contemplar el paisaje que se extiende a tus plantas bajo la luz del sol. Tus ojos están ciegos por fuera, pero pueden volverse, luminosos, a tu mundo interior.

¡Qué importa lo que vemos con los ojos mortales! Porque miran la tierra. ¡Cuánto juzgan que ven! Sus miradas no van más allá de las formas, ignoran los abismos misteriosos del ser.

No te aflijas, hermano; porque tus ojos ciegos descubrirán mil mundo ignorados, quizás... Ciego tú puedes ir, rastreando en la sombra a abrazarte en la luz divina e inmortal.

MANUEL BENAVENTE.

Paysandú.

la receta precisa para el tratamiento del caso?

—No existe más remedio que la fuerza de voluntad—indicó el doctor.

—O variar de aires — añadió otro jocosamente.

—Tood ello — afirmó el doctor— es consecuencia de un desequilibrio nervioso.

Estas frases causaron a todos alguna inquietud y miraron fijamente a Isla.

—¡Ah! ¡Vamos! — exclamó de pronto éste. — Eso quiere decir que me tienen ustedes por loco.

El doctor se apresuró a tranquilizarle.

—¡No, no! — dijo. — Eso quiere decir que va usted a tomar una pequeña dosis de valerianato amónico, para que desaparezca el amago de neurastenia que le amenaza.

Isla se echó a reír.

—¡Neurastenia! — repitió. — ¡Bah! La enfermedad de moda en todo el mundo, producida por el sobreesfuerzo del trabajo intelectual.

—No — repuso el doctor; — es el producto lógico y consecuente de las inquietudes que dominan el hombre moderno, ansioso de enriquecerse, de encontrar una dicha inasequible, de ser superior a los demás. La consecuencia lógica de no conformarse con el disfrute de una vida tranquila en una modestia saludable para el cuerpo y para el espíritu. Hoy todos somos combatientes en la guerra incruenta por los honores, las posiciones y la fortuna, y todos pretendemos ser vencedores. Para ello apelamos a cuantas artes sugiere el ingenio: la astucia, el engaño, la habilidad o la fuerza. Cuando la lucha se prolonga, las facultades que nos sirven de armas se debilitan en su eficacia, se quiebran, se inutilizan y sobreviene el padecimiento moral, y el padecimiento moral engendra el padecimiento físico, que se manifiesta en fenómenos diversos y principalmente en esa dolencia que está produciendo verdaderos estragos en la humanidad y que denominamos neurastenia.

—Y de la neurastenia a la locura no hay más que un paso, verdad? — inquirió Isla.

—Uno, dos o tres... — dijo el doctor. — Todo depende de la prisa con que se vaya. Recuerden ustedes el caso de Esopo. Iba el filósofo por un camino, cuando se acercó a él un hombre que llevaba dirección contraria.

—¿Cuánto tiempo — preguntó éste — tardaré en llegar a aquel pueblo que se columbra a lo lejos?

—¡Anda! — replicó Esopo.

El viajero le miró con sorpresa y dijo:

—Te pregunto que cuánto tiempo emplearé en llegar a aquel pueblo.

—¡Anda! — repitió el filósofo.

El buen hombre, tomándole por imbécil, le volvió la espalda y prosiguió su camino.

Esopo, que se había detenido para verle marchar, le gritó al poco tiempo:

—¡Dos horas!

—¿Y por qué no me lo has dicho cuando te lo he preguntado? — exclamó airadamente el viajero.

—Porque desconocía la velocidad con que caminabas — contestó el filósofo.

Como ya era la hora de comer, todos nos levantamos, y unos se dirigieron al restaurante y otros a nuestras casas.

Algunas horas después se comentaban allí las manifestaciones de Isla y la respuesta del doctor.

Y aquella misma noche, uno de los socios, que había oído las murmuraciones poco favorables para Isla de los concurrentes, y que se encontraba en la sala de juego, gritó de pronto:

—¡Me han robado la cartera!

Aquellas palabras produjeron gran sensación.

¿Quién podía haber sido el ladrón?

Y por todo el Círculo no se oyó más que una respuesta. No cabía duda, después de lo ocurrido por la tarde, de que el ladrón era Isla.

La policía lo detuvo en el mismo Círculo; pero no encontró en su poder la cartera sustraída. El joven protestó indignado contra la acusación o la sospecha; pero, a pesar de ello, se le condujo a la dirección de policía.

El doctor y los amigos pretendieron evitarlo, alegando que el hecho debió haberse producido por un acceso momentáneo de enajenación mental; mas todo fué inútil.

A eso de las tres de la madrugada presentóse en el centro policíaco el robado, para declarar que retiraba la acusación, porque su creencia era infundada. La cartera había aparecido en su domicilio, donde la dejó olvidada al salir para el Círculo.

Isla le exigió una retractación pública, y el de la cartera accedió con gusto a la demanda.

Pero en Isla produjo una conmoción tan fuerte lo acaecido, que, no obstante las frases cariñosas de los amigos, la brusquedad del choque hirió de tal modo su cerebro, que hubo que internarlo en un manicomio.

Y el doctor decía, recordando a Esopo:

—Ahora es cuando puedo contestar a Isla; sólo ha tenido que dar un paso.

Primera ascensión al monte del Rey Eduardo

Tiene el monte Rey Eduardo una altura de 11.400 pies, aproximadamente 3.800 metros, y es vecino de su hermano Columbia; los dos picos que forman la muralla meridional del inmenso anfiteatro en el que tiene sus fuentes el río Athabaska.

Después de cuatro días de viaje, dice el alpinista H. Palmer, llegamos al pie del monte Eduardo en la mañana del 10 de agosto de 1924.

El pico Rey Eduardo tiene, de lejos, forma cónica; pero esta impresión no la recibe el viajero al hallarse cerca de él, que ve una punta afilada a la que se llega por escarpadas aristas y multitud de glaciares.

El Colombia iba desapareciendo de nuestra vista a medida que subíamos por el Rey Eduardo; en cambio, se nos presentó el majestuoso Alberta.

Cerca de su glaciar, a 5.000 pies sobre el nivel del mar, establecimos nuestro primer campamento. Los caballos que hasta ahí habíamos traído regresaron con sus hombres al punto de partida, quedándonos el doctor Hickon y yo con tres guías y un cocinero.

Al día siguiente nos levantamos

a las 3.30 de la madrugada, y a las 5 caminábamos por el pedregoso barranco de un torrente. Una hora después salíamos al campo libre, habiendo ascendido unos 800 pies cerca de otro glaciar, y después de un descanso, continuamos subiendo, no sin grandes dificultades.

A las 8.30 de la mañana nos hallábamos a 3.200 pies de altura. Nuestro plan era pasar alrededor de la base del pico sobre la nieve hasta la parte Sur, en donde esperábamos encontrar un camino practicable. Hora y media más tarde lo habíamos logrado, y alcanzamos las rocas a cerca de 9.000 pies de altura.

Todo el flanco de la montaña se componía de losas inclinadas llenas de gusanos, lo que hacía muy difícil afianzar bien los pies. Tres horas y media de penosa ascensión nos hicieron llegar a la base de la

caperuza final; un erguido pico de rocas negruzcas, que parecía imposible de escalar. Allí, afortunadamente, encontramos agua fresca y cristalina, gran hallazgo para apagar la sed que nos torturaba.

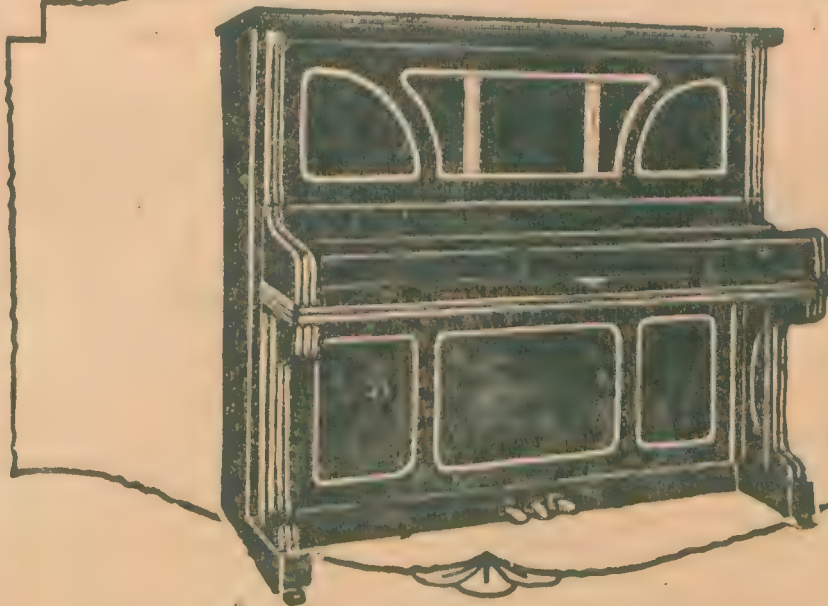
Decidimos continuar la marcha hacia la arista Sudeste para ver cómo se presentaba el camino. Pasamos por una estrecha herradura en la aguja y descubrimos una chimenea de más de 100 pies de altura, que horadaba la cintura acantilada y daba acceso a un plano inclinado por el que llegamos al pico del Sur a las 4.15.

Un segundo pico da fin a la estrecha cornisa, al Norte, que tiene 11.320 pies sobre el nivel del mar. Desde allí contemplamos un panorama encantador, indescriptible, del que formaban parte principal las imponentes masas de los montes Columbia y Bryce. La falda me-

ridional del primero parecía una empallada hecha por cíclopes. Es una roca gris de estructura vertical, que desciende para sentar su base en el valle de Bush.

El monte Bryce, de 11.500 pies, presentaba un magnífico espectáculo a pesar de la distancia que le separaba de nosotros; el pico del monte Alberta, 11.875 pies, es el más difícil de subir: un verdadero hueso para el alpinista. Al contemplarlo se comprende que muchos lo hayan bautizado con el nombre de Pico del Terror. Los antiguos hubieran encontrado en él un magnífico modelo para su Torre de Babel. Es una pirámide formada por terrazas y coronada por unas puntiagudas rocas en forma de peine.

Después, comenzamos el descenso a las cinco, y empleamos más de hora y media sólo en descender por la chimenea.



PIANOS

Nuestra garantía es

Que solo vendemos las
MEJORES MARCAS

Con las mayores facilidades de pago

Antigua **Baño**
Casa =

C. PELLEGRINI 440

Una vez llegó a la cárcel de un pueblo un sujeto acusado de peligroso. Era un hombre joven, como de unos veinticinco años, alto, pálido, de facciones enérgicas y extraña mirada.

Entre un grupo de chiquillos y perseguido por la mirada de todos los vecinos, atravesó la pueblerina plaza en medio de los guardias. Hubo expectación general. Nadie tuvo el corazón tranquilo hasta que el detenido traspuso los umbrales de la cárcel, y se cerró tras él una pesada puerta de profusos herrajes.

—¡Dicen que es un anarquista! — afirmaba una mujer haciendo cruces.

—¿Y qué es un anarquista? — pregunta otra.

—Es cosa del mismo demonio, — repuso aquélla. — Son esos que ponen bombas en las iglesias.

—¡Válganos el Corazón de Jesús! — exclamaron varias casi al mismo tiempo. Y se fueron, porque era la hora de la novena.

El alcalde de la pequeña cárcel vivía solo con su buena mujer. El único hijo que tuvieron había muerto en la guerra, y la existencia del matrimonio iba deslizándose entristecida y monótona. Como casi nunca había presos, el alcalde llegaba a olvidar su oficio de carcelero. En verdad, era un carcelero lo menos carcelero posible. Los reclusos casi nunca permanecían más de una semana en el establecimiento, pues se trataba de gentes acusadas de pequeños delitos. Cuando la causa era grave, el detenido pasaba a otras cárceles principales.

—Tengo miedo — dijo la mujer del alcalde a su marido cuando comenzó a correr la noche.

—¡Bah! — contestó él, encogiéndose de hombros.

—Pues sí que tengo miedo. He oído decir que es un anarquista. ¿No son los anarquistas esos que tiran bombas a los reyes?

El alcalde no oía a su mujer. Díjase que algo le preocupaba.

—¿De qué le acusan? — insistió ella.

—Lo encontraron repartiendo unos impresos. Parece que no está muy claro su delito, y se ha consultado el caso a la superioridad.

—¿Qué quieres que te diga! Nunca tuve tanto miedo como ahora — contestó ella. — ¿Lo registraron bien? ¡Mira que si le diera por hacer estallar una bomba para escaparse!

—No digas locuras, mujer. ¿Tú crees que una bomba se fabrica con papeles de periódico?

—No sé qué decirte a eso; pero sí que tengo mucho miedo.

—¡Bah, bah! — repitió el alcalde. Y volvió a quedar en silencio.

—¿Hablaste con él? — interrogó la mujer.

—Sí... Hablé con él. Si te dijera una cosa...

—¿Qué? — demandó ella, estrechando, temerosa y ávida, el brazo de su marido.

—Si te dijera una cosa, mujer... — volvió a decir él, flaqueándole la voz y poniendo sus manos sobre los hombros de la compañera.

—¡Dime! ¡Habla! — imploró ella cada vez más llena de temor.

Iba haciéndose de noche, y la habitación se llenaba de sombras. En el viejo caserón no se oía el rumor más pequeño. La mujer estaba pendiente del silencio, y apenas podía disimular su ansiedad y su congoja. El alcalde se pasó el dorso de la

CARCEL DE PUEBLO

Por Angel Lázaro

mano por la frente, y habló por fin:

—Si te dijera que ese mozo se parece de un modo asombroso a nuestro hijo. Si lo vieras, si lo oyeras hablar... Es su misma cara y su misma voz.

—¡Oh, no! Mi hijo era bueno. No

—¿Y dices que su voz?

—Como si le oyeras hablar a él...

¡Es horrible! Me parece que acabo de dejar encerrado a nuestro hijo.

Ella encendió la luz y se dejó caer, llorando, en una butaca. El recuerdo del hijo muerto en la flor de la juventud pasaba como un trá-



—No me gusta andar con cuentos, pero mi marido me ha dicho que el tuyo anda besando a su dactilógrafa.

—¿Y qué tiene de extraño? Están comprometidos para cuando nos divorciemos.

había más que ver su cara para saber que era buena. Hablaba y daba gloria oírle. ¿Cómo ha de parecerse tal sujeto a nuestro hijo? Pero dime: ¿tú viste bien?

—Vi, mujer. Es como él. Hasta aquella luz de los ojos, aquel modo de mirar que él tenía...

gico nubarrón sobre el infortunado matrimonio. El alcalde hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se perdió en la tiniebla de un largo pasillo.

La noche cerró sobre el pueblo. Quedóse desierta la plaza, y las cigüeñas se recogieron en sus nidos,

ELOGIOS LIRICOS

ANTONIO MACHADO

Como el canto del grillo
envuelve el corazón
de la noche campestre,
Antonio, tu canción
—grillo de oro—envuelve
así mi corazón.

JUAN RAMON JIMENEZ

Hermano Juan Ramón
es una dulce tarde en agonía
pensante tu divina inspiración.
Manchan las aves de monotonía
el cielo lírico de tu ilusión
y grises bueyes de melancolía
aran el campo de tu corazón.
Como el buey a la tarde en agonía
así llena mi espíritu de unción
la dulce tarde de tu poesía
hermano Juan Ramón.

MAYORINO FERRARIA.

en lo alto de los campanarios. En la cárcel, el alcalde y su mujer se disponían a cenar bajo la verde lámpara del comedor. Ella misma cocinaba y servía la mesa.

Desde la muerte del hijo, las comidas transcurrían tristemente. Allí quedaba un lugar vacío que ya nunca se podía llenar. Y el alcalde, con sus cincuenta y ocho años, y su mujer, con sus cuarenta y nueve, sentíanse más viejos de lo que eran, como esos abuelos sin nietos que viven acurrucados al pie del brasero.

En vano trataban los dos de disimular su turbación. El pensamiento de uno y otro se obstinaba en torno de lo mismo: aquel mozo que habían traído preso por la tarde, y que tanto se parecía al hijo caído en la guerra.

Ella no pudo contenerse más.

—Pablo — dijo a su esposo, — ¿por qué me has dicho que ese muchacho se parece a nuestro hijo? Tengo una ansiedad que quiera ahogarme. No puedo cenar, no puedo...

El alcalde dejó su cuchara sobre el plato y se pasó la servilleta por el bigote. Estaba pálido, sin atreverse a mirar a su mujer, que hubiera querido que el esposo le advinase el pensamiento.

—Sostégate y cenemos, — dijo él con voz turbada por la emoción.

—No puedo cenar. Estoy demasiado nerviosa.

Se hizo un nuevo silencio.

—Pablo... — insinuó ella. Y después de una pausa añadió resuelta-mente: — Quisiera hablar con ese muchacho.

—¿Estás dispuesta? — preguntó él, poniéndose en pie.

—¡Sí! — afirmó ella con acento de madre.

—Pues ahora mismo lo traigo — dijo el alcalde, y salió sin añadir una sola palabra.

En el asiento que un día ocupaba el hijo, estaba ahora el presunto malhechor. El alcalde y su mujer procuraban dominar su turbación, y de vez en vez dirigíanse furtivas miradas de inteligencia. La luz de la lámpara, derramándose sobre la mesa camilla, bañaba a los tres de un suave resplandor. El muchacho cenaba con apetito.

—Perdonen ustedes — dijo con voz naturalmente suave y tranquilizadora; — pero como he pasado tantas horas sin comer...

—¿No le dieron de comer a usted los guardias? — preguntó el alcalde.

—No son muy obsequiosos, ciertamente — respondió el joven con una sonrisa de indulgencia.

Entonces el alcalde, como si acabara de reprocharse algo a sí mismo, añadió:

—Yo, ya ve usted... He dicho que le sirvieran lo que manda el reglamento. Pero como llegó usted tan tarde y tan inesperadamente... Tal vez...

—Tampoco los carceleros parecen mejores que los guardias — comentó el joven. — Al menos el que trató conmigo esta tarde...

El alcalde dió algunos informes: — Es un pobre diablo a quien pega su mujer cada vez que se emborracha, y se emborracha con mucha frecuencia. Milagro sería que hoy no tuviese algunas copas de más, porque lo vi irse a su camastro más temprano que de costumbre. Ahora dormirá como un bendito.

La mujer del alcalde permanecía extasiada ante el joven.

—Tranquícese usted, señora — dijo el muchacho. — Su esposo me ha hablado de la curiosa semejan-

za, merced a la cual me he visto favorecido. Tranquilícese usted... Ya le he dicho a este señor quién soy y cuál es mi delito. Yo no he tirado bombas hasta ahora, porque no creo gran cosa en tales procedimientos. Las hojas que estaba repartiendo en ese pueblo, donde me detuvieron por advertencia de un alcaide ignorante, están debidamente autorizadas, y la orden de mi libertad vendrá en seguida. Por lo demás, lo único que siento ahora es no ser su verdadero hijo, resucitado para venir a cenar esta noche en compañía de unos padres que tanto bien me están haciendo, en recuerdo de su hijo, que a tanto se han atrevido por él.

—¡Oh, no! — exclamó la mujer. — Usted es bueno, usted parece bueno... ¿Qué podemos temer de usted?

—Nada. Pero ustedes nada sabían sino que se me acusaba de anarquista peligroso. Yo no sé si predicar la guerra a la miseria y a la esclavitud, y aconsejar el cultivo de la inteligencia como única redención, es ser anarquista. Eso decían mis prospectos, y nada tengo que temer.

—¿Viven sus padres? — preguntó la buena señora.

—Mi padre no sé si habrá muerto. Un día huyó de mi casa y nos dejó solos a mi madre y a mí. Yo tenía entonces trece años, y me puse a trabajar en una imprenta. Después murió mi madre... Fue entonces, al sentirme tan solo, tan derrotado, sin más confidente que mi propio corazón, cuando me acometió el impulso de escribir, como un desahogo. Mis primeras cuartillas de escritor las emborriné con lágrimas de sangre. Hoy vivo de mi pluma; viajo y escribo; quiero conocer mi patria palmo a palmo; soy sobrio y con poco me arreglo... Ya ve usted, señora, que no soy tan peligroso como usted creía, y que puede dormir tranquila esta noche.

El tic-tac del reloj era como un latido. Una paz familiar reinaba en el comedor. Doblaban el joven su servilleta en silencio sonriendo al matrimonio, que permanecía pendiente de sus palabras y de sus gestos, como en otras noches lo estaban del hijo fenecido. Hubo unos momentos en que el matrimonio creyó vivir una noche anterior, de muchos años atrás, una noche de aquellas en que el hijo llegaba jubiloso de la calle y se ponían los tres a cenar, mientras el muchacho contaba lo que había hecho durante el día, lo que se había solazado con sus amigos, lo que pensaba estudiar muy de mañana al día siguiente...

Y el matrimonio, lenta e instintivamente, fué a dar con la mirada en la cama que se veía por entre las cortinas de una alcoba contigua al comedor; la cama que se quedó esperando inútilmente a su dueño. Y el alcaide, mirando a su mujer, que parecía expresarle algo con la mirada, dijo a su huésped:

—Esa es la cama de mi hijo. Nadie la ha ocupado desde que él la dejó. Puede usted dormir en ella mientras esté con nosotros.

El mozo les estrechó a los dos las manos largamente, en silencio...

Durmió el matrimonio aquella noche como si el hijo durmiera con ellos. Cuando se despertaron, preguntábase el uno al otro:

—¿Estará bien tapado?

—Creo que debemos echarle más ropa.

—Parece que duerme. Escucha...

En el silencio nocturno se oía la respiración lenta, profunda, normal del mozo. Y el matrimonio se miraba, y sin saber por qué sentía la necesidad de darse un abrazo de alegría bajo las sábanas.

Al día siguiente, cuando llegó la orden de libertad y el muchacho se despidió del alcaide y su mujer, le pareció al matrimonio que otro hijo se iba para siempre.

Las estadísticas del delito en Inglaterra

Mientras París tiene, por término medio, dos asesinatos diarios, y las dos ciudades norteamericanas Chicago y Nueva York, uno por hora, la policía de Londres, a falta

de asesinatos en que entretenerse, se ha visto obligada a confeccionar estadísticas para no aburrirse.

Una de las cosas que ha descubierta dicha policía es que la mujer, por regla general, no comienza a cometer crímenes hasta después de los treinta años.

Según opinión de las autoridades inglesas, el bello sexo inglés se dedica al crimen solamente por dificultades económicas o impulsado por un deseo de aventuras, una vez que los ensueños matrimoniales han quedado rotos.

Durante el año 1925, 23 mujeres fueron condenadas por robo en Inglaterra, y una de ellas tenía setenta años de edad.

De las 21 personas condenadas por perjurio durante el mismo año, doce eran mujeres. Entre las condenadas por actos de vesania y crueldad contra los animales, sólo

figuraron tres mujeres; pero, en cambio, se procesó a 264 inglesas por crueles hacia los niños.

El período más peligroso en la edad del hombre parece ser de los veinte a los treinta años; y de las 46.807 personas procesadas por toda clase de delitos en el año mencionado, no menos de 10.000 eran hombres comprendidos en este período.

La imaginación popular se figura generalmente al falsificador como un hombre de cierta edad; sin embargo, un 95 por ciento de los procesados por delitos de falsificación son hombres de menos de cuarenta años.

Los hombres son hábiles en estos punibles menesteres. Las mujeres, torpes, aunque astutas, suelen suplir su falta de habilidad con admirables argucias para pasar por bueno lo falso.

LOS PERROS DEL MAR

Con sus ágiles cuerpos, sus cabezas salvajes, sus cuellos erizados y sus largos pelajes, tienen las apariencias del lobo y del león; y hay en aquellos hijos de dogos y mastines las fieras actitudes con que los paladines defendían las torres de su feudal señor.

Y cuando en mar abierto, de nuevo el barco rueda y, herido por los vientos, el negro islote queda como un gigante erguido sobre la inmensidad, al través de las sombras, oyen los tripulantes, como gritos de naufragos sobre mares distantes, los roncós aullidos de los perros del mar.

EL TROFEO

Dió el indio algunos pasos en son de desafío y bruscamente lanzó a los vientos su clamor de guerra, a cuya voz potente, llenas de asombro y de pavor, temblaron las aves y las bestias de la sierra. Recogióse el felino tembloroso y, erizando el rojizo pelaje de su lomo, silencioso cayó sobre el cacique de improviso. El guerrero al instante echóse listo a un lado y la bestia pasó por su costado, como un enorme proyectil silbante. Alzó el toqui la mano y blandió el arma con ademán guerrero; mas el golpe fué en vano y resonando se enterró el madero en la temblante tierra humedecida que al recibir el choque sobrehumano, gimíó también, como otra bestia herida.

LA BOROANA

Su rostro hermoso, fresco y carnosó, como una poma del manzanal, no ha conocido más que el riachuelo color de cielo que junto al rancho cantando va.

Atado en trenzas lleva el cabello que es recio y blondo como un destello de áureo metal, y sus pupilas grandes, verdosas son inquietas y misteriosas olas del mar.

Sobre las combas altas del seno redondo y pleno, cruza las puntas de su mantón; y cuando el viento su extremo vuela, con ambas manos riente vela los tiernos lirios de floración.

EL VILLAGRAN

Tú permitiste cortar a los recios mocetones sus afilados lanzones en tu viejo colihuar, y viste un día pasar, enturbiando los cristales de los sonoros raudales que cruzan tus espesuras, las imponentes figuras de los aucas inmortales.

Por tus abruptos senderos, embrazando sus broqueles, subieron en sus corceles de Valdivia los guerreros. Treparon los caballeros, llena el alma de fe viva, sin sospechar que no iba de ellos ninguno a volver, ni el pie triunfante poner de nuevo en tu cumbre altiva.

Cuántas tardes me senté en tu cima sobre el trozo de un viejo cañón mohoso y en torno mío miré, y, frente a mí, divisé una pampa de cristal que besaba el sol triunfal y abajo, en el valle umbrío, alfanje de plata, un río sobre el oro del trigal.

Poetas chilenos

Samuel A. Lillo



El original y fecundo cantor de la raza autóctona chilena, el inspirado poeta Samuel A. Lillo, acaba de dar al público otra de sus maravillosas obras.

"Bajo la Cruz del Sur", es la que ahora ha recibido la crítica chilena con merecidos y entusiastas elogios.

El apellido Lillo, en Chile, parece sinónimo de grandes poetas, como lo acreditan el viejo Eusebio Lillo, Baldomero Lillo y, sobre todo, Samuel A. Lillo, distinguiéndose este último por ser el único de los poetas chilenos que, como ninguno, después del divino Ercilla, ha cantado más y mejor a la raza Araucana, en cuyas costumbres, tradiciones y escenarios, Lillo siempre ha sabido espigar y encontrar bellezas esplendorosas, que lo hacen el poeta más nacional y más original de esta tierra privilegiada.

Este poeta nacionalista y más que todo, cantor moderno de la raza autóctona de Chile, no es un desconocido en las letras argentinas, como lo acreditan sus merecidos triunfos en los Juegos Florales de Tucumán y las glosas que sobre sus trabajos han escrito no pocos de los mejores escritores argentinos con los que Lillo cultivó esa delicada flor de la amistad literaria, al través de los Andes.

Lillo, como ninguno, ha sabido apreciar el gran filón de inspiración que hay para un cantor de enjundia, en esta raza, en esta historia y en esta tierra, y ha hecho siempre una poesía nacionalista pura y chilena en esencia, sabiendo sacar de ella concepciones sublimes e imágenes maravillosas y haciendo vibrar con la majeza de tantos heroísmos, con la gallardía de tantos arrestos y con la belleza de tantos cuadros de un magnífico colorido.

Su poesía, es enérgica, rotunda, tiene bellezas de ciclope; su pincel está tinto en el bermejo de los crepúsculos de la montaña, en el afil ópalo del cielo esplendoroso y en la fiera ática de esa raza hermosa que no conoce a otro señor que su tradición y a la que canta Lillo, enervorizado con épicos rasgos emotivos.

Para que nuestros lectores saboreen la miel de esta colmena Araucana saturada del licuén de esos dioses de copihues rojos, blancos y rosados, vamos a servirles el ramillete que transcribimos en la presente página.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

Santiago de Chile.

BARCO LOBERO

En la ensenada de los cantiles que con sus golpes la ola abrió, hay un balandro de Punta Arenas que a cazar lobos al mar salió, y que cansado de los combates con las tormentas, como un león tras de sus triunfos, en la hendidura de las montañas se recostó.

Hechos los ojos de los chilotés a las tragedias del temporal, nunca han mirado más hermosuras que las nevadas y el vendabal: por eso cruzan indiferentes el golfo arisco y el suave ondear de los estrechos y los canales, la mente fija sólo en su afán.

Sobre las olas mansas y graves, se yergue inmóvil un alcatrás, llega el balandro, también se va hacia las islas donde los lobos, a la vislumbre del sol polar, juntan las notas de sus mugidos con los clarines del mar austral.

LAS TONINAS

Al abrir por las mañanas el sol su roja pupila sobre la linfa tranquila del heroico golfo austral, haciendo saltar la espuma, cual grandes aves marinas, desfilaban las toninas junto al manso litoral.

Eran los raudos cetáceos, retoños de los delfines que, en los remotos confines de otro mar y otra región, en tropeles saltadores escoltaron las galeras en que iban tras sus quimeras Vasco de Gama y Colón.

Sus abuelos levantaron, en señal de desafío, su arqueado lomo sombrío que relampagueaba al sol, cuando las olas de Arauco desgarró con la cuchilla de su cortadora quilla el primer barco español.

EL PEHUEN

Con su troncal erecto, con su perfil hurafío, símbolo de una raza que va a morir como él, sobre las altas cumbres del viejo Nahuelbuta levanta todavía su coronada sien.

Por eso todavía parecen por las tardes, ante la vieja raza que duerme en el boscal, sus rígidos ramajes, panoplias de venablos teñidos con la sangre del gran Caupolicán.

Y al llegar el otoño, semejante a un cacique que provee a la tribu para el tiempo invernal, entreabre los estuches y el rojo fruto cae en rítmicos chubascos al pie del piñonar.

Lo recogen de día las hembras resignadas para llevarla al rancho del toqui, su señor, y lo buscan ansiosos, golpeados por el hambre, a la luz de la luna, la raposa y el león.

Mas cuando llegar siente los pasos de los huincas y el hierro de las hachas mira brillar el sol, se recoge en sí mismo, como una bestia esquivada y envuélvese en sus pías, como erizo, el piñón.

El sabe ya su suerte: la misma de la raza que han derribado al golpe del alcohol y el puñal por quitarle la herencia de sus heroicos toquis, al morir, le legaron con su hazaña inmortal.

Un cuento de hadas

Por Manuel Ugarte

(Del libro «La vida inverosímil», recientemente aparecido).

¿Quién dijo que se acabaron los cuentos de hadas? Caperucita, Cenicienta, o como la llamemos, rozada por la varilla mágica de una deidad protectora, ha realizado hace pocos días, frente al mar azul, todas sus ilusiones.

Como en las leyendas infantiles, podríamos empezar diciendo que una chiquilla pobre, languidecía en una calle de la villa, y que al conjuro de una sola palabra su casucha se trocó en palacio, su saya modesta en traje de ceremonia, su monótono vivir en brillante destino. Un automóvil suntuoso se detuvo una mañana frente al portal. Damas linajudas la condujeron a un castillo. Asistió a la boda de una princesa, se sentó a la mesa real, y volvió colmada de presentes y saludada por criados obsequiosos que la llamaban «Eccellenza».

Porque esta historia es tan inverosímil como el sol que le ha dado nacimiento. Pero veamos lo ocurrido, es decir, contemos la anécdota que las gentes se repiten con mil variantes y alrededor de la cual se han bordado tan increíbles fantasías.

Cuando la reina de Italia llegó a Cannes, tuvo una tarde el capricho de comprar monedas antiguas para el rey, que tiene, según parece, debilidad por la numismática. Recorrió una a una las casas que se dedican a este comercio, y después de hacerse mostrar cuanto tenían los anticuarios, confesó paladinamente que no encontraba nada nuevo para la regia colección. Cuando se retiraba, alguien le señaló una modesta mercería.

—En aquella covacha — dijeron — hallará Su Majestad a la hija de un hombre que tuvo la manía de recorrer la comarca recogiendo lo que la civilización romana ha dejado entre las piedras.

—Volveré — repuso la reina.

Y, al día siguiente, muy temprano, se presentó de incógnito en la mercería.

—¿Quiere usted mostrarme su colección de monedas? — preguntó a la vendedora.

—Se equivoca usted de tienda — murmuró la interpelada; — aquí no vendemos más que cintas y botones. El anticuario vive en la gran casa blanca que se ve desde aquí.

—Sin embargo, me han dicho que tiene usted algunas monedas curiosas...

—Tengo las que me legó mi padre, que era arqueólogo y murió en la miseria; pero es un recuerdo de familia...

—¿Me las puede usted mostrar?

La joven sacó una caja de cartón y exhibió su tesoro, si puede llamarse así a lo que costó tantas penas y oíó pocos resultados.

La reina descubrió ejemplares curiosísimos.

—¿Quiere usted vender su colección?

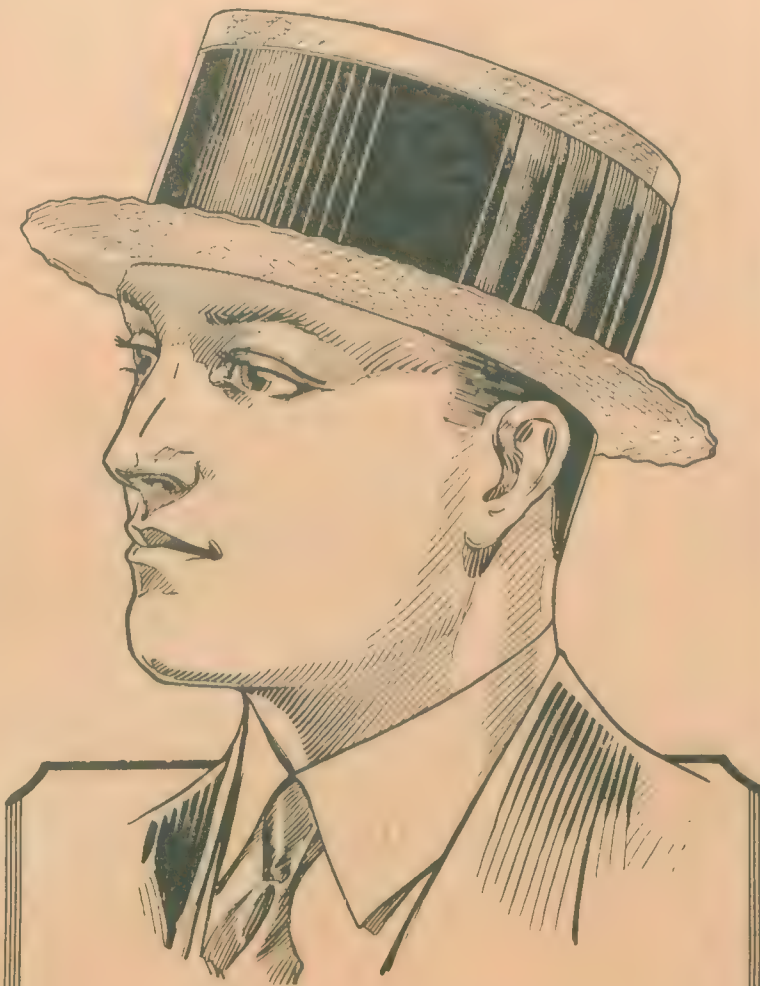
—De ningún modo.

—Le pagaré bien...

—No, señora; no la vendo...

La dama de compañía abandonó

LA MODA PORTEÑA



Sombrero de paja rustic entera, en color blanco monopol, de ala angosta y cinta de seda con moño americano.

Precio excepcional a

\$ 4.90

INTERIOR

Atendemos con preferencia los pedidos por cartas y son despachados en el día.

CASA **M. ZABALA**
—BAS MITRE— ESMERALDA

entonces la penumbra y se adelantó.

—Es para el rey de Italia.

—¡El rey de Italia! — repitió la joven con asombro.

Le faltaron las palabras, en un momento de vacilación. Recapacitando después, como si recordara un retrato, añadió con voz temblorosa:

—¿Y esa señora?

—Es la reina...

Lo que presta interés a la aventura y confirma la ilusión de un cuento loco, es el desinterés de la humilde mercera.

—¿Cuánto quieres? — dijo cariñosamente la soberana.

Era la fortuna, quizá; pero la chiquilla se obstinó en un gesto.

—Desde este instante pertenecen mis monedas a Vuestra Majestad. Sólo quiero que sean aceptadas como humilde presente...

Seducida por la delicadeza, la reina quiso ser más generosa aún.

—Dentro de pocos días se casa la princesa Yolanda. Quedas invitada a la boda... Y no te ocupes del viaje, no pienses en el vestido. Las damas de la corte proveerán a todo, se encargarán de venir a buscarte, y te llevarán a Roma...

Tal ha sido el origen de la aventura. La vendedora de baratijas ha hecho en automóvil un viaje deslumbrante, ha vestido galas insospechadas, ha figurado en el cortejo nupcial, ha tenido su cubierto en los banquetes, y después de quince días de deslumbramiento acaba de volver a la ciudad natal, conducida por el mismo automóvil y acompañada por dos condesas, que han dicho amablemente al partir:

—La reina se ha ocupado también de vuestra dote: hoy se han depositado en el Banco diez mil francos; podréis cobrarlos el día de vuestra boda...

Para dar remate al cuento, no ha de faltar el pretendiente, y los esponsales se celebrarán muy pronto. Pero el arqueólogo oscuro, que murió lejos del mundo, y cuyos trabajos quedaron probablemente inéditos, nunca soñó, seguramente, que el porvenir de su hija pudiera edificarse con un puñado de monedas viejas.

Volcanes

En la última erupción del volcán de Izalco (1925 a 1926), los habitantes de Santa Catarina Masahuat, Salcoatitán, etc., se vieron en la necesidad de valerse del alumbrado en pleno día, tan densa era la lluvia de ceniza. Cuando el Cosigüina se encargó de llevar muy lejos el nombre de Centro América, en muchas partes de ésta tenían los pobladores que servirse de luces artificiales.

El 15 de febrero de 1600 reventó el Morroputida, volcán del Perú; los efectos de su cólera se sintieron a más de 250 kilómetros a la redonda; en la ciudad de Arequipa (que tiene cercano al hermoso volcán de Misti), era tal la lluvia de cenizas que no bastaba la luz artificial para hacer visibles los objetos; el fenómeno duró quince días; fueron entonces sepultadas por las cenizas poblaciones enteras; las lavas pulverizadas hicieron un viaje aéreo hasta a lugares que distaban 1.100 kilómetros del foco de erupción.

La mecanógrafa que se casa

Por Claudio Astín

Bastaría que os asomárais a la redacción donde diariamente laboro, para daros cuenta del silencio angustioso y expectante que preside la tarea de veinte hombres. La alondra que alegraba la gran sala, ha huido. Apenas se oye la voz del redactor-jefe pidiendo original. Trabajamos mecánicamente, como si nos faltara ese soplo divino del entusiasmo, que es como el grano de sal que sazona la vida. Sólo el ruidito de las plumas sobre el papel, se percibe. Un rumor de carcoma que va desgastando el alma por el filo de las plumas. Ha huido la alondra de la dorada jaula, en la que cada uno de nosotros fué poniendo el encanto de un nuevo aliciente. Eran un día, bombones; otro, un manojo de flores; otro, uno de esos obsequios humildes que no hacen sentir el avasallamiento del poderío en quien lo recibe. Hasta el rayo de sol que por la mañana bañaba en luz la mesa entre-larga del afán cotidiano, ha dejado de saludarnos. El cielo es una inmensa mancha gris. Se han levantado los primeros cierzos. De cuando en vez, unas gotas anchas de lluvia se estrellan contra los cristales del ventanal y se escurren luego largas y silenciosas como lágrimas.

Cuando nos lo dijeron, apenas acertábamos a creerlo. Fué el propio director, siempre camaráda, el que nos dió la noticia:

—¡Carola se nos casa!

Nos miramos unos a otros. El director continuó:

—El sábado es el último día que viene.

Entró Carola en esto. Uno le dijo:

—Carolita: ¿es cierto lo que nos dice el director?

Carolita guardó silencio unos instantes, como si en su confesión hubiese algo de crimen, y al fin contestó:

—Sí, me caso. Les tendré que dejar a ustedes.

Tres días después, Carolita nos dejó para siempre. Su despedida fué uno de esos actos de tal emotiva sencillez, que sólo la pluma de los genios acertaran a describir plenamente.

Era un sábado. La máquina, sobre la que Carola iba dejando de sol a sol, la pulsación suave de sus dedos, permanecía enfundada. En medio de aquel farrago de laboriosidad apremiante, era tan sólo la máquina de Carola la que no alzaba su diaria sinfonía al trabajo. El no oír, dejábanos un vacío molesto, de cosa muerta, en los oídos. De pronto, llegó Carola. Iba cubierta con un abrigo más suntuoso que el que de ordinario le conocíamos. Llevaba también calzado y sombrero nuevo. Siempre bella, generosa y cordial, se había embellecido aún más para el momento transcendente. Adivinamos al momento y nos pusimos en pie. Quedó ella en mitad de la estancia, grave, silenciosa y callada. Nadie hablaba. Su mirada, puesta en un punto invisible, sin fijarse en nada. Las nuestras, concentradas en ella, como un haz de pequeños rayos convergentes. Fué un momento angustioso, en el que sin decir palabra, por el sentimiento anudado en nuestro corazón, adivinábamos lo que en el de ella acontecía.

Por fin, fué ella la que se decidió. Avanzó hacia el más próximo y le tendió la mano. Uno tras otro, fuimos haciendo lo mismo. Fué un saludo íntimo, intenso, inviolable, en el que no acertaban a decir los labios.

Cuando hubo saludado a todos, todos, como puestos de previo acuerdo, seguimos tras ella hasta la puerta. No volvió Carola la cabeza; aunque la hubiera vuelto, no hubiera encontrado nuestra mirada. Se marchó la alondra para siempre.

Carola era de todos y no era de nadie. Cada uno creíamos tener derecho a una sonrisa de sus labios, a una frase suya, hasta a un mohín de disgusto. Era ella la que nos advertía el lamparón insolente sobre la americana; la que nos regañaba por el abandono de nuestros enseres de trabajo; la que, servicial siempre, se ofrecía a aliviarnos en la dificultad de cualquier

labor. Cuando se refa Carolita, la redacción toda cesaba en su labor, para contaminarse de aquella inflexión suave, dulcísima y grata de su voz.

—¡Carolita: póngame usted eso a máquina!

—¡Carola: sáqueme usted una copia de esto!

—¡Preciosa: tiene usted que escribir una carta...!

Y Carola, siempre decía que sí, dócil, atrayente, cordial y dispuesta como una hermana, de cuyos servicios todos creíamos necesitar. Era la alegría y el optimismo de aquel corro de hombres cargados de prejuicios, de afanes silenciosos, de esperanzas ya algo marchitas. Es la juventud, que siempre tiene rostro de mujer, la que se nos ha ido, dejándonos envejecer, día a día, sobre la blancura aun virgen de las cuartillas. Nadie, desde que ella se marchó, ha pronunciado su nombre. Todos parecemos haberla olvidado. Nadie se ha atrevido a levantar la

funda de su máquina. El director prometió complacernos a nuestra petición de no traer nueva mecanógrafa. Nosotros nos lo haríamos todo.

¡Adiós Carolita! ¡Sé feliz, y aunque nadie te nombre, no creas que tu recuerdo huyó de entre nosotros! Confidencialmente, te contaré una cosa.

La otra mañana, creyendo que nadie advertía mi maniobra, me acerqué al redactor-jefe, para hacerle una súplica.

—Quiero — le dije — que usted me designe para hacer la boda de Carola. Le haré un suelto cariñoso en "Sociedad".

Levantó los ojos malhumorado el redactor-jefe, y me respondió:

—Pónganse ustedes de acuerdo; porque eso que me pide usted, ya me lo han pedido antes nueve.

Ya ves, Carolita, ya ves.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **POLVOS DENTIFRICOS** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Exposición de flores en el Pabellón de las Rosas



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, su señora esposa, los ministros de Agricultura y Relaciones Exteriores, ingeniero Mihura y doctor Gallardo, respectivamente, y varias damas y caballeros, durante el acto inaugural de la exposición de flores, instalada en el Pabellón de las Rosas.



Viajeros llegados en el vapor "Giulio Cesare"



El nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi, acompañado de un grupo de personas que fueron a saludarle a bordo, entre las que se encuentra el nuevo arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro.



El juez de lo civil, doctor Mariano de Vedia y Mitre, que fuera a Roma como delegado del Congreso Americanista.



El doctor Antonio R. Zambrini (x), jefe de clínica de nariz, oído y garganta del hospital Ramos Mejía, que regresa de una gira de estudio por París, Berlín y Viena.



Don José Schaffner, de la firma Curt Berger y Cía., acompañado de su familia.

Bibliografía



Señor José Hernán Figueroa, autor del libro "El escuadrón de los escopeteros", obra recientemente publicada, que ha merecido elogios de la crítica.



Colaboradores de FRAY MOCHO



Señor Arturo Alezzandrini.



El dibujante señor Salvador Brito.

En el Hospital Ramos Mejía



El director de la clínica de obstetricia y ginecología de la Facultad de Ciencias Médicas, profesor Enrique Zárate, acompañado del personal técnico compuesto por los profesores N. Palacios Costa, Faustino Trongé, Daniel Rojas, Widakowich, doctores Luis Gismondi, Domingo E. Esquivel, Humberto Papperini, Alfredo Bello y otros, después de la conferencia final del curso de 1926, pronunciada ante los alumnos de sexto año, en el hospital Ramos Mejía.



Reunión de bodegueros



Por iniciativa del presidente del Centro Vinícola Nacional, don Luis Tirasso (hijo), efectuóse en dicha asociación una asamblea de bodegueros para considerar la situación creada por la pérdida de la cosecha de uvas.—Vista parcial de la mesa directiva.

Demostración



Un grupo de amigos del señor Evaristo Barrios, cantor de la Radio-Cultura, le ofreció un banquete en el hotel Galileo, con motivo de ausentarse en gira artística. —Una parte de los comensales que asistieron al acto.

Implantación de la "botellita de leche" en la escuela Patricias Argentinas



Por iniciativa de la Asociación Cooperadora "Mens sana in corpore sano", cuya comisión directiva la componen los señores Federico Vignolo, presidente; Juan Ferrazuolo, vice primero; Gerardo H. Mass, vice segundo; Angel Bracco, tesorero; Adelaida E. Merlo, secretaria; Dominga Fernández, prosecretaria; José Gasol, Vicente Tortorella, Héctor F. Honcich, Elías De Biasse, Federico Antonelli, Antonio Guerra, Francisco Núñez, José Onofrio, H. de Linay y H. Pichetto, como vocales, quedó implantada la "botellita de leche" en la escuela Patricias Argentinas. — La comisión directiva y los alumnos del establecimiento.



SOCIALES



La señorita Elena Demarco y el doctor Angel Lagomarsino, después de su enlace.



Señorita Dora Inés Gaddi, cuyo matrimonio con el señor Juan Pedro Irigoin, se realizó últimamente.



Enlace de la señorita Rosalía J. Hernández con el doctor Alejandro Pérez.



La señorita Elena A. Galli y el señor Raúl Domingo, recientemente desposados.



Los contrayentes, señorita Lola Both y señor Antonio Vázquez, después de la bendición nupcial.



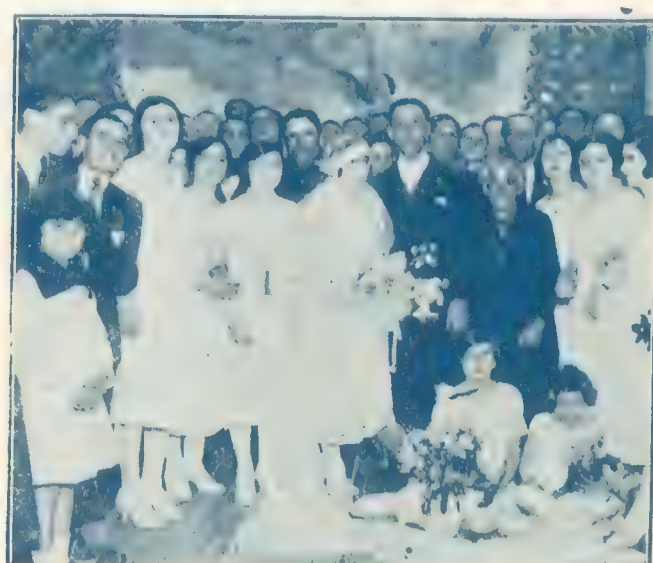
ROSARIO.—Enlaces: Señorita Angélica Funes Freyre con el señor Carlos Alberto Montyn.



Señorita Delia R. Bessone con el señor Alfredo Tuddei.



Señorita María E. Gaggero con el señor José Olguin.



Señorita Albina Papparini con el señor Marcelo Marchetti.

LA MUJER EN EL DEPORTE



Una brava pareja de tennis, capaz de devolverle la pelota a cualquiera.



—¡Por fin llegó la hora de levantar el vuelo!



Arrojando la jabalina, se mofa de las flechas de Cupido.



Con un timonel de esta clase, siempre se llega a buen puerto.



—A Palermo, en tercera velocidad... y que Dios me perdone por anticipado!



¿No les parece a ustedes que con este elemento, no hay hoyo que no esté en peligro?



—¡Primera, yo!



—¿Qué bagual no se vuelve cordero?



Dos floretes, cuyas puntas van rectas al corazón.



Dos remadas, y el triunfo está asegurado.



He aquí una "discóbola", capaz de alcanzar un record.
(Fots. José León).



—¡Lo que es éste no se me escapa!



Hay que reírse no sólo de los peces de colores, sino hasta de los delfines.



La temporada en Cacheuta



Señora de Lizarralde.



Señoras Angela de Lizarralde, María Z. de Raggio y Rosa A. de Ardonio



Señorita Pierina de Alessi.



Un grupo de familias que se anticipan al verano.



Estudiantes de ingeniería que, en jira de estudio, han visitado las obras del balneario.



Campeona de sapo.



(Fots. Bejarano).



Actualidades cinematográficas



Ellen Moore en una escena de "Un muchacho que promete", film que interpreta con Sam de Grasse, John Bowers, Gladys Brockwell, Jord Sterling, Ben Lyon y Wallace Beerg, que Glücksmann distribuye desde anteayer.



Simone D'Audry, en una escena de "Don Juan de París", cinedrama, en serie, que interpreta con Aimé Simon-Girard y que la New York Film estrenará en breve.



Juliete Compton, protagonista de "Tentación", cinedrama que la New York Film exhibe desde el domingo último.



Escena de "El prisionero de la Isla", que interpretan Pauline Frederick, Marion Nixon, Richard Tucker, George Lewis, John Miljan, Harry Northup y Leo White, que la Corporación exhibe desde el domingo.



Williams Fairbanks, en una escena de "Lucha por el campeonato", donde es secundado por Jimmy Aubrey, Shirley Palmer y Melbourne Mac Dowell, que la Corporación estrenará hoy.



Juliete Compton y Warwick Ward, intérpretes de "Tentación", film tomado de la novela "The Woman Tempted", de la condesa Vera Cathcart, dama que tanto ruido hizo últimamente al prohibírsele entrar a Estados Unidos.



Madge Bellamy, en "Bautismo de fuego", cinedrama que interpreta con Hobarth Bosworth, Kennett Haslan y Anna Pennington, que la Fox estrenará el jueves próximo.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El ministro de Hacienda, doctor Molina, durante su visita a la nueva aduana cuya inauguración se realizará en breve.



El doctor Molina, acompañado del subprefecto, señor Julio Benavides, saliendo de la prefectura marítima.



Vista parcial del banquete ofrecido al señor Isidro García, con motivo de su próximo enlace.



Durante la fiesta cívica con que se conmemoró el séptimo aniversario de la batalla de Vittorio Veneto, en la escuela Dante Alighieri.



Equipo de la Liga Rosarina, que venció al seleccionado de la Liga de Colón (Entre Ríos), por 7 a 3 goals.



Cuadro de la Liga de Colón (Entre Ríos), derrotado en su encuentro con los representantes de la Liga Rosarina.



Concurrencia que asistió al sepelio de los restos del señor Francisco Guerra, en la necrópolis del Salvador. (Fots. Flores Toledo).



Derrumbe e incendio del establecimiento de las calles Catamarca y Dorrego, en cuyo accidente pereció la señorita Ernestina Bonatti.

¡Cuánto tiempo llevábamos a caballo! Al principio éramos un ejército, ahora sumábamos unos cuantos: quiénes habían muerto en los combates, otros quedaron prisioneros o dispersos los más, en seguida de los descalabros, desertaron al abrigo de la noche, abandonando equipo, armas, uniforme, para confundirse en los pacíficos.

Bajábamos la sierra; en la mañana clara, el temblor del ambiente suscitaba deseos de cantar. El camino prolongábase por un estrecho cañón a la mitad del alto muro formado por las montañas. Del fondo subía el rumor del agua haciendo espuma contra las piedras del lecho y por el costado de los montes subían los follajes, anegándonos de frescura, embriagándonos con el aroma intenso de las retamas. La vereda sube y baja y las bestias avanzan resoplando; de repente llegamos a lo alto: el camino se ensancha y se aparta de la quebrada, el cielo se abre todo luminoso; y a poco andar nos internamos en un bosque. Cuesta trabajo avanzar porque las ramas se entrecruzan; pero en los claros, ¡qué hermosa es la luz, qué grata la frondosidad de los árboles y el olor de las resinas!

Súbitamente resuena un grito humano, casi simultánea una descarga de fusilería los caballos se encabitan, en un instante se propaga la confusión, no podemos ver a distancia; pero escuchamos tiros y voces extrañas; alguien exige imperioso la rendición, oímos súplicas patéticas: "No tire", "no me mate"; queremos avanzar y nos cierra el paso un grupo enemigo. Recuerdo las bocas oscuras de las pistolas apuntadas a quemarropa. Nos rendimos, se nos desarma y después de breve deliberación, se reanuda la marcha... los vencidos por delante. Vamos atontados, incapaces todavía de la reflexión; sólo recuerdo que yo repetía mentalmente: "emboscada, emboscada", palabra que viene de bosque; así es una "emboscada".

Al principio no queríamos resignarnos: secretamente nos aferrábamos a la ilusión de que sobrevendría algo inesperado, o de que, haciendo un esfuerzo, toda la horrible y sencilla ocasión se desvanecería como un mal sueño; pero un dolor físico, clavado fuertemente en el corazón, nos obligaba a confesar nuestra desgracia; de adentro de nuestras conciencias salía una nube gris que empañaba la luz del sol y la hermosura del campo. De sobra conocíamos la práctica brutal de ejecutar a los prisioneros; la reserva de nuestros capturadores era suficiente aviso. Mientras duraba la marcha, mi imaginación estuvo trabajando con rapidez y profundidad que no había conocido antes. Ibamos a ser víctimas de una repugnante injusticia y, sin embargo, no me preocupaba el momento próximo, sino la totalidad de mi vida anterior. Los hombres me parecían irresponsables, y todos los sucesos un tejido absurdo y cruel donde lo único natural e inevitable es morir. Largo sería enumerar lo que pensé. Al caer la tarde, las sombras de aquel último crepúsculo se me metían en el pecho; sentí frío y desaliento. De no haberme contenido la voluntad, me pongo a llorar y suplicar por mi vida, como cierta vez lo vi hacer a algunos prisioneros nuestros, que creyeron que nosotros también éramos desalmados. No me resignaba a morir, pensaba en el desamparo de los

EL FUSILADO

Por José Vasconcelos

míos y en tantas cosas que tenía proyectadas. El botín que me arrebatában, aquella hermosa, mi compañera, de los días felices, ¡qué importaba!; ya la sentía yo, un poco atrás de mí, llena de aplomo, conversando con el capitán enemigo;

me lloraría, y los pequeños huérfanos... huérfanos, horrible palabra y peor aún el gesto de piedad que la acompañaba. Y me sacudió esta idea: "si yo mostraba abatimiento, esa dejaría una huella de debilidad en el alma de mis hijos; en cambio,

Pidan

"QUILMES
CRISTAL"

La mejor cerveza

pronto se las arreglaría la perra para salvarse; volvería al fausto de las ciudades, a despertar la codicia en todos los ojos. De todas maneras, tarde o temprano, así había de ser; el valiente las toma y las deja sin reproche. Pero la otra, la que

si me mantenía firme, si los entregaba confiado a Dios, único repartidor de fortunas y penas, entonces ellos adquirirían un temple altivo. La muerte de su padre no sería una escena lacrímica... iba yo a legarles un molde altanero donde

podían ensayar sus almas". Y me erguí en los estribos. Frecuentemente me había ocurrido salir de las situaciones difíciles imaginando una actitud de audacia — como cuando sufrimos un gran bochorno, anhelamos correr, arrogantemente, a galope de caballo,— así las penas y las situaciones dolorosas se alivian al instante, si nos las representamos en cuadro, si mentalmente las incorporamos a la estatuaría. Inmediatamente me entristeció pensar en lo bueno que hubiera sido dejar escrita aquella teoría; pero, reflexionando, me dije que tal aflicción mía no era sino un pretexto para rehusar la muerte, pues ni esa teoría, ni la más original de las teorías, se pierde porque un hombre muera; otros la pensarán, tarde o temprano, y todas ellas existen, independientemente del accidente de que alguien las descubra o se dedique a escribirlas... otra bella teoría perdida, pero perdida para mi gloria personal, no para la riqueza del mundo. Elucubrando así me puse risueño, pero sin ironía; siempre desdeñé a los ironistas, mi raza no es aficionada a los payasos, el "humor" es cosa inglesa.

Una gran luna amarillenta se había levantado por el cielo crepuscular y ahora iluminaba el campo; a distancia comenzó a divisarse un caserío. El jefe mandó hacer alto, cruzó algunas palabras con sus inferiores y en seguida nos dividieron en dos grupos; seis más y yo, que era el jefe vencido, recibimos orden de permanecer allí; todos comprendimos; se sintió pasar un escalofrío general, que a nosotros se nos disolvió en el cuerpo y nos entumeció los miembros. Los demás comenzaron a desfilar; yo me mostraba indiferente, a fin de dar consuelo a los compañeros que se despedían cabizbajos. Sin embargo, no me atreví a buscar la mirada de mi amiga; con esa rápida penetración que se posee en los últimos instantes, me la representé ganándose el amor de un amigo mío, afirmando que a mí no me había seguido porque me amara, sino por su deseo humanitario de curar a los heridos. Se fué con su mirada dura de los últimos días, la que le observé desde que se inició el fracaso; pero no tuvo la satisfacción cruel de compadecerme. Recuerdo su silueta voluptuosa bañada de luna. Largo rato la miré, y al recordar a la esclava de sólo unas semanas antes, me llené de rabia y la injurié bellacamente; mas como ya iba a distancia en que no podía escucharme, y nadie la quería en la tropa, todos soltaron la risa y yo, contagiado, me reí también y recobré la calma.

No me quedaba odio en el corazón; nadie lo tiene cuando va a morir; todo lo contrario: la conciencia rebosa energía. Ciertamente los miembros flaquean, por miedo del dolor físico; pero el ánimo se pone alerta. La vida entera, rápidamente recordada, parece un incidente de un camino muy largo. Comienza a borrarse la noción del tiempo, a un grado que lo más reciente se confunde con los sucesos más remotos, y viceversa. Más bien dicho, todo aparece renovado y luminoso; la misma idea de la muerte nos presenta caracteres pladosos de redención. Y parece que todo nuestro ser implora: "Señor, recíbenos en tu seno, perdónanos el haber vivido, y conduécenos, libranos pronto de todo esto".

ANÉCDOTA

Napoleón III no entendía gran cosa de música, a juzgar por una anécdota característica que refiere en sus "Memorias" la princesa Paulina de Metternich.

Como oyera hablar con gran elogio de las veladas que daba Listz en la embajada de Austria, lo invitó a ir a las Tullerías. Allí, el famoso artista interpretó la plegaria de "Moisés" de Rossini, y al terminar, con unos trémolos poderosos, Napoleón III le dijo:

—¡Qué bien imita usted el trueno!

En un momento quedamos alienados; nadie hablaba, pero sentíamos con precisión rara todos los movimientos de nuestros ejecutores. El sonido metálico y unísono de la preparación de los rigles, nos causó un fuerte estremecimiento; pero no intentamos huir; todo sucedía muy de prisa; como en un delirio vimos que nos apuntaron los rifles; salió el fogonazo, y un violento golpe en el pecho nos derribó en tierra... Desde entonces ya no supe lo que fué de mis compañeros; recuerdo haber visto mi cuerpo destrozado y contrahecho por las contorsiones de los últimos instantes; pero me aparté de él sin amargura, contemplándolo casi con disgusto, igual, ni más ni menos, que cuando se desecha un traje usado. Entré en seguida en un período de somnolencia, durante el cual me daba cuenta perfecta de que subsistía, aunque de una manera extraña, sin apoyo en ningún elemento. Poco tiempo después, recuerdo haber pasado, a la hora del crepúsculo, por una calle de la ciudad donde fui relativamente famoso, y esto lo digo sin vanidad, tan sólo para explicar la conversación que escuché: "Pobre Fulano—aquí mi nombre,—lo mataron; después de todo, no era malo, sino excesivamente discolito. Por ahí viven sus hijos". Ni siquiera me ocupé de ver quién era el que hablaba ni qué más decía: desde acá se ve tan efímera la vida del mundo que nada de ella me interesa! La mención de mis hijos me puso a pensar y advertí que no experimentaba aquella honda y casi dolorosa ternura que sólo los padres conocen; en seguida me lo expliqué: yo no tenía ya corazón y el dolor dependía de que aquél está mal hecho y se tuerce con la pena; en cambio, el espíritu puro, tan sólo conoce la alegría. Mas, en aquellos instantes, ya no estaba para problemas; me dedicaba por entero a adaptarme a mi nuevo estado; sin exageración, puedo calificarlo de delicioso; mis poderes materiales, o más bien dicho, locomotores, se habían centuplicado; en mí ya no regía la ley newtoniana de la pesantez; podía ir y venir a mi antojo, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo; vagaba por los aires y los campos, no me interesaba el bullicio pequeño de las ciudades; me sentía hecho como de luz de halo; rozaba ligeramente con el aire al avanzar, y esto me producía un goce delicadísimo, semejante a la impresión de ver correr el agua, o a la que produce la flecha que señala la trayectoria de una fuerza en los diseños de los libros de mecánica; así entraba y penetraba en el mundo, sin perder mi unidad. Desde el principio sentí ganas de presentarme en la tierra para informar a los hombres de la beatitud que aquí alcanzan los blandos de corazón; porque pueden penetrar el universo, en tanto que las almas duras se desmoronan como lodo seco y podrido, se confunden con el humus terrestre y necesitan pasar a la fragua de los volcanes, a la prueba del fuego, para tornar a convertirse, primero en gas y después en aliento de vida. De aquí, justamente, procede el mito de los infiernos. En realidad, sucede que la conciencia perversa tarda millares de años para volver al estado humano, donde podrá intentar una vez más su liberación. En cambio, los buenos, como ya lo he dicho, se ligan con las fuerzas superiores e intervienen

en la obra del universo. Pero mis revelaciones serán inútiles; la ley es que cada quien sea el autor de su propia salvación.

Sin ejercitar los sentidos corpóreos, puesto que ya no tenía yo cuerpo, todo lo percibía y entendía directamente con la inteligencia; sin embargo, me quedaba un extraordinario desarrollo del tacto, ese tacto nervioso que quizá es la base de todos los sentidos corpóreos, algo como la sensibilidad que imaginamos en la corriente eléctrica. Me daban tentaciones de usar este poder, a fin de comunicarme con los hombres; pero, aparte de las dificultades de procedimiento, ¡es tan difícil hacer comprender ciertas cosas a los que todavía es-

del genio y en los secretos de los sueños. Desde que estaba en el mundo, yo había concebido escribir un libro titulado "Las hipótesis del sueño", y aquí he venido a comprobar plenamente mis atisbos: el misterio se ilumina en los sueños.

Ahora me encuentro atareadísimo en la más interesante de las ocupaciones. ¿Cómo lo diré? Parece que rozo con la eternidad; el pasado se me va apareciendo tal como fué, vivo y hermoso, en seguida me prolongo en otro sentido y veo el porvenir, igual, ni más ni menos que cuando ejercitamos la memoria para recordar, sólo que aquí, los hechos recordados se nos presentan intangibles, pero realísimos, mucho más reales que en la evanescente

UN BUEN CONSEJO



—¡Pero, amigo; déjelo pasar. Si se empeña en correr delante de él, concluirá por ser alcanzado!

tán metidos en cuerpos! Vela, por ejemplo, las mesas de los espiritistas, tartamudeantes, obtusas, ridículas; no es posible rebajarse a usarlas; pasaba en seguida a ejercer contactos sobre la membrana cerebral de los médiums en las sesiones medianímicas; mas apenas se ponían a hablar, lanzaban tal cúmulo de incoherencias y disparates, que me alejaba, disgustado, de la máquina humana como medio de expresión. En fin, para todos los que se preocupan de estos asuntos, tengo un consejo: no busquen la verdad ni en las mesas espiritistas, ni en el balbuceo de los médiums, ni con ningún procedimiento anormal; búsqüenla en la inspiración

realidad terrestre; como lo mejor de todas nuestras emociones, extendido a lo largo de una vía luminosa e infinita. ¡Allí se encuentra lo sublime de todos los tiempos! Me diréis que también está allí lo monstruoso, puesto que toda acción queda fotografiada para siempre en el panorama infinito; sí; pero nadie lo mira; como no hay quien lo ame, nadie lo evoca y jamás resucita, se confunde con la nada. En cambio, todo lo hermoso y todo lo noble reviven sin cesar. Y aquel mi apasionamiento excesivo que en el mundo me causaba martirios, y la censura de las gentes, aquí, transformado en afán inmenso, me sirve para abarcar más eternidad.

A Juana de Ibarbourou

Señora enamorada del agua y de las viñas:
yo presiento que un día por mis alegres prados
os hallaré, saltando entre un corro de niñas,
al viento los cabellos finos y ensortijados.

Será glorioso el día. La fulgurante llama
del sol, pondrá en las flores su beso de oro fino;
y con vuestra presencia cobrará el panorama
un miraje encantado. Yo seré el Aladino,

que frotando la hermosa lámpara de la idea
pida por vos, laureles a Palas Athenea.
Laureles para haceros, con el brillante auxilio

de Polimnia, la noble corona majestuosa,
que merecéis por esa virtud maravillosa
de soñar ser Erato para amar a Virgilio.

RICARDO M. LLANES.

Dentaduras Postizas

Se componen en el día
por \$ 5.--

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

Al ir descubriendo estos prodigios, comprendía que no andaba muy descaminado en el mundo, cuando sostenía conmigo mismo la tesis de la conducta como parte de la estatuaría, es decir, fuerte, resuelta, grande, de manera que pueda representarse en bronce; acción que merezca la eternidad. Porque lo ruin y lo mediocre no subsisten; el asco o la indiferencia los matan.

Antes de ir más lejos, he querido dejar consignados estos avisos. Ya que en vida no pude escribir tantas teorías como se me confundían en la mente, me complazco en reparar la pérdida de unas cuantas vanidades con el hampo de verdad que dejo apuntado. Los eternos incrédulos alzarán los hombros diciendo: "¡Bah, otra fantasía!"; pero pronto, demasiado pronto, verán que tengo razón; descubrirán, como he descubierto yo, que aquí no rigen las leyes corrientes, sino la ley estática, la ley de la más elevada fantasía.

El precio de la belleza

¿Cuánto cuesta la belleza, la belleza física, personal?

Porque hoy día se compra la belleza. Cuesta caro, pero se puede comprar. Lo que constituye una gran ventaja. Es sabido que ahora, gracias a los progresos de la química y de la cirugía, y de otras ciencias y artes aplicadas a ese fin, cualquier mujer puede llegar a ser bella, corrigiendo sus facciones y sus formas, enmendándolas, estilizándolas, armonizándolas. Pero cuesta un poco caro.

En el congreso mundial de peluqueros, que se ha celebrado al principio de esta primavera en Nueva York, se han presentado estadísticas verdaderamente impresionantes.

Entre varios millones de mujeres y niños, pues los niños entran también en el gran cuadro estadístico han gastado, en 1925, trescientos millones de dólares en los institutos de belleza de los Estados Unidos.

Además de esos institutos, cada uno de los cuales viene a ser algo así como una Universidad de Belleza, se cuenta en Norte América con una vastísima organización didáctica con el mismo objeto.

Existen, según refiere "Bulgarie", ciento treinta y cinco escuelas destinadas a formar los "creadores de la belleza femenil".

De cada una de esas escuelas salen anualmente, por término medio, dos mil bachilleres, con sus diplomas correspondientes.

¡Trescientos millones de dólares gastados, en un solo año, en hermosearse!

Mucho es. Pero, en fin, más vale gastarlo en eso, que en otra cosa.

Al extremo de la amplia galería, Cecilia Lafane se encontró con Juanita Voulter, en casa de cuyos padres se celebraba un animado baile.

—¡Buenas noches, querida!— exclamó Juanita. —¿Cómo has tardado tanto?

—¡Oh! Hace mucho tiempo que he llegado. Me han entretenido unas señoras... ¡Qué fiesta tan hermosa! Por supuesto, como todas las que dais en tu casa. Pero dime: acabo de cruzarme en el otro salón con el pobre Pedro Avelino...

—¿Qué te ha dicho?

—Absolutamente nada. Creo que ni siquiera me ha visto... No veía a nadie. Tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué le ha sucedido?... Juraría que has vuelto a desilusionarlo...

Juanita se encogió de hombros.

—¡Estoy harta!... No puedes imaginarte lo pesado que es con sus declaraciones, sus suspiros, sus actitudes de enamorado doliente... Me persigue por todas partes con sus asiduidades; mejor dicho: se contenta con dirigirme apasionadas y suplicantes miradas, y cuando estamos juntos me dice que me ama y que su único sueño es casarse conmigo. Ya le he rechazado cien veces; pero no se cansa, y en la primera ocasión vuelve a empezar. Esta noche lo he mandado a paseo por centésima vez; pero verás como vuelve.

—¡Pero te quiere sinceramente!

—Me aburre. Es un sauce llorón. No le amo. Es un buen muchacho, no lo niego; pero me aburre sobranamente. Tú que lo conoces desde hace tiempo, querida Cecilia, ¿por qué no le dices que me deje tranquila, que renuncie de una vez para siempre a mi cariño? ¡Mira, por allí viene! ¡Huyo!

Y Juanita se alejó rápidamente, mientras se acercaba un joven moreno, de rostro regular y pálido.

—Buenas noches, Pedro. ¡Qué cara trae usted! No se divierte mucho en los bailes.

—No se burle de mí, Cecilia, mi buena amiga. ¡Soy tan desgraciado! Juana me hace sufrir. Yo la quiero con toda mi alma y ella se muestra tan altanera. ¿Qué le ha dicho a usted de mí?

—Me ha dicho — declaró francamente Cecilia — que interceda para que la deje usted tranquila. Y usted debería hacerlo. ¡No, no me mire usted así! Si quiere que Juana le preste atención no se ocupe de ella o, por lo menos, afecte no ocuparse. Disimule su amor... Hasta conviene que flirte con otra.

—¿Con otra? No podría, Cecilia; se lo juro. La amo demasiado.

—Le aseguro que si cesa de perseguirla con sus declaraciones, ella se asombrará y se interesará por usted... Tenga un poco de voluntad. Me da usted pena y quiero ayudarle. En lugar de pasarse el tiempo asediándola con sus súplicas y sus atenciones, converse conmigo... Y, si eso puede aliviarle, hablaremos todo el tiempo de ella... Usted me elogiara sus méritos, me hablará de su amor por ella...

—¿Qué buena es usted Cecilia!... ¿Y cree que verdaderamente...?

—Eso tendrá buen resultado para usted. Estoy segura... Comencemos desde ahora. Vamos, baile conmigo...

Durante casi toda la velada no se separó de ella. Y la joven debió poner en juego toda su energía para impedirle que fuera a recibir algún desquite acercándose a Juanita.

—No vaya — repetía Cecilia.

—Pero es que se ofenderá si no

LÓGICA FEMENIL

Por Federico Boutet

voy a hablarle — gemía Pedro, desconcertado.

—Generalmente, usted se presentaba delante de ella como un perro atemorizado. El resultado no ha sido brillante, ¿verdad? Pues ensaye otra cosa...

El obedeció, y a medida que las horas pasaban obedecía con mayor facilidad, si bien dirigiendo de vez en cuando dolorosas miradas hacia Juanita, que parecía ignorar su existencia.

Y lo mismo fué durante los días que siguieron. En el curso de los frecuentes encuentros que tenía con Juana, Pedro se contentaba con saludarla respetuoso, correcto, estre-meciéndose, presa de una emoción que disimulaba lo mejor que podía,

Luego hablaba de su amor y de las perfecciones de Juana. Cecilia escuchaba, aprobaba..., rectificaba a veces un poco algún juicio demasiado entusiasta, sugería, sin insistir, pequeñas críticas llenas de sensatez...

Algunas veces — muy raras al principio, pero luego más frecuentes — hablaban de otras cosas. Cecilia evocaba recuerdos del pasado, interrogaba a Pedro sobre sus trabajos, sus ambiciones, sus proyectos. Demostraba el más solícito interés. El se sorprendía... ¡Qué contraste con los humillantes desprecios de Juanita!...

Y ocurrió que cada vez hablaba menos de ella, y que Pedro no tardó en descubrir en Cecilia una mu-

naria alegría supo que Cecilia lo amaba.

—¡Es gracioso! — exclamó en la franqueza de su alegría. — ¡Cuando pienso que era para aproximarme a Juanita por lo que usted ha querido hablar tan a menudo conmigo!...

Ella sonrió, y dijo:

—¿No le parece que tenemos una obligación que cumplir?...

—Usted dirá...

—Es necesario prevenir a Juanita.

—Si usted quiere..., me parece lo mejor... Sin embargo, creo que poco le ha de interesar nuestra decisión—dijo él con rencor.

—¡Quién sabe!—replicó Cecilia maliciosamente.

—¡Oh! Usted ya lo ha visto bien —agregó Pedro con más despecho que amargura.

—Ahí viene... Voy a hablarla ahora mismo.

—Como usted quiera.

Separándose de Pedro, Cecilia fué rápidamente al encuentro de Juana y se la llevó aparte, a un rincón.

—¿Qué estás diciendo? — preguntó violentamente Juana, cuando su amiga le hubo dado la noticia. —¿Qué historias me cuentas?

—La pura verdad...

—Te digo que son historias...

—No son historias. Digo — repitió Cecilia — que muy pronto voy a casarme con Pedro Avelino...

—¡No! ¡No puede ser!... — interrumpió Juana colérica. — ¡Es una falsedad! ¡Te estás burlando de mí!

—Te hablo en serio...

—Y yo también te digo que no puede ser — replicó más airada.

—Pero, — contestó Cecilia asombrada, — ¿qué te sucede Juanita? ¿Por qué te enojas así?...

—¡Es demasiado!—exclamó Juanita ofendida, desconcertada, a punto de llorar con toda la cólera sincera e ingenua de una niña mimada a quien de pronto se le ha quitado un juguete que ya no quería. —¡Es demasiado!... ¡No puede ser!... Es verdad que yo no lo amaba, es verdad que yo no me hubiera casado con él por nada del mundo! ¡Pero eso no es una razón para que se case contigo, después de haberme pretendido a mí tanto tiempo!... ¡No puedo aceptar eso!



pero que iba dominando cada vez con mayor facilidad. En seguida iba a reunirse con Cecilia; ella le felicitaba por su valor, y él sentíase orgulloso de aquella aprobación.

jer encantadora, bondadosa, llena de excelentes cualidades, y que una tarde descubrió que a quien verdaderamente amaba era a Cecilia, y así se lo confesó. Y con extraordi-

La canción de la luna

Luna, luna clara de la Primavera,

Sobre el terciopelo

Profundo del cielo,

¡Cuánto, cuánto, velo

Suspendes, Platera!

Cuando lluevas plata, sobre algún ciruelo

—Vestido de claro como mi desvelo.—

Por el campo vasto

—Mientras nos inciensan la Noche y el pasto,

Tejeremos ronda

Cantaremos coro:

Luna, luna de oro,

Lámpara redonda!

Vigía del cielo, puerto milenario.

Cuenta de los mundos,—inmenso Rosario

De Constelaciones donde el Tiempo reza!

Luna de oro y plata, dulce es la tibieza

De tu luz prestada, símbolo perene

Del alma que alumbra con luz que no tiene!

Con luz de un Sol fuerte,

Al que irá a integrarse después de esta Muerte!

MARIA ALICIA DOMINGUEZ.

Por un guante se descubre un robo

Hace poco entraron tres hombres en el Museo de Arte de Detroit y se apoderaron del objeto más valioso que allí se guardaba.

Era éste un magnífico tapiz persa, tasado en 75.000 dólares, compañero del que se encuentra en la colección Altman, de Nueva York.

En la sala donde se hallaba colgado el tapiz recogió la Policía un guante de cabritilla que llevaba uno de los autores de la sustracción.

La pérdida del guante vino a sustituir a la huella digital, pues por él la policía, al cabo de algunas pesquisas, dió con la persona que había adquirido el guante.

El detenido es un comerciante en objetos de arte, llamado Paxon Howard. El tapiz apareció en los almacenes de la estación central del ferrocarril de Michigan, donde había sido facturado.

Una nueva poetisa

Srta. Helena Saavedra Basavilbaso

Creen los pesimistas que las nuevas generaciones no han de rendir al arte, tributo que lo enriquezca: júzgase así seguramente por la tendencia sensualista de ciertas manifestaciones de la evolución social. La ola de alegre frivolidad que está recorriendo el

mundo desde que cesó el espanto de la guerra, no se ha tomado por los pesimistas en su verdadero sentido de reacción brusca — y por lo tanto violenta — contra una situación de angustiosa expectativa; se ha creído erróneamente que se trata de una orientación definitiva de los

gustos de la humanidad o por lo menos de los países europeos y americanos. Pero hay en todo esto un poco de exageración. No negamos la preponderancia de ciertas manifestaciones alarmantes para los celosos de la cultura, pero hay que creer que no todo es charleston y melenitas.

Hay en todas las sociedades un importante núcleo de jóvenes estudiosos que preparan las nuevas formas del arte, de la industria, de la cultura general. El porvenir está siempre en buenas manos, porque está en las manos de esos jóvenes que son la fronda nueva del bosque antiguo.

Una de las tantas pruebas de

nuestro aserto la encontramos en el hecho de que cada día nacen nuevos poetas. Un porta lira da fe de la existencia de la noble belleza del mundo y, por eso, su aparición es siempre un signo de albricias para el arte.



Helena Saavedra Basavilbaso es, seguramente, la más joven de nuestras poetisas. Aun no ha dado a la publicidad sus composiciones apenas tiene escritas unas cincuenta de ellas, pero ya puede advertirse en sus trabajos la cultura, la sensibilidad poética, el soplo de ideal que encumbra su espíritu ha-

cia las regiones serena. La señorita Saavedra no es un alma atormentada por los snobismos literarios ni por el afán de enrolarse en determinada tendencia o escuela. Tiende sus alas libremente, por el gusto de volar y de sentirse en el aire como suspendida por una hebra de sol. Su estilo, siendo pulcro y atildado, resulta sencillo y lleno de tierna emoción. La señorita Saavedra es una bella promesa que ha de convertirse pronto en una valiosa realidad.

Del libro que tiene en preparación transcribimos dos poesías para regalo de nuestros lectores.

NERON RENE.

A Belisario Roldán

Era un zorzal enfermo de lirismo
Que a fuerza de cantar se consumía
Y más cantaba cuánto más sufría
Y más sufría al escucharse él mismo.

Y erá tanto su azul romanticismo
Que de la muerte enamoróse un día
Y fué cuando su ardiente fantasía
Se congeló en un raro escepticismo.

Y es que una noche hablando a las estrellas
Les confesó su pena y todas ellas
Llamaron al trovero sensitivo,

Y el enfermo zorzal cedió al halago;
Dejó de ser del verso su rey mago
Por ser de las estrellas su cautivo.

Galante

Manojito de consuelo
Desflocado en mariposa,
Palomita primorosa
Con suavidades de cielo.

Ven y vierte sin recelo
La fragancia deliciosa
De tu almita candorosa
En el jardín de mi anhelo.

En tanto tus ojos claros
Como dos luceros raros
Me ofrezcan nuevas visiones...

Y pueda así consagrarte
Reina florida en el arte
De encadenar corazones.

HELENA SAAVEDRA BASAVILBASO.

DE PINTURA

El alma de Sorolla

Sin estridencias, sin el lujo de propaganda y alardes de exhibición a que nos tienen acostumbrados los salones en que se realizan exposiciones de pintura, se han presentado al público rosario unos maravillosos cuadros de un pintor que no conocemos. Digo maravillosos, respondiendo a la impresión que su estudio nos ha producido.

Son siete los óleos; siete marinas asombrosas por su eralismo y belleza. ¿Quién es su autor? Alfredo Gil. Nada habíamos visto de él antes de ahora. Nos atrajeron esas pinturas desde el primer momento. Nos ha cautivado su colorido, el verismo de sus tonos, la composición del asunto, la justeza de las pinceladas, todo un conjunto de arte insuperable que va adquiriendo mayor brillantez conforme resulta más detenido el examen.

El asunto de todas las telas se inspira en escenas de pescadores. Son aquellos mismos temas que tan admirable y sublimemente desarrolló aquel genio mundial llamado Joaquín Sorolla. No cabe duda que Alfredo Gil tiene impregnada su alma del mismo ambiente que subyugó el temperamento de Sorolla.

Esos cuadros que comentamos son del estilo, de la escuela del

gran maestro. Gil debe ser hijo de aquella tierra o enamorado entusiasta del paisaje valenciano. Esas típicas barcas, esas velas latinas, esbeltas, de líneas elegantes, que dominan en sus claros tonos, ya suaves, ya pletóricos de luz vivísima; esos tipos bronceados, tostados por el sol y curtidos por el salitre de las aguas; ese mar de distintas tonalidades, descompuestas por la luz en sorprendente policromía de colores, desde el azul oscuro fuerte hasta un verde apenas definido; ese cielo, ora descolorido por la riqueza del brillo solar, ora azul tenue, límpido, mostrándose a veces entre pedazos de nubes blancas y otras entero, total, en absoluta diafanidad; ese, en suma, conjunto de riqueza natural, de belleza pujante y rebelde, rebelde por su exuberancia pero dentro de una armonía subyugante, nos es conocido por el

mágico pincel de Sorolla.

Otro pintor admirable llevó también al lienzo esos temas difíciles, con un acierto impecable: Mongrell creo que paisano del maestro. Y ahora una sorpresa de satisfacción me producen las obras expuestas por el pintor cuyo trabajo motiva estas líneas, surgido, para nosotros, repentinamente, con el esplendor de sus dotes y cualidades.

La escuela sorollesca me ha subyugado siempre; creo que el cultivarla entraña una lucha tenaz del artista contra Natura. No es el mar un modelo firme, que permanece manteniendo inalterable una pose convenida, ni produce la luz que da sobre las aguas el tono permanente que se obtiene en los recursos del taller. Ese elemento móvil y agitado, sus bruscos cambios de color, tonos que se muestran un instante y que quizás tardan en volverse a

producir, deben exigir un gran esfuerzo artístico para lograr definirlos sobre el lienzo. No los ofrece la Naturaleza con facilidad, ni los prodiga mansamente; pienso que muchas veces una pincelada magistral, un rasgo imprescindible para dar realidad a un efecto, habrá producido en el artista momentos de decepción, de abatimiento, de ese desánimo que en muchas ocasiones hace pensar en el fracaso.

Este criterio me obliga a amar el estilo que constituyen la factura de los cuadros de Gil. Una producción perfecta tiene la virtud de entusiasmar. Y declaro sinceramente que, al descubrir a este admirable cultor de la escuela que tiene el don de enamorarme, renace en mí la esperanza de que surja en él otro maestro como aquel que supo convertir su paleta en la Naturaleza misma.

Y a fe que, juzgando por los cuadros expuestos en Rosario, se ve en Alfredo Gil una firmeza y seguridad tales al llevar esos asuntos al lienzo, que creo no sufrir un desgano al poner en su arte mis máximas esperanzas.

ANIBAL DIAZ.

El primer vómito de sangre le sorprendió en su casa, una madrugada de marzo. Burget acababa de entrar en su habitación después de pasar la noche en el club jugando al *baccarat*. Se quitaba las ropas, cuando sintió náuseas y un dolor agudo en el pecho; en seguida le acometió un hipo angustioso y empezó a echar bocanadas de sangre. Se puso a temblar como un niño espantado, y un escalofrío lo postró en el lecho donde, desde entonces, le ató la fiebre.

Al medio día, el enfermo, extenuado, respiraba fatigosamente; a las seis de la tarde, después de una reacción auspiciosa se produjo el segundo vómito; el doctor Morán se sintió descorazonado, me llamó aparte, y me anunció la tisis galopante. Esa misma noche decidimos el traslado del enfermo a una casa de campo.

Alquilé en un sitio solitario una pequeña casa perdida entre los árboles, y un martes por la tarde, Burget quedó instalado en su nueva habitación, frente a la ventana abierta de par en par. Desde la cama el enfermo veía la campiña. Al principio, el aire libre pareció que le reanimaba; pero la fiebre se mantuvo implacable. Por la noche deliraba, y a la madrugada caía en un sueño agitado interrumpido por los accesos de tos. Tenía caprichos de niño y se encolerizaba si se resistían sus pueriles deseos. Otras veces, después de arrojar sangre, lloraba silenciosamente debajo de las sábanas.

Desde la primera noche velé al enfermo. Me sentaba junto a la cama frente a la ventana abierta; en las primeras horas Burget consentía en conversar o en que le leyese algún libro; luego cerraba los ojos y en la habitación sólo se oía el jadeo de la fatigosa respiración del enfermo, y los ruidos de la noche que entraban por la ventana abierta.

Desde el principio, Burget pretextando la soledad del paraje exigió un arma; fué necesario acceder y colocamos junto a su cama una escopeta cargada. Yo mismo solía tranquilizar mis inquietudes mirando la escopeta. El enorme silencio del campo dormido que yo sentía más allá del hueco de la ventana, me pesaba demasado sobre el alma, cuando el enfermo, en medio del delirio, se dormía articulando palabras extrañas.

Al principio experimentaba un vago malestar, luego me acometía el miedo y permanecía trémulo, espando los menores ruidos que venían del campo, el rostro cadavérico de Burget y el cuadro de sombra de la ventana abierta. Ansiaba entonces con toda el alma la llegada del día y avivaba la llama de la lámpara con la esperanza de que la luz disipase mi espanto.

Pero el horror de las treinta noches que velé a Burget no es comparable con el de la última. Fué aquella una horrible pesadilla, grotesca y trágica a la vez, en la que el espanto y lo pueril me destrozaron el espíritu y me llevaron a un paso de la locura.

El doctor Morán se había retirado esa tarde sin anunciar nada anormal para la noche; el enfermo se extinguía, pero el médico no previó la brusquedad del fin.

A las nueve Burget se adormeció. La noche era oscura y tormentosa; el viento galopaba por la cuchilla y producía ruidos extraños al tocar los objetos; a intervalos se colaba

LA LECHUZA...

Por Raúl Montero Bustamante

en la habitación y soplabla la luz de la lámpara. Por la ventana abierta penetraban los siniestros rumores del campo, rumores misteriosos que vienen de la sombra y cuya causa no se atreve a preguntar el espíritu.

Desde temprano sentía miedo; Burget dormía; la sombra proyectada por la pantalla ahondaba

y Burget abrió los ojos, me miró y dijo:

—Quiero más luz.

Avivé la llama de la lámpara y el enfermo sonrió.

—Soñaba que esta noche me había muerto.

—No diga usted niñerías, Burget, — le dije con voz insegura. En ese instante oí un chirrido que venía

FABRICA DE CHAPAS ESMALTADAS
BARALE
LAVALLE 752
31-RETIRO-3970
FABRICA JOSE M. MORENO 549
U T 877 FLORES

atrozmente sus órbitas; la blancura de los dientes se percibía entre los labios secos y entreabiertos y su nariz afilada parecía la de un cadáver. Los parpadeos de la lámpara daban a aquella figura semise-pulcra no sé qué de fugitivo y trágico.

A las doce la angustia se me hizo intolerable y desee que el enfermo despertara. Moví la botella del agua

de afuera y luego sentí un vuelo torpe y pesado y en seguida una lechuza cegada por la luz de la lámpara se paró en el alféizar de la ventana.

La escena fué rápida como el rayo. Burget se incorporó de un salto y antes de que yo pudiese evitarlo cogió la escopeta, apuntó a la lechuza e hizo fuego. El ave herida lanzó un chirrido, revoloteó por la

habitación, ciega y espantada, y fué a caer sobre la cama del enfermo manchando con su sangre el cobertor.

—Echa a la lechuza, quiero que la echés, — gritó encogiéndose debajo de las sábanas.

Me apoderé del animal que se mantenía quieto, y entonces Burget tuvo un capricho que me espantó por lo pueril y extravagante. Se empeñó en que atara un cordel a la pata de la lechuza y la mantuviese cautiva. Aseguré el extremo del cordel a la mesa; la lechuza dió algunos saltos torpes, chirriando lúgubramente y se quedó inmóvil mirando sin pestañear a Burget.

El enfermo miraba también fijamente a la lechuza; yo creía soñar o asistir a una incomprensible comedia trágica. No sé si lo rudo de la sensación me venció y me adormecí; un ronquido me sobresaltó; me incorporé inquieto y me lancé hacia el lecho. Entonces pasó algo inexplicable y horrible; sentí de nuevo el vuelo torpe y pesado; una ráfaga de viento apagó la lámpara, la lechuza lanzó un chirrido estridente y el ave me azotó el rostro con el ala fría y repugnante al huir por la ventana.

Quedé a oscuras, de pie junto al lecho de Burget; no me atrevía a moverme; el horror me paralizaba; tenía el cabello erguido y sentía frío. No puedo precisar el tiempo que permanecí dominado por el terror. Cuando fuí dueño de mi voluntad, me incliné sobre el lecho y repetí en voz baja hasta por tres veces:

—¡Burget, Burget, Burget!

El enfermo no respondió; busqué su mano sobre el cobertor y estaba helada. Entonces me senté en el borde de la cama y me mantuve quieto hasta que entró la luz del día por la ventana abierta. Burget parecía dormir; un hilo de sangre coagulada colgaba de los labios del muerto.

Desde entonces no he vuelto a velar enfermos.

Contra el insomnio

Una buena cama, suave y mullida; silencio alrededor, sentir un ligero cansancio y bastante sueño. Tumbarse en la cama, a dormir. ¡Qué delicia! En cambio, si con todos esos requisitos, dice el cerebro: "no me da la gana de dormir", el tormento de una noche de insomnio es algo horrible.

Los desgraciados que sufren de tal molestia acuden a varias drogas, que al principio dan resultado; luego va flaqueando el efecto, y terminan por no hacer ninguno.

Hace poco se ensayó en Nueva York un sencillo aparato, un pequeño reflector eléctrico, que envía haces de luz de diferentes colores sobre el que quiere dormir. El paciente, mientras oprime suavemente la bellota de un alambre que va a parar a la lámpara, recibe de ésta, en la cara, ráfagas de brillante luz, que pasa por todos los colores del espectro, lo que hace que en poco tiempo el paciente quede profundamente dormido. Al cesar la presión de la mano, la lámpara se extingue, y la oscuridad envuelve al durmiente.

Palabras del caminante

—Uno de los grandes errores es vivir a la ventura.

—La educación sentimental ha dado y seguirá dando muy buenos frutos, pero es indispensable que no se cunga en el error de dar nada más que vagas disertaciones, que al fin sólo es teoría...

—La inverosimilitud nos embriagará con juicios falsos.

—Debemos cuidarnos de los intrigantes, porque tarde o temprano seremos sus víctimas.

—Aún en las horas de amargura no hay que dejar extinguir las llamas del entusiasmo y de la fe.

—Hay que tratar de no ser esclavos de la imaginación, porque ella nos forja lo ilusorio y es lamentable vivir con burdo encantamiento.

—Es horrorosa la esclavitud de la pereza.

—Todos los días hay que contribuir al tesoro de los buenos sentimientos.

—Los hombres han valido más cuando la injusticia les clavó sus garras y los gacetilleros los coronaron de espigas.

OSCAR ALBERTO IBAR.

¿Tiene la vida humana un valor para el universo?

Por Oreste Ciattino

Las catástrofes que, como las grandes e imprevistas desventuras caídas últimamente sobre Estados Unidos, Paraguay, Méjico, Cuba, Filipinas, etc., de vez en cuando siembran el terror entre los hombres, trayendo la desolación y la sensación de su impotencia absoluta, en cada edad han suscitado miles de sistemas escogitados para los consuelos humanos.

Por un lado, estas enormes hecatombes parecen desmentir cruelmente las creencias históricamente florecidas, y la idea de que a los dolores, a las ansias, a las fatigas humanas se ofrecen como consuelo la esperanza y la fe en el más allá y en el amor de un Dios paternal.

Por otro lado, son precisamente estas catástrofes que ponen en evidencia la limitación de nuestras fuerzas, las que suscitan más fuerte el deseo de que tales esperanzas no sean inútiles. Bajo estas variadas actitudes del espíritu, que un mismo cruel acontecimiento suscita en nuestros corazones, un único problema esencial se oculta: ¿tiene la vida humana un valor para el universo? ¿Son nuestros dolores útiles para alguna cosa? ¿Nosotros valemos más que un reino de industriosas hormigas, que la caída de una pequeña piedra puede aniquilar, ipso facto, o al destino que coge a ésta o esta otra colmena humana sobre la superficie de nuestro planeta, en este o en otro siglo de nuestra breve historia, no es más que el símbolo o la advertencia de lo que tarde o temprano ocurrirá a toda nuestra especie y al moribundo globo que la cruza? Además de la simpatía que saluda a las víctimas con respetuosa reverencia, ¿es posible un consuelo no irrisorio, sino viril, sacado de una objetiva consideración de los hechos, ya sea de la naturaleza como de la historia? He aquí lo que quisiéramos estudiar brevemente en este escrito.

En los tiempos anteriores al Renacimiento, la única respuesta que hallamos es la de los místicos del tipo de Tomás de Kempis; este mundo no es para ellos más que un valle de lágrimas, un estadio y una arena en la que mediante el ejercicio del amor fraternal en la desventura, las energías espirituales se templan para la vida celeste y se educan a la libertad interior, a la soberanía del espíritu sobre la materia. La muerte, tarde o temprano, en el tugurio, en el palacio, o entre las tempestades y los cataclismos, o en el mar o bien en el campo, es para todos en el orden eterno de las cosas, venga aislada o venga con ejércitos de ángeles segadores sobre ciudades o naciones. Preparáos, por tanto, a templar las energías para la vida que no muere.

Desde el Renacimiento, nosotros tenemos el maravilloso desarrollo de las ciencias físicas, las explicaciones del génesis y de la disolución de los sistemas cósmicos, de las épocas geológicas, de las especies vegetales y animales, de las civilizaciones y de las naciones de

las formas de artes y de las mitologías religiosas. En cierto sentido, toda la transformación que nuestra vida práctica y la superficie misma de nuestro planeta sufren por obra de la aplicación de los conocimientos científicos a la solución de problemas prácticos, parece autorizar una respuesta distinta de la que dió el místico: nosotros vamos adquiriendo una creciente dominación de la naturaleza; nosotros vamos construyendo sobre la tierra, por obra nuestra, una providencia, y una providencia siempre más amplia y profunda, y más sensiblemente reales que la divina. Es esta la respuesta de Augusto Comte, de Ernán, Berthelot y muchos otros.

Es, siguiendo las consecuencias de la propia ignorancia, del propio

solar, es exactamente la misma y la tierra gira alrededor del sol con la misma inmutable velocidad.

Huxley, en su libro sobre la evolución y la moral, ha puesto para siempre en inmortal evidencia que, como constatación científica de hechos, los métodos de procedimiento de la naturaleza son la violación más cruel de nuestras idealidades morales. Si la naturaleza es soberana; el pesimismo tiene razón y los actos heroicos en que, justamente nosotros avivamos la manifestación más alta, más digna del hombre, no son más que acciones reflejas del sistema nervioso, vueltas congénitas en el curso de la historia: son locuras útiles a la especie, pero absurdas e inútiles, a quien, por ejemplo, contemplase desde Neptuno la historia humana como un fragmento de la de nuestro globo. Este, contemplando en pocos segundos la sucesión de acontecimientos que nosotros calculamos en millones de siglos, hallaría que la admirable fusión de todas las regiones americanas en un solo corazón y una sola palpitación, y la admirable transformación de todos los ejércitos y de todas las flotas de América, de instrumentos de muerte en instrumentos de guerra a

Matutinal

Qué hermosura la mañana
cuando el cielo se engalana
de liriales resplandores

y como profusamente
se diluye en el ambiente
el perfume de las flores.

El Sol asoma despacio
su esplendor en el espacio
que hace a todo renacer

y si cruza tu figura
se completa la hermosura
de un glorioso amanecer...

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

descuido y debilidad, que la humanidad es llevada a buscar y a descubrir las leyes, conformándose a las cuales se vuelve uno fuerte y feliz.

A la terrible escuela de la naturaleza el hombre aprende a dominarla, y bajo los golpes de las energías cósmicas el hombre cumple actos de valor, que en dignidad vencen todo el universo físico. Sin las catástrofes cósmicas el hombre no se estimaría tan en alto, no sabría cuáles tesoros se ocultan dentro de él, tesoros de heroísmos, de piedad, de abnegación. Ni nosotros nos atreveremos a negar la grandiosidad y la nobleza de esta tentativa de respuesta a la cuestión que hemos planteado; observamos tan solo que la verdadera respuesta falta.

También para la ciencia, rigurosamente hablando, es indiferente que la muerte se produzca en una u otra forma; antes o después de las catástrofes de Estados Unidos, Paraguay, Méjico, La Habana, Filipinas, etc., la suma de energías actuales y potenciales del sistema

muerte, no tendría la mínima eficacia altruista sobre el resultado último del proceso cósmico. Cada uno de nosotros siente que nuestro corazón unánimemente se revela contra este modo de ver, que niega la realidad de lo que nosotros más apreciamos: cada uno siente que debe ser posible otra y más satisfactoria respuesta. Y a nuestro entender, ésta no es imposible si se incluye en ella el lado verdadero de la respuesta de los místicos, como la de los pensadores modernos. La primera cosa de la cual el hombre está sediento es la seguridad: todo el proceso de la civilización es una lucha por la libertad contra el arbitrio; venga de los miembros de la propia tribu, de la propia nación, o venga de la naturaleza misma: él reconoce la existencia de leyes constantes, porque tiene necesidad de ellas y siente que sin esto la vida sería insostenible.

La sensación de que hay realidades para las cuales vale la pena, individual y colectivamente, de morir para que ellas triunfen; esta sensación que confiere a la historia

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

todo su interés y la sumerge en trágicos y sublimes resplandores, no puede, desde luego, ser educada más que en la lucha contra el esfuerzo de los elementos destructores de la naturaleza.

La sensación de lo eterno no puede ser educada más que en antagonismo con el de las cosas que perecen o pasan. Si el fin de la vida del hombre es el de volverse digno de ser eterno por su intrínseca nobleza, pasando al través de la muerte misma, del sacrificio, del dolor y de la devoción fraternal, las catástrofes cósmicas pierden mucha parte de su horror.

Hay otras en redor nuestro, cada día, no menos terribles: ¡cuántas vidas quebradas y que sufren solas! ¡Cuántos héroes, cuántos mártires, en los países donde reina la dictadura, que sufren en la cárcel, sin la más pálida, lejana visión de la aurora, ante la cual para ellos sería más dulce morir! Las catástrofes físicamente inmanes y colectivamente trágicas no son de éstas, ni más trágicas ni más inmanes: ellas solas ilustran en forma más evidente una misma ley del mundo de los valores espirituales. Ni un Dios podría crear un espíritu digno de ser inmortal: esa dignidad, cada espíritu no puede creársela, que con asiduo conato suyo propio, luchando contra las fuerzas adversas, del conflicto con las cuales el valor sale, chispea y triunfando de ellas, transformándolas de obstáculos en instrumentos de voluntad heroica. Un Dios amante y heroico, ansioso de un orden cósmico reflejante, en su integridad, lo más posible, el heroísmo divino y el divino amor no podría de otra forma educar sus criaturas al amor heroico; y lo que nunca débese olvidar es que esta respuesta a nuestro problema no nos viene de espíritus débiles, sino de espíritus heroicamente templados al sufrimiento: Dante, Mazzini y, sobre la cumbre de todos, Jesús. Y, de esta suerte, nosotros podemos concebir toda la historia como un proceso pedagógico en el cual la vida doméstica, la civil, la moral, la política, la cosmopolita, la científica, representan otros tantos estadios de un conflicto perenne y necesario para el desarrollo de otros tantos diferentes niveles de heroísmo noble y altruístico, en grados siempre más profundos.

Los ingleses tienen un proverbio que refleja bien su espíritu: "la situación desesperada es la oportunidad de los fuertes". Con más verdad todavía puede decirse — ni es indigno que se diga — que el mundo en que florece el dolor y esparce la desventura, es el solo mundo que puede ser escuela de héroes y de ternura fraternal; es el solo mundo que un Dios hallaría digno de elegir para su morada; y un mundo así es el nuestro, desde que en él las desgracias revelan — como ellas solas pueden hacerlo — las potencias inagotables del amor y de la voluntad.

DEJAD...

Dejad que llore, dejad que la angustia taladre con su flecha aguda mi frente... ¡Ah, mi noble padre!...
Dejad, dejad que llore, las lágrimas son buenas cuando el pecho oprime la legión de las penas.
Dejad, dejad que llore como en la noche aquella, ¡como en la noche trágica del venir de Ella!...
El cielo todo opaco, todo sombrío el cielo, y era la tierra yerma, campo de desconsuelo; ¡todo era angustia y todo certidumbre y todo desesperar inmenso y oscuridad de lodo!...

Conteniendo lágrimas entré en el aposento llevando tembloroso el débil alimento...
Sentí frío en el alma... hondo frío... Dulcemente tomé su pobre mano y la llevé a mi frente...
Dejad, dejad que llore, las lágrimas son buenas cuando el pecho oprime la legión de las penas.
...tomé su noble mano, su noble mano fría que muchas veces, muchas, me acariciara un día!...
Dejad, dejad que llore, como en la noche aquella, ¡como en la noche trágica del vencer de Ella!

Después... ¡Ah!, como en esa hora no he muerto ni más tarde, llevando su cuerpo blanco y erto?...
¡No habléis!, ¡no digáis nada!, ¡los consuelos son vanos!, ¡sobran las palabras en vuestros labios humanos!, ¡sobran el irremediable y el así es la vida y toda caricia buena o frase conmovida!
Dejad, dejad que llore, las lágrimas son buenas cuando el pecho oprime la legión de las penas.

¡Oh, padre!, ¡padre mío!, ¡pensar que tú te has ido!, ¡pensar que no eres nada!, ¡pensar que estás perdido!, ¡que es inútil mi fuerza, que es inútil mi espanto, que mi verso es inútil, que es inútil mi llanto!, ¡que todo, todo es vano para despertarte!...
¡ni el dolor con su magia!, ¡ni el amor con su arte!...
¡Oh padre!, ¡padre mío!, ¡no he de volverte a verte!, yo, inquieto en la vida, tú, inmóvil en la muerte, yo, esperando tu grito, tú, sordo a mi llamado, ¡a mi llamado intenso de lágrimas bañado!...
¡Ya nunca, nunca, nunca!, ¡oh padre, padre mío! ¡he de volver a verte!... ¡Tú, solo sobre el frío del mármol descansando con los iris cegados, con las manos heladas, con los labios sellados!...
Dejad, dejad que llore, las lágrimas son buenas cuando el pecho oprime la legión de las penas!

CARLOS MARIA PODESTA.

De los tiempos bíblicos

Por tierras de Palestina

¡Los tiempos bíblicos! ¡Cuáles son los tiempos bíblicos? Los de toda la historia de la Humanidad: los tiempos tan lejanos, tan pretéritos, que siempre los tenemos presentes; tiempos imborrables, irrecederos; los que empiezan con Adán y Eva; los del Diluvio; los de Abraham, Isaac y Jacob; los de la inmigración a Egipto, de José y los Faraones; los de Moisés, los de los jueces y reyes, los de Judith, Ester, Job; los de Ruth, los de los

Profetas y los Macabeos, los de las guerras de Matatías, los de la grande y sublime tragedia, los de los apóstoles...

¡Las tierras bíblicas!

El Este de Africa y el Oeste de Asia; desde el Nilo al Eufrates; desde el Líbano, el nacimiento del Jordán, hasta la Arabia pétrea.

El mar Rojo, el lago Tiberíades, las llanuras de Filisteas, la Galilea, los montes Hermón, Samarin, la Judea, Jerusalén, Naplura, Acre,

Tiro, Jafaf, Sidou, la Cesárea, Hebron, Tadmor, el país de los cananeos; Damasco... ¡Qué de recuerdos!

¿Quién no ha sentido deseos de visitar la Palestina?

Hoy se puede viajar cómodamente por aquellos países, sin acudir al asno ni al camello.

Vayamos a Palmira, la de las famosas ruinas. Desde Beirut, la blanca ciudad asentada en tierra de color rojo, se puede ir en un día de... ¡auto! a la ciudad que fué la capital de la única y gran reina beduina, y que hoy es su tumba.

Desde Damasco, que sirvió de cárcel al apóstol San Pablo, la gema de todos los oasis del mundo, el viaje es aún más corto; pero el objeto es evitar un caravanserray.

En la poesía, en la novela, el caravanserray resulta lleno de romanticismo. En lo real es un gran corralón, sucio, lleno de polvo, de cabras, de carneros, de camellos y camelleros, cercado por un muro de adobe de seis metros de alto.

Adosado a tres de los lados del cuadrilátero, y a la altura de metro y medio del suelo, hay una plataforma y en ella cuartos sin ventana alguna. Allí hay que pasar la noche, envuelto en una manta, si no se quiere dormir en el suelo del corral.

Los ocupantes de aquel fondak pasan la noche baltando, gruñendo y chillando; los bípedos tocan la flauta, cantan, charlan, bailan, pelean, se entretienen en hacer sonar la bocina del auto, comen, beben, producen mil sonidos molestos, hacen todo cuanto su ineducada voluntad les sugiere.

Es un espectáculo pintoresco, lleno de color. Jamás se olvida una de esas noches pasadas en tan inmundos corralones; jamás persona sensata vuelve a repetir la experiencia.

Un viajero nos contaba que después de trece noches parecidas, el auto abandonó las calles llenas de lodo de Díez-el-zor y la cubierta del vapor de ruedas que recorre el Eufrates. Desde entonces, aseguraba, estoy convencido de que el número 13 es fatídico.

—¡Tadmor a lo lejos! — exclamó el conductor.

El chauffeur siríaco apoya seráficamente la cabeza en la palma de la mano, como diciendo que allí hay que dormir aquella noche, y pronuncia: "Ma fi quis Tadmor", algo así como que Tadmor es un "pueblo de pesca". ¡Si pudiésemos llegar a Damasco!

Pero fué un día accidentado; el auto tuvo que dar mil revueltas por huir de los beduinos, hasta perderlos en un lecho de oscura lava y salir de él sin saber cómo, para dar con un campamento de aquellos beduinos de los que huíamos. Hubo que atravesarlo con vertiginosa rapidez, dejando a un lado y otro las parduscas tiendas de campaña, huyendo de los insultos de las mujeres y de las pedradas de los desnudos chiquillos.

El sol abrasaba, la sed se hacía sentir, el estómago desfallecía; un puñado de dátiles, un sorbo de agua caliente de nuestras cantimploras. Las azules montañas se tenían de rojo y oro a los rayos de sol. En la cima de una montaña se destacaban las ruinas de un antiguo castillo.

Al pie de las montañas empezaron a verse palmeras que cada vez se hacían más visibles. Seguimos

Fotografados

Tricromías

Bicromías

Confección de élises para revistas, catálogos, folletos y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

el lecho seco de un río, y de repente apareció a nuestra vista una larga línea de colinas corintias en medio del desierto, de color rosa dorado, que sólo el tiempo puede dar a las piedras; detrás, palmeras de verde penacho, y en el fondo los oscuros picachos de la montaña.

—¡Tadmor! — exclamó el chauffeur de nuevo. — Mal pueblo; buen agua.

El auto rodaba por entre bloques de mármol tallado. El nombre de Tadmor vino a mi mente y me acordé de aquel versículo bíblico:

"Y Salomón edificó Gezer y Bethoron el bajo, y Baalath y Tadmor en medio del desierto".

¡Pero si esto es Palmira!

Estábamos en medio de las ruinas de la ciudad de Zenobia, a la que los árabes dan aún el nombre bíblico de Tadmor.

Fué una gran reina aquella mujer beduina, que reinó primeramente sobre su marido y después sobre Mesopotamia, Siria, Asia Menor y Egipto. Su ciudad era magnífica, esplendorosa. Aun en sus ruinas se ve su belleza, su elegancia, su grandiosidad.

Su belleza la reflejan las columnatas corintias que aún se alzan altivas y elegantes en medio de las arenas del desierto; la grandiosidad la muestran las monumentales tumbas cuadradas al pie de las colinas y el gigantesco templo del Sol, cuyos muros rotos y ruinosos parecen querer pinchar el azul de la bóveda celeste.

Nada más queda de la gran ciudad murada, de los miles de calles formadas por columnas, sobre cada una de las cuales se alzaba una estatua dorada.

VIDA SOCIAL

Ella (con gran curiosidad). — Ya estamos solos, señor López. ¿Se puede saber qué tiene usted que decirme con tanto misterio?

El (con gran dulzura). — No quise decirle nada delante de la gente, pero aquí puedo...

Ella (animándole). — ¿Qué?... Dígame.

El. — Que tiene usted un tiznón en la nariz.

E L H I J O

Por Paul Genisty

Fremelle, insignificante empleado sin esperanzas y sin porvenir, llegó aquel día al Ministerio con su acostumbrada puntualidad, pero muy turbado. Examinó los expedientes colocados sobre su escritorio, como hacía siempre, para darse cuenta de su labor cotidiana; pero esta vez su pensamiento estaba bien lejos de allí: concentrábase por entero en la carta que había recibido aquella mañana, y que lo había convulsionado.

En su existencia humilde, monótona y triste, que giraba eternamente en torno al mismo círculo, el pensaba en su única aventura sentimental, pobre aventura vulgar y breve, a la que no había debido más que un instante de ilusión en su soledad.

Porque el señor Frémelle, tímido y sencillo, no tenía parientes ni relaciones. Era un aislado, como hay tantos, sin hogar y sin afectos, y tenía que contentarse con superficiales camaraderías. La aventura había comenzado en la humilde pensión donde comía y donde a veces se encontraba con uno de sus colegas de oficina. Durieux, cuando las dificultades de fin de mes obligaban a éste, hombre de carácter alegre, a hacer economías.

Un día se sentó con ellos a la mesa común una mujer joven todavía, atractiva, pero de belleza un tanto vulgar. No tardó en contar a todo el mundo sus infortunios. Decía llamarse Elena Ardier, separada de su marido, que le había hecho sufrir mucho. Hablaba melancólicamente de su situación difícil, pues sus infortunios conyugales habían dado lugar a que su familia la abandonase. Era, en fin, como si estuviese sola en el mundo.

Frémelle, que conocía la amargura de vivir solo, se emocionó; se interesó por la señora de Ardier y ocurrió lo inevitable, dada su debilidad. Hizo favores, recibió pruebas de gratitud que le conmovieron y halagaron, y durante algunas semanas vivió una novela bastante vulgar, que su imaginación trató de embellecer.

Pero, a pesar de su ingenuidad y de la modesta opinión que de sí mismo tenía, él comprendió bien pronto, después de tropezar con muchas decepciones, la distancia que lo separaba de su amiga.

Luego, un día, bruscamente, Elena Ardier se marchó, con el pretexto de un viaje necesario, a su provincia, y Frémelle había estado mucho tiempo sin saber nada de ella. Un poco amargado, rechazando todo lo que había en él de aspiración a ternuras, había empezado a resignarse, y se decía: "¿Acaso he nacido yo para ser amado?"

La carta que había recibido después de un largo silencio era de Elena Ardier. En ella le decía que iba a ser madre. Explicaba que por singulares peripecias y nuevos quebrantos no había podido escribir antes. Habíase visto obligada a refugiarse en un pueblo de las Landas, en casa de una pobre campesina que la había recogido. Aquel

contratiempo, si ella no lograba rodearlo de grandes precauciones, la pondría a merced de su marido, justamente en aquel momento en que ella iba a lograr el divorcio. Después de una pintura patética de su situación, Elena pedía recursos al padre de su hijo.

Frémelle, aunque inquieto por las consecuencias de su corta aventura, no vaciló. Envío a Elena el poco dinero de que disponía. Al poco tiempo siguieron nuevas peticiones y luego el anuncio del nacimiento del hijo. Era un niño hermosísimo, por el cual había que velar, y no hay que decir que cada carta de Elena era una nueva petición de dinero.

QUIERO BEBER

(Para FRAY MOCHO).

Quiero beber hasta que mis sentidos pierdan la pauta de mi ser consciente; hasta que de mis ojos halle ausente esos tus bellos ojos maldecidos.

Hasta que ya no encuentre yo reunidos en tus labios desdén y amor ardiente con que me atas; hasta quedar demente y aborrecer tus besos fementidos.

Cuerdo, jamás podré yo emanciparme de tu sonrisa falsa y seductora que es veneno sutil que me asesina!

¡Quiero beber alcohol para librarme del néctar de tu boca embriagadora que me engaña, me atrae y me domina!

FRANCISCO GALLARDO SARMIENTO.

La idea de que era padre, obsesionaba al pobre empleado.

Al principio, esta idea le había inspirado una especie de terror, sobre todo al comprobar su pobreza. Pero, poco a poco, se había habituado, con el estremecimiento de los sentimientos nuevos que sentía despertarse en él. Al menos podría hallar lo que tanto había necesitado. Ahora, su vida tenía un objeto, un norte, y las mismas cargas que éste le proporcionaba, por pesadas que fueran para él, lo enaltecían a sus propios ojos.

Las cartas de Elena Ardier, unas veces lacónicas, otras veces abundantes en detalles, reclamaban siempre dinero... El pequeño Enrique (tenía el nombre de Frémelle) había estado enfermo.—Frémelle se había inquietado entonces;—había que pagar al médico y no podía negarse a la nodriza lo que reclamaba. El remitente se desesperaba por la escasez de sus recursos; pero la ternura que en él nacía por su hijo—¡su hijo!—dábale cada vez más ánimo.

Había agotado sus economías; ahora buscaba desesperadamente el

medio de aumentar su exiguo salario. Se privaba de todo, se mataba a trabajar. No tenía más que una ambición, un sueño: ¡hacer un viaje, ver a su hijo! Una palabra de Elena le obligó a renunciar a este proyecto, imprudente, según ella. En cambio, le envió el retrato del pequeño: un bebé mofletudo, como cualquier otro a los ojos de los indiferentes. Pero aquel retrato causaba a Frémelle una alegría infinita. Lo miraba sin cesar, y a fuerza de contemplarlo, encontró que tenía cierto parecido con él. En aquel retrato estaban concentrados todos sus pensamientos... ¡Sí; él tenía vocación de padre!

Hasta llegó a sufrir hambre, tan severo era consigo mismo; había dejado por una buhardilla el departamento donde, con sus manías de solterón, todo lo tenía tan bien ordenado. Pero, pensaba él, así no le faltaría nada al niño.

Durante dos años se impuso sacrificios heroicos, y fué un verdadero milagro que no sucumbiera a tantas privaciones.

Sin embargo, una mañana, sintió-

Acaba de aparecer

L L A M A
INTERIOR

Últimas poesías de
Félix B. Visillac

En venta en todas las
librerías —

presente que Elena Ardier, en la mesa redonda de la pensión, nos hizo a todos el "cuento del niño", porque todos, más o menos... En fin, no ha sido usted el único, se lo aseguro... ¡El niño!... ¡Pero si nunca ha existido, ni tampoco el marido!...

—Pero — dijo Frémelle, estupefacto, — ¿y las cartas que venían del pueblo landés?...

—Una artimaña infantil... Sólo usted podía creer eso.

Frémelle parecía abrumado por aquel golpe.

Durieux continuaba, le daba pruebas de la abominable mistificación...

¡Qué! ¿Sus privaciones, aquella labor encarnizada que había impuesto, la restringida existencia que había llevado, todo aquello no había servido más que para dejarse burlar por una aventurera que jugaba con su sensibilidad?...

Ya no sería, pues, requerido; podría respirar y pensar un poco en sí mismo... Cualquiera otro se habría visto librado de un gran peso.

Y, sin embargo, después de aquella conversación que lo había desengañado y convencido, Frémelle volvió a sentarse ante su escritorio y pensó:

—Sí... ¡Pero qué vacía va a quedar mi vida en adelante!... ¿Por quién voy a trabajar ahora?

La dieta es preventiva y necesaria.

Las tres cuartas partes de las veces estamos enfermos porque no tomamos ninguna de aquellas precauciones gracias a las cuales podríamos disfrutar de una envidiable salud.

La primera y la más eficaz, es la de someterse a una rigurosa dieta apenas se siente el más pequeño malestar y también en épocas fijas. De esta manera, el organismo se desembara de materias nocivas susceptibles de determinar enfermedades.

Un médico norteamericano, el Dr. Welton, trata preventivamente a sus clientes obligándoles a ayunar una vez al mes, por lo menos. De esta manera, el doctor Welton consigue no tener jamás enfermos, que es, precisamente, el arte de que se enorgullece.

¿Verán los hombres de nuestro siglo la esfinge en toda su esplendorosa magnitud?

Gracias a la iniciativa del gobierno egipcio, nuestra generación tendrá la posibilidad de admirar la gran Esfinge en toda su vetusta belleza, privilegio que estuvo vedado a los hombres desde hace innumerales años.

La venerable y simbólica imagen ha permanecido siglos y siglos hundida bajo la arena que sobre ella acumularon los vientos del desierto.

En el curso del siglo XIX, la Esfinge fue desembarazada dos veces. La última operación tuvo lugar en 1886. Se llegó a la conclusión de que requería una limpieza semejante cada cincuenta años. Según las descripciones legadas por los viajeros de la Edad Media, en algunas oportunidades las arenas llegaron a cubrir casi totalmente a la Esfinge, dejando visible sólo la cabeza.

Se explica que los gobiernos de los siglos pasados vacilaran antes de emprender la limpieza, operación que requirió todo un ejército de fellahs.

La longitud total de la estatua es de 39 metros, de los cuales 17.75 metros corresponden a las patas anteriores. El corcamiendo de la cabeza se halla a 17 metros de altura, tomada desde la plataforma sobre la cual está echada la Esfinge. Hace unos cuatro meses, antes de la iniciación de los trabajos, las arenas llegaban hasta la mitad del pecho. Esto quiere decir que para limpiarla será necesario extraer muchos millares de metros cúbicos de arena, la que es prudentes transportar muy lejos, si se desea que el viento del desierto, en continua tempestad durante cincuenta días del invierno (febrero-marzo), no maldiga tan grande esfuerzo.

Mas aquellos turistas que quieren ver las patas de la Esfinge, deben apresurarse. El desierto es un infatigable nivelador, y el año no habrá concluido sin que ellas desaparezcan bajo las arenas. Toda la llanura de Gizeh está recubierta por una capa cuyo espesor es de 15 a 20 metros sobre el nivel que antaño tenía, cuando los egipcios construyeron las Pirámides y la Esfinge.

Es decir, que jamás se logrará imprimir a estos monumentos la belleza inicial, cuando sus siluetas se recortaban sobre el horizonte y el cielo azul.

Los trabajos se realizan a la antigua; hombres son los que transportan las arenas en canastas de mimbre. Al mismo tiempo que se libra de las arenas a la estatua, se ejecutan las reparaciones de carácter más apremiante. Y es que los arquitectos del gobierno egipcio han descubierto grandes y profundas rajaduras, que ocultan las arenas. Serán reparadas mediante la inyección de un cemento líquido especial. Es probable que estas grietas tengan origen en la infiltración de las lluvias en una cavidad, profunda como de tres metros, y que está en lo alto de la cabeza.

Mittenwald, la ciudad constructora de violines

Si Cremona logró fama universal gracias a Antonio Stradivarius, el mágico constructor de violines — algunos de los cuales se cotizan hoy en sumas extraordinarias, — la ciudad alemana de Mittenwald debe hoy su riqueza y renombre a la industria del llamado rey de los instrumentos.

Situado en el risueño valle del Isar, entre abruptas montañas, sus calles resplandecientes de limpieza y sus casas con flores en las ventanas, ofrecen una nota de paz muy en armonía con las actividades del vecindario.

En la plaza principal elevase el monumento del fundador del arte de la confección de violines, Mathias Klotz. Vivió hacia 1670, y era el primer constructor de violines en Mittenwald, donde se instaló después de haber aprendido su oficio en Italia, estudiando durante muchos años con los maestros italianos.

El forastero descubre, de pronto, al pasar por la calle, un violín colgado en una habitación, y sin vacilar un momento, estimulado por la curiosidad, penetra audazmente en la casa. ¡Cuántas cosas interesantes le esperan! Violines de todos tamaños y colores, violines concluidos y otros empezados, guitarras y laúdes. Colgadas en las paredes relucen las herramientas: cepillos, limas, sierras, gubias.

El constructor, absorto en su faena, parece no darse cuenta de la llegada del forastero. El bávaro es, generalmente, poco amigo de la charla, sobre todo cuando está trabajando. Pero su benevolencia no deja nunca de mostrarse propicia. Dejará los útiles, y encendiendo el cigarro, os dirá poco más o menos:

—Hoy no vale casi la pena el ser constructor de violines. Mi abuelo, mi bisabuelo y demás antepasados, que en paz descansen, esos sí representaban algo. El día de mercado, cuando llevaban los violines a las ciudades para venderlos, todos los ricachones, los Fugger, de Augsburgo y los abades, se disputaban sus primorosas cajas musicales. Pero ahora... ahora hay fábricas que construyen una pacotilla que da vergüenza. A pesar de ello todos los que desean adquirir un buen instrumento acuden a nosotros, que trabajamos sin máquinas, construyéndolo todo a mano con arreglo a antiguos patrones y modelos heredados, según el método de construcción que establecieron nuestros antepasados.

Hará una pausa, equivalente a un homenaje.

Luego continuará diciendo:

—Vea usted; ahí, en la pared, están colgadas las recompensas y medallas concedidas a mi bisabuelo, a mi abuelo, a mi padre, a mí... Todas ellas nos las proporcionaron los violines. Ninguno de nosotros deja de ser artista en esta profesión, y no es fácil que cualquiera imite nuestras construcciones.

Y ya, animado por su amor a la bella artesanía, aludirá a la aflictiva situación en que la competencia de las fábricas ha sumido a no pocos émulos de Guarnerius, cuya habilidad no suele estimarse en su justo valor. Porque construir un violín es menos fácil de lo que parece. Después de haber tallado las diferentes partes de que consta, viene el trabajo principal: el pulimentar la madera, lo que supone todo un arte. El que no lo domine, bien hará renunciando a este oficio. Se pulimenta con arreglo a recetas antiquísimas establecidas por los constructores italianos: Amati, Stradivarius y otros. En el almacén se amontona fragante la madera de pino, de arce, haya, ébano... Todos los constructores de violines de Mittenwald la utilizan. Naturalmente, no pueden construir los violines tan baratos como las fábricas; los suyos cuestan, generalmente, varios miles de marcos; pero también son los mejores que existen.

Por mucho que avance esta clase de industrias, entre la máquina y la mano del hombre, ésta será la que

151

FRAY MOCHO

se imprime con

Tintas

importadas por

PEDRO WEINSTOCK

Medrano 226

U. T. 63, 1675 Almagro

BUENOS AIRES

"cree" y aliente la obra, dotándola si vale la palabra, de personalidad...

Esta personalidad, ajena en absoluto y por completo a todo mecanismo, no deja de ser apreciada por los inteligentes. Ello mantiene la fama de Mittenwald, adonde llegan pedidos constantes que aseguran el alegre y humilde trajín de muchos talleres como los que más arriba, de modo somero, hemos descrito.

El desarrollo de las plantaciones de cacao

Antes de desarrollarse la producción de caucho en Asia en plantaciones cultivadas, producción que no llegó a cifras considerables sino después del año 1900, el mundo se abastecía del caucho procedente de árboles silvestres, situados principalmente en el Brasil.

El incremento en la fabricación de automóviles determinó una enorme demanda de este producto, ocasionando primeramente una alza en los precios, y estimulando luego la plantación de caucho.

En el año 1905 la producción mundial de caucho fué de 61.000 toneladas; de esta cifra aumentó a 124.000 toneladas en 1914; 390.000 en 1919 y 420.000 en 1924. Dicho aumento se debe casi exclusivamente a la plantación de árboles de caucho en diversas regiones de la tierra.

CURIOSIDADES DE LA BIBLIA

La palabra Señor está repetida en la Biblia cinco mil veces.

Las Santas Escrituras contienen 3.566.480 letras, 779.746 palabras; 81.102 versículos; 1.189 capítulos y 66 libros.

PARRAFOS

Las ideas deben correr. Atajarlas es atajarse. Nuestra ambición, lo que en nosotros pide, tiene de suyo la índole de lo avanzador. No se puede avanzar para atrás. Hay que ir lógicamente. Lo más lógico es el adelanto.

Así han de ser los ideales sublimes: los que por vía de uno vayan a todos. La idea magna, la valedera, la que triunfa, dimana del fondo donde está lo común. Para uno, pero para todos.

La cualidad esencial de las ideas reposa en el mérito de que despiertan. Idear es sucudirse y moverse. Moverse ya es adelantar.

He aquí una aberración: el miedo por las ideas. Yo digo que ello contradice el hermoso concepto de la vida. Todo lo que hay, tiene su fuente en las ideas. Se siente miedo por ellas, y por ellas y de ellas se vive. ¿De dónde el miedo? ¿Quién tiene miedo de lo que le hace vivir, llevándole como de la mano por la propia senda?

JULIO CRUZ GHIO.

Eran tres pimpollos, al parecer salidos de las manos de Dios mismo. Jacobina simbolizaba la belleza; Berisa, la hermosura; Elionet, la gracia. Llamaban la atención en los parterres. Todas las mamás admirabanlas, deseando que sus hijas formasen un conjunto tan cabal.

Las niñas crecieron; un día se comunicaron sus recíprocas aspiraciones.

—Para marido—dijo Jacobina—desearía yo un tipo alto, ancho, de compleción hercúlea y, al ser posible, boxeador; las demás cualidades... las creo diferentes.

—Pues yo — dijo Berisa — lo primero la forma: supedito el volumen a la línea; me gustaría un tipo-estatua, elegante, que llamara la atención en los salones.

Y Elionet, la vivarachita Elionet, aunque concienzuda Elionet; que siempre discrepaba aunque nunca tardaba en expedirse, después de meditar y tratar de decirlo, terminó asegurando que su tipo resistía a la pintura, por serle indiferente la línea y el color, la forma y el volumen.

—Me gustaría, — acertó a decir, no obstante, — un tipo que se rebelase contra todo lo injusto, que deplorara la imprescindible necesidad de sacrificar a los animalitos y nacerlos trabajar y que compra-



ra pájaros, muchos pájaros, para soltarlos y verles disfrutar del indecible bien de hallarse redimidos; un tipo...

—Vamos, un tonto — resumió Jacobina.

—O un "gilí" — agregó Berisa — a quien mojaran la oreja los chicos de la calle.

Y aunque los sueños se realizan pocas veces, Jacobina vióse unida a un boxeador, Berisa a un galán joven de comedia y Elionet a un maestro, y mientras Berisa y Jacobina luchaban con ahínco por conservar y acrecentar sus respectivas hermosuras, para contrarrestar con éxito el maléfico influjo de las admiradoras de sus esposos, valiéndose de tintes y de afeites y hasta pi-

diendo a Dios el no ser madres— que avejenta y esclaviza a su manera — Elionet criaba pollos y compraba un bebé cada año en las ferias de París — distanciándose así, al parecer, del único y genérico ideal de la eterna juventud — aunque dióse el caso que ella sólo lo lograra. Y fué debido a que con los años los esposos de Berisa y Jacobina envejecieron, perdiendo el uno su magnífica y sólida amplitud de hércules y el otro la pureza y esbeltez de la forma, que tanto sus mujeres codiciaban, mientras que el maestro, conservando por completo y muy lozanas sus aficiones a soltar los pájaros y a deplorar el sacrificio de los animalitos, jamás se transformó para la suya. Y no

sólo fué ésta la dicha de Elionet: como su mamá, pues que lo fué también de tres pimpollos que simbolizaron la belleza, la hermosura y la gracia, fué envidiada en los parterres y alamedas por todas las demás, que desearon para sí tales prodigios, y confortada siempre con la idea de que existiría por los siglos de los siglos una Elionet joven, hija de otra Elionet que envejeció o murió, pero que como ésta gustase de los hombres de buenos sentimientos.

—Pero, ese cuento, abuelita, lo has contado muchas veces.

—A Pablo.

—A María.

—A Esther.

—Sí, nenes, a todos, a todos los que no son tan viejos como yo.

—Y ¿por qué?

—Porque los viejos no suelen gustar de los cuentos, sobre todo de los cuentos que pueden obtener varios finales; son monocordes, apegados a la tradición dentro de ella, a la tradición que practicaran. En el caso del abuelito, que va y viene a la plaza por la vereda de los tapiales, la única terrosa, habiendo otras más cómodas y limpias de asfalto y baldosín; aunque, como dice él, esas ya son aceras.

JOSE PAVIA R. JAEN.

Aun visten de corte: con su capa negra de seda tornasol, bajo la que se escondía la espada; con sus largas medias de un bello tono rojo y las espuelas agudas.

Formaban los teruteros la guardia noble de un anciano y buen emperador Inca, no preocupado de otra finalidad que la del bienestar de sus súbditos.

Como la organización de su gobierno, disponía que todos los ciudadanos trabajaran, como es justicia, estos tejían, fabricaban calzado, laboraban la tierra, y eran felices.

Pero no faltaban entre los incas sujetos discolos y sofistas que prometiéndolo mejor dirección del estado conspiraban para destronar al emperador. Proclamaban arbitrarias teorías, por las cuales, — según ellos, — en equitativo reparto, al pueblo le correspondería el trabajo continuo y a ellos el goce eterno...

Era insignificante el servicio de los teruteros y ellos no estaban descontentos, pero los malos políticos azuzaron sus ambiciones insistiendo con sus promesas de glorias, riquezas y honores.

Les decían:

—Cómo puede ser que personas tan finas, tan aristocráticas como ustedes, se ocupen de llevar mensajes, de hacer guardias y dar caza a las moscas para que no incomoden al emperador?

LOS TERUTEROS

Por Montiel Ballesteros

Ustedes, por su rango, por sus merecimientos, debían estar sentados, servidos y, natural, honrados con toda clase de homenajes.

Los vanidosos teruteros dieron

lacio, se posesionaron del soberano y lo cerraron cargado de cadenas. Asumieron el poder despreciando o violando las leyes buenas, humanas y justas, que otrora facilitaron el



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

oídas a los conspiradores y una noche abandonaron las ballestas y las espadas en la armería imperial y echáronse a dormir.

Los amotinados, sin encontrar resistencia alguna, invadieron el pa-

progreso y dieron tranquilidad a la nación.

Los teruteros se vanagloriaban de haber cooperado al cambio de régimen; premiados con su anhelada holgazanería perdieron el uso

de la espada, pues los políticos, astutos y taimados, se previnieron:

—Quitémosles las armas. Estos ya faltaron a su palabra una vez...

Así fué que ni siquiera pudieron ayudar a los antiguos conspiradores cuando el pueblo, comprendiendo su conveniencia, se rebeló, echó a los usurpadores y reconstituyó en su puesto al emperador bueno.

A los teruteros se les castigó mandándoles hacer guardia, día y noche, toda la vida, no sólo en la casa del emperador, sino hasta en el rancho del gaucho más pobre, en la choza del indio más humilde.

Y así los ves, elegantes, con su bello traje de corte que no tienen tiempo de cambiarse, gritando alborotados a cada rumor que sienten, al sol, bajo la lluvia, preocupados de cumplir con su deber y condenándose en sus propias frases:

—Tero-tero! Tero-tero!...

(Quiero, quiero).

Porque intentan gritar:

—Quiero, quiero decirle a mi señor, el hombre, que un peligro puede amenazarlo... Quiero prevenirlo... Pero como se acuerdan de su culpa y de su condena, se ponen inquietos y pronuncian sólo la palabra inicial:

—Tero-tero! Tero-tero!...

Ahora son dignos de amor y de respeto porque hacen con humildad su oficio.

NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillos y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán el 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a **NICOLAS SCARINCI**, Casa Longines, Buenos Aires, Florida 142.

El señor Letestu, opulento industrial y quincuagenario, hacía discretamente la corte — preciso es añadir que sin éxito — a una linda viuda y rica, la señora de Candor. Un día que tomaba el té en su casa lo habló la viuda de una pequeña vitrina que había visto la víspera en casa de un anticuario, y que le agradaba mucho. Dijo esto sin ninguna intención y sin sospechar que aquel viejo avaro pudiera comprarle el mueble.

Pero Letestu, que quería seducir a aquella mujer encantadora, tuvo la idea—loca, dada su avaricia—de ofrecer este mueble a la señora de Candor. El regalo sería demasiado costoso, pero no se vería tal vez recompensado con un sí que con tanto empeño buscaba?

Por primera vez en su vida el señor Letestu iba a mostrarse espléndido; claro que a condición de que la locura no fuera demasiado costosa.

Era necesario conocer el precio del mueble y, por tanto, presentarse en la tienda como comprador; pero adoptando toda clase de precauciones. Porque si el señor Letestu se presentaba con el lujo con que se abastecía desde que había emprendido la conquista de la encantadora viuda, era seguro que le pidiese el vendedor un precio fabuloso.

Después de mucho reflexionar, al señor Letestu se le ocurrió una es-

El castigo del avaro

Por Andrés Mycho

tratagemas. En un viejo armario de su hotel conservaba los andrajos que vestía cuando llegó a París para dedicarse a la venta ambulante de ropa vieja. Se vistió aquellas prendas miserables, montó en el lujoso automóvil que guiaba él mismo y que tuvo a buen cuidado de dejar a gran distancia de la tienda de antigüedades, y entró en ella.

El señor Lotzman, el poseedor de la vitrina italiana, vio entrar en su casa a aquel harapiento, a quien tomó por un mendigo.

—Dios le ampare — le dijo malhumorado.

—¿Cómo que Dios me ampare?— dijo sorprendido el señor Letestu. —¿Por quién me toma usted? Yo vengo a comprar algo.

—¡Usted!

El señor Letestu, ante la sorpresa del comerciante, se acordó de los andrajos que vestía y se apresuró a decir:

—Soy trapero en Bakgnolles.

—¡Un colega! — exclamó el señor Lotzman, ya tranquilo. — Perdóneme. ¿Qué desea usted?

—Venía a ver si podía llevarme algún mueble en condiciones ventajosas.

El anticuario se apresuró a enseñarle varios objetos a precios razonables; pero que el señor Letestu encontró excesivos.

—¿Y aquello? — dijo, señalando con un gesto de desdén a la vitrina italiana.

—¡Oh! ¡Este es un mueble auténtico! Ayer precisamente me ofrecieron por él 15.000 francos y no quise venderlo.

—¡15.000 francos! — exclamó asustado el señor Letestu. — ¿Es su último precio?

—Es el precio que he rehusado. Lo que pido son 20.000 francos.

—¡20.000...! Adiós. No hay medio de hacer negocio con usted — y el señor Letestu salió apresuradamente pensando: "No pensemos más en la viudita. Con esos gustos no tardaría en arruinarme".

Entretanto el señor Lotzman, muy inquieto, examinaba sus cachivaches para ver si el extraño visitante no se había llevado nada. Y como en aquel momento pasara por la puerta un guardia, le dijo:

—Mire, guardia. Aquel vagabundo que va por allí ha entrado en mi tienda con un pretexto raro. Me parece que busca un sitio para dar un golpe.

El guardia salió en persecución del señor Letestu, al que vio acercarse a un lujoso automóvil.

—¡Ah! Por lo visto se trata de un ladrón de autos. — Y como vio al vagabundo subir al coche y salir a toda marcha, subió a su vez en un taxi y ordenó al chauffeur que diese alcance al coche que iba delante.

Detenido el auto del señor Letestu, el guardia dijo triunfalmente:

—¡Caíste, granuja!

El señor Letestu le miró asombrado.

—¿Por qué me detiene usted? ¿Por exceso de velocidad?

—¡Tiene gracia! Sus documentos; en seguida.

—¡Qué contratiempo! — pensó el señor Letestu. — Este maldito traje tiene la culpa. Me van a detener con este traje y todo París se va a reír de mí cuando se entere.

—Guardia — declaró con aplomo. — Este coche es mío. — Y abriendo su cartera: "Aquí está mi permiso de circulación. Y aquí tengo dinero. Vea usted, más de 10.000 francos."

—¡10.000 francos! Ahora explicará usted la procedencia de ese dinero.

Se sentó junto al señor Letestu y prosiguió:

—¡Y como gafa usted tan bien, usted mismo va a llevarse a la comisaría!

EL ENCUENTRO

Por José Gintora

Eran las ocho de la noche. Caía una lluvia menuda. El frío era bastante intenso.

Ricardo, envuelto en su gabán y cubriéndose con el paraguas, vagaba sin rumbo por las calles, ensimismado, *matando el tiempo*.

Maquinalmente torcía, alzaba o bajaba el paraguas para evitar el choque con los de los transeúntes que venían en dirección contraria. De vez en cuando se paraba delante de algún escaparate. Mirábalo todo, sin fijarse realmente en nada. Al separarse no hubiera podido determinar qué objeto había visto.

Estaba bajo la acción aplanante de esa especie de somnolencia interior que nos ataca a veces estando despiertos. El rumor de las palabras de las gentes que caminaban pasando por su lado y los gritos de los vendedores de periódicos y billetes de la lotería, con los mil ruidos de la calle, oíalos como ese runrún confuso que se nota en un coche de ferrocarril lleno de viajeros cuando uno cierra los ojos y empieza a sentirse invadido por el sueño.

Ricardo estaba en uno de esos momentos en que se vive mecánicamente; en uno de esos instantes en que se siente la ausencia de la voluntad, del deseo, de la vida de relación, en que todas las potencias y facultades psíquicas se reconcentran en un solo punto tan recóndito, tan interno, que el individuo se trueca en un maniquí que anda y mira sin darse cuenta de ello.

Cualquiera que entonces se hubiese acercado a Ricardo habría despertado; mejor dicho, habría vuelto a la vida real. Así sucedió. Paróse delante del escaparate de una joyería, sintió que otro paraguas rozaba con el suyo, y oyó a su lado una vozecilla dulce y argentina que dijo:

—¡Ricardo!...

Volvió la cara y en todo su ser operóse rápidamente una reacción.

—¡Matilde! — exclamó.

—¿Qué haces, hombre? ¿Miras las joyas? ¿Eres ya rico? ¿Tienes alguna novia a quien piensas regalar algo de eso?

Todas estas preguntas fueron dirigidas de prisa, jovialmente.

Ricardo, vuelto en sí, y en el equilibrio ya de sus facultades, contestó:

—No; miro por distracción; estaba aburrido.

—¡Pobrecito! Ya te lo decía-yo en otros tiempos: tú acabarás por chiflarte, hijo mío.

—¡Bah! — exclamó Ricardo sonriéndose y encogiéndose de hombros. — Y tú, ¿qué haces? ¿Adónde vas?

Y Ricardo fijó largamente su mirada en Matilde. Miróle ésta también fijamente, sin decir nada.

El continuó:

—¡Vaya, vaya; qué encuentro tan inesperado y tan agradable! ¡Chica, estás muy guapa!...

—Gracias. Tú, en cambio, estás feo, pálido, delgaducho...

A todo esto iban andando juntos. Ella había cerrado su paraguas, cobijándose debajo del de él.

Ricardo sentía en su brazo el suave contacto del cuerpo de Matilde.

Andaban sin saber adónde. El dijo:

—No me contestaste.

—¿A qué?

—A lo que te he preguntado.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

no me dejaste concluir; iba a decirte que te quise y que te quiero...

—Mal arreglo, y tardío.

Créelo.

—¿De veras?

—Y tan de veras. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué?

—¿Conservas aún algún rescoldillo de aquel fuego?

—¡Qué ingratos y qué malos sois los hombres! Las mujeres, infelices de nosotras, conservamos siempre algo de eso. Ya sabes: "Quien bien quiere"...

—¿De modo que me sigues queriendo?

—Debía decirte que no.

—¡Matilde, yo no te he olvidado nunca, no he dejado de amarte; ahora mismo, cuando nos hemos encontrado, estaba abstraído pensando en ti, en nuestros primeros

—Entraremos en cualquier parte —repuso él, algo contrariado por la advertencia, echándose furtivamente la mano al bolsillo.

Llevaba por todo capital un peso.

—¿Quieres que entremos un rato en un café?

—Bueno—dijo ella.

Siguieron andando. Ricardo iba muy preocupado. La situación no era para menos. ¡Tal encuentro y con un peso!... Y lo menos que se imponía en aquella ocasión era la cena. ¡Qué conflicto! Estaba desahogado, nervioso...

Ella lo conocía; pero callaba. Por su parte, no tenía un centavo.

Ricardo se puró de pronto, y con un arranque heroico preguntó a Matilde:

—Oye, ¿has cenado?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Y qué?

—Que no llevo encima más que esto.

Y sacó el peso para enseñárselo a Matilde.

—¡Magnífico! — exclamó la joven. — Tomaremos café con manteca como *in illo tempore*.

—¡Andando! — dijo alegremente Ricardo.

Encamináronse a un bar y se sentaron en el rincón que vieron más solitario.

Cumplióse con exactitud el programa en lo relativo al gasto.

Después de dos horas largas de charla, contándose mutuamente las peripecias de su vida desde su separación, preguntó él:

—Dime: ¿adónde ibas cuando me encontraste?

—Pues iba...

Y evadió, como distraída, la respuesta, preguntando a su vez:

—¿Y tú, qué pensabas hacer esa noche?

—¿Yo? ¿Qué quieres que pensara hacer con sólo este capital?

Y llamando al mozo pagó el gasto.

—¿Dónde vives? — preguntó Matilde a Ricardo.

—En una casa de pensión. No debo más que cuatro meses. ¿Y tú?

—¿Yo? — contestó ella. — Yo vivo sola en una pieza interior, debajo de las tejas.

—¿Y dices que sola?...

—Solita.

Poco después salían del café cogidos del brazo.

La lluvia que antes caía había sido sustituida por una niebla espesa y blancuzca, y entre sus brumas fuese poco a poco esfumando, hasta desaparecer calle arriba, la silueta de la pareja enamorada.

Acaba de publicarse

EL ALMA DE MIS HORAS

Poesías por

RICARDO ARÁMBURU

Un volumen en 8.º, con un retrato del autor y primorosas tricómas publicado por la CASA FRANGO-IBERO-AMERICANA, de París

PRECIO: \$ 8 m/n.

DE VENTA: En la Agencia General de Librerías y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. As., y en las principales librerías.

—¿Adónde ibas? — nada; me paseo...

—¿En qué dirección?

—No seas curioso. ¿De veras te agrada el haberme encontrado?

—¡Ya lo creo!

—¡Claro, como estabas aburrido!...

—No es por eso. Siempre me fuiste muy agradable. Sabes que te te quise...

—¡Jesús! ¡Te quise!... ¡Qué pretérito!

—¡Muchacha! ¿Ahora sabes gramática? Quería decir que...

—Sí; ya lo oí; que me quisiste...

Tiempo pasado del verbo querer. No te rías. Desde que no nos vemos me he hecho algo literata. Ese verbo, señor grosero, cuando se tiene delante a una mujer, se conjuga siempre en presente.

—Perdona; estoy chiflado; pero

y deliciosos amores...!

—Tú me dejaste plantada...

—¡No me lo recuerdes! Ya sabes lo que pasó; no tenía medios, no podíamos vivir...

—Y ahora, ¿qué? ¿Concluiste la carrera? ¿Saliste de apuros?

—¡Cal! Ni una cosa ni otra. Estoy casi peor que antes. ¿Y tú?

—¿Yo?... Chico, franqueza por franqueza: antes cosía, bordaba... Ya te acuerdas. Ahora..., ya ves, puedes figurarte...

Los ojos de ambos cruzaron una mirada rápida como un relámpago. Los dos habían súbitamente enrojecido. Ella suspiró; él apretó los puños.

Estas impresiones fueron momentáneas. Dijo Matilde:

—¡Chico, hace un frío horroroso!...

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre... oro 2.00
Semestre... .. 5.00	Semestre... .. 6.00	Semestre... .. 4.00
Año... .. 9.00	Año... .. 11.00	Año... .. 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado... 40 "	N.º atrasado... 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande... cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico... " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande... " " "	9.—	2.—
" " " chico... " " "	6.—	1.50

«El escuadrón de los escopeteros», por José Hernán Figueroa. Editorial Tor. Buenos Aires.

Un libro sano de un escritor joven. Cuentos narrados con una limpia naturalidad, sin torturar el lenguaje, ni artificio alguno. El autor parece tener presente que siempre lo subjetivo tiene su explicación en lo objetivo, en la presentación sistemática de las cosas; por eso pinta el ambiente de una manera certera; describe con precisión, sabe encontrar el matiz, el tono, que da mayor virtuosidad expresiva al paisaje, a la escena y a los personajes que se mueven en ella con mayor o menor animación, empujándose por encontrar esa cumbre de humanidad, que al materializarlas en el signo, les cumple un soplo de vida. Este escritor — bien se echa de ver en los cuentos — ama la vida silenciosa de los humildes, con sus paréntesis trágicos, sus diversiones, sus trabajos, sus amores. Amén, también, el recogimiento místico de los claustros, la paz seráfica de los jardines franciscanos, el redondel de piedra del reloj de sol colonial que yérguese a la vera de la fuente clara, en el recoleto convento provincial...

Digamos, entonces, que este escritor es un poeta. En su corazón se ha aposentado un inquieto eterno: el amor. Un amor a todo lo creado, porque es joven, un amor acendrado a su tierra porque es hijo fiel de ella. La magnificencia de su predio vital le inspira reminiscencias de un gran lirismo, le domina y ello se nota en todo el transcurso del libro, el recuerdo del abra soñolienta, el tañido de los cencerros de las tropillas camineiras, aflorando su musicalidad en la tarde; admira la aspiración subitánea de la lanura, empinada hacia los limpios cielos, como un alma anhelosa de perfección.

Leyendo este vigoroso tomo de cuentos, llamado «El escuadrón de los Escopeteros», el lector entra en contacto con un espíritu sutil, clarividente, que empeñado en una premiosa busca de sí mismo, se halla en su extrañable cariño a la vida, a su tierra que le da sustento, y en los recuerdos de su infancia melancólica.

«La rebelión de los ángeles», por Anatole France.

Pocas novelas tan llenas de vida como ésta de Anatole France, verdadera joya de humorismo y burla de las preocupaciones de la humanidad. Los ángeles de Anatole France, desde ya, hay que convenir en que son unos ángeles revolucionarios y casi bolcheviques; pero, así y todo, son eficaces porque obran a manera de piedra de toque para evidenciar prejuicios y derribar falsedades.

Más, no se vaya a creer que esta novela sólo se reduce a ideología y sarcasmos... Muy al contrario: Anatole France, pintor de almas y hábil colorista, traza una serie de cuadros de amor humano que, malgrado la intervención de los serafines, no dejan de resultar atrevidos y sugerentes; quizá los más atrevidos que trizó su pluma maestra.

PAPEL Y TINTA

«La Rebelión de los Angeles» es, indiscutiblemente, una obra de esas que no pueden ignorarse y cuya divulgación conviene para una mejor y más amplia interpretación del pensamiento de Anatole France. Y esto lo ha considerado así la Editorial «Las Grandes Obras» al publicar la hermosa y esmerada versión que nos ocupa.

de episodios pletóricos de colorido y acción.

Episodios como el primero, aquel en que se brinda al lector el instante de una guerrilla callejera, y el otro de la confesión de la moribunda madre de la amada, hacen honor a un artista y prestigian una literatura.

El lector, con «El Capitán Vene-

haber delinquido contra la libertad: sino que demuestra que no pudo ser de otro modo.

Son cosa muy original sus razonamientos en este orden. El punto de vista que ha adoptado para tratar de esto es inesperado. Interpreta a la iglesia católica en sus fuentes de lo que se suele argumentar; se de lo que se suele argumentar; se suele reprochar a la iglesia que no haya seguido las enseñanzas de la Biblia; y Fingerit no sólo demuestra que la iglesia católica ha seguido estrictamente a la Biblia, sino que todo aquello de que se la acusa viene de esto, de haber seguido a la Biblia. Fingerit propone una peculiar interpretación de las historias bíblicas. Su ensayo es breve, pero no tiene desperdicio.

Fingerit es un artista y un pensador: y como artista y como pensador su tendencia es renovar los viejos tópicos y familiarizar con las nuevas ideas; de suerte que su claridad clásica le exige, al tratar de los tópicos viejos, una originalidad suficiente para atraer, hacia las cosas conocidas, con consideraciones desconocidas; y esta misma claridad clásica, le sirve, al tratar de las ideas nuevas, para hacerlas parecer familiares al lector. De todas maneras siempre, aun en los puntos más difíciles, la lectura de Fingerit es amena. Pero muchos no miden su profundidad engañados por su transparencia.

La temporada de verano en las Sierras de Córdoba.

El departamento de Publicidad del Ferrocarril Central Argentino, acaba de editar un folleto cuidadosamente impreso, con profusas ilustraciones, titulado: «Córdoba y sus sierras. — Temporada de verano 1926-1927».

La proximidad de las vacaciones lo hará ser de mucha utilidad para los veraneantes que entiendan pasárselas en esas afamadas sierras.

Dicho folleto contiene datos de mucho interés, referentes a localidades, distancias, alturas, caminos, hoteles y deportes complementados por un excelente mapa de la región serrana. Los interesados podrán conseguir gratuitamente sus ejemplares en el edificio del ferrocarril Central Argentino, Bmé. Mitre 299, escritorio N.º 7.

Hemos recibido:

«Las confidencias de un expatriado voluntario», por Martín Aldao. — Edición Cuggiani. — Roma, 1926.

«Notas y recuerdos», por Martín Aldao. — Edición Cuggiani. — Roma, 1926.

«Vida y milagros de un primer actor», por Armando Moock. — Editorial Franco-Ibero-Americana, París.

«Por los caminos del mundo», por R. Blanco Fombona. — Editorial Mundo Latino, Madrid.

«A la vera del mar», por Armando Chirveches. — Editorial París-América. — París, 1926.

«Botánica práctica (Plantas medicinales)», por el profesor A. Valeta. — Edición Prometeo. — Montevideo, 1926.

«La ley marcial en Egipto, 1914-1923», por sir Maurice Sheldon Arnos.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 736 U. T. 7302, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 88, Mayo

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUGIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

«El capitán Veneno», por P. A. de Alarcón. Editorial Tor. Buenos Aires.

Novelista ameno y pulcro, entre los muchos y notables que figuran en la historia literaria de España en el pasado siglo, Alarcón es de aquellos para quienes el envejecimiento no existe. Transcurren los años; nacen y mueren las tendencias y las escuelas; aparecen y desaparecen las figuras de momentánea popularidad; pero, esta categoría de artistas a la cual pertenece Alarcón, perdura y subsiste con toda su lozanía, con toda su belleza, con toda su emoción.

«El Capitán Veneno», breve episodio romántico en el cual la acción forma admirable consorcio con la emotividad y la belleza formal, es de aquellas obras que han sentado los prestigios del gran novelista hispano.

La figura altiva y quijotesca del capitán aparece, vive y triunfa en la novela a través de una sucesión

no», estamos seguros, vivirá unas horas de emoción y de belleza; y, es probable que, también, con gran sorpresa suya, descubra el secreto de la eterna juventud y la sinceridad artística, que son la causa del imperecedero prestigio de Alarcón.

«Crítica del problema clerical en Méjico», por Julio Fingerit.

Un nuevo ensayo de Julio Fingerit. Un ensayo sobre la iglesia y el Estado, con ocasión del conflicto entre el clero y el gobierno de Méjico. Es un ensayo de orientación.

Fingerit no se ha detenido en el aspecto jurídico del problema, ni en la particularidad mejicana del caso. Lo de Méjico ha sido un pretexto, así como en el ensayo sobre la guerra, Lugones fué su pretexto, para exponer sus ideas sobre un asunto de más vasto sentido. Su alcance es, pues, general. Pocas veces se habrá leído un resumen tan claro e ilustrativo sobre la verdadera naturaleza de la iglesia católica. Fingerit no acusa a la iglesia de

COMO LOCALIZAR LAS FALLAS DE LOS RECEPTORES

Una de las partes más molestas de la radio y que se produce invariablemente, cuando usted tiene invitados a visitar su estación, son los ruidos de todas clases, que aparecen en la audición, haciendo creer a los oyentes por usted invitados, que la transmisión es la de un aserradero y no una orquesta.

Por cierto que hay muchos métodos para buscar estas fallas y ruidos, pero sólo nos detendremos ahora, para analizar el caso en que el receptor funciona aun cuando haya ruidos en él. Pues más tarde veremos los casos en que se oye débilmente y cuando no se oye absolutamente nada.

En principio puede aceptarse que los ruidos provienen de conexiones flojas o que están a punto de cortarse, salvo el caso de ruidos que dimanan de las baterías descargadas, las cuales veremos más tarde. En todo caso es indudable que para poder localizar con facilidad, los ruidos, se necesita cierta práctica, pero las instrucciones que van a continuación ayudarán grandemente a una búsqueda sistemática del asunto.

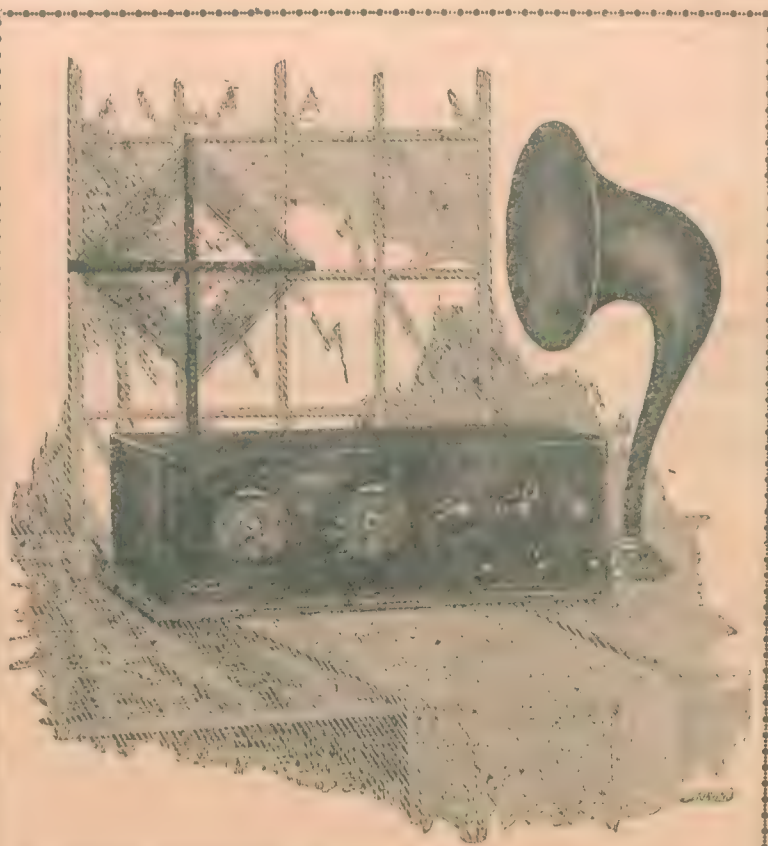
Lo primero que debe hacerse cuando se trata de buscar el origen de los ruidos de cualquier clase que hayan aparecido en el receptor, es desconectar la antena y la tierra del mismo y hacer oscilar el circuito; si los ruidos desaparecen, es seguro que la fuente estaba en la toma de tierra o en la antena y es allí donde deberán hacerse las investigaciones. Para el caso es necesario contar con la ayuda de un segundo operador, si la falla no se encuentra a simple vista, pues el método a seguir es el siguiente: Ante todo deberá verse si no hay alguna parte de la antena cortada, la cual haga contacto imperfecto; si no se encuentra, deberá revisarse todo el recorrido de la misma, para verificar si no hay algún sitio en el cual la antena toque con las paredes o estructuras cercanas y finalmente deberá recorrerse la aislación, para controlar si los aisladores no están rotos o si no hay contacto entre la antena y los tensores que la sujetan. Si a simple vista no pueden comprobarse estas fallas, ya el problema se complica, pues con la colaboración del segundo operador, el cual se colocará los teléfonos y el otro con un palo deberá sacudir la antena en los sitios accesibles, para ver si hay alguna parte en donde los ruidos se manifiesten de acuerdo con los movimientos que se le impriman a la antena, una vez encontrado el origen de los ruidos será cuestión de la perspicacia del operador el subsanarlos debidamente.

En caso de no encontrarse la falla en la antena se deberá buscar en la misma forma, en la bajada de antena y en la toma de tierra, revisando especialmente las soldaduras y tocándolas para ver si no son ellas las causas de los ruidos.

Una vez efectuado el control de estos elementos y comprobado que ellos están en perfectas condiciones, se deberá localizar la investigación en el receptor, procediendo en la siguiente forma: con los teléfonos puestos en la última etapa de amplificación que se tenga, se comenzará por golpear el receptor; es probable que los ruidos se hagan presentes cada vez que se efectúe el golpe, esto significa la presen-



RADIOTELEFONIA



Es fácil, cómodo y agradable gozar de la radio con un RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO

Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador

Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ m/n.

220.-

Pida detalles o una demostración sin compromiso a

MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181 - Buenos Aires

La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

cia de una conexión floja en el receptor; luego se pasa a la amplificación anterior y se repite el procedimiento anterior y si los ruidos han desaparecido, es señal de que éstos se encontraban en el circuito de la última lámpara receptora y para ello se revisarán cuidadosamente todas las conexiones de ella, comenzando por el socket o soporte de la lámpara, se moverá con los teléfonos vueltos a colocar en la última etapa; se moverá, decimos, la lámpara suavemente y si los ruidos se producen de acuerdo a los movimientos, esto indica la presencia de la falla y si el soporte es de tipo antiguo se saca afuera y por medio de un destornillador se aprietan bien todos los tornillos de las conexiones de placa, grilla y filamento, tratando a la vez de que las láminas hagan efecto de resorte sobre las patas de la lámpara, doblando las láminas todo lo más que se pueda hacia arriba, luego se coloca nuevamente el soporte en su sitio, apretando en todo lo posible las conexiones.

El jack se verá si falla moviendo el plug del teléfono con una mano, en este caso, casi es seguro que deberá procederse a una nueva soldadura de los contactos del jack o apretarlo a éste debidamente contra el panel.

El reostato de filamento de cada lámpara es a veces el causante de los ruidos y para ello se tratará de

moverlo, en forma de comprobar si éste no está en debidas condiciones, y en caso contrario proceder a apretar todas las conexiones que van a él y si no es posible ponerlo en condiciones, proceder a su reposición.

Si los ruidos aun con el teléfono en las etapas de amplificación persisten, se colocará el teléfono en la etapa de detección, en esta forma se localizarán los ruidos a la parte detectora del aparato; hay casos en los cuales los receptores no traen jack de detención y para ello deberá colocarse el teléfono entre los dos bornes del transformador, que dicen primario.

El mismo método anterior es el adecuado para encontrar las fallas, es decir, por medio de un lápiz u otro objeto de madera cualquiera se procederá a tocar las diversas partes del receptor, pero siempre en la parte detectora. Para revisar la lámpara, el jack, el reostato, el procedimiento es igual. Cuando se llegue a los condensadores, la forma de probarlos es la siguiente: ante todo se procede a mover el condensador en la forma usual y notar los ruidos, los cuales si se deben al condensador, lo probable es que se deba a la presencia de diminutos corpúsculos entre las chapas, los cuales se pueden eliminar por medio de una pluma de plumero común, la cual se pasará con cuidado entre las chapas, hasta

notar que no hay ningún cuerpo extraño entre ellas, lo cual se verá fácilmente si se coloca el condensador a contraluz.

Si las conexiones de las chapas no están perfectamente fijas, habrá producción de ruidos, así como si existen tornillos o tuercas flojas, aun cuando éstas no tengan nada que ver en el circuito, pues puede asegurarse que se producirán ruidos, especialmente en ondas cortas, cuando haya dos chapas o elementos de metal que se toquen, aun cuando no intervengan para nada en el circuito. El contacto de las chapas móviles, si no es a resorte, deberá revisarse con mucho cuidado para comprobar que no se debe a él el ruido. La resistencia de grilla y el condensador de grilla suelen a veces ser fuente de ruidos, pero ello se debe a veces a la presencia de conexiones flojas, pues estos elementos es raro que sean de mala calidad, como para producir ruidos.

Las bobinas, ya sean fijas o móviles, son en general la gran fuente de ruidos extraños, pues por su misma construcción y por el gran número de conexiones que contienen, es fácil que se produzcan fallas, el remedio es obvio, pues todo se reducirá a soldar o apretar convenientemente todas las conexiones.

Hay veces que los transformadores de baja frecuencia, producen bastantes dolores de cabeza, pues el ruido por ellos producido, como es en el interior del transformador, no es fácil notarlo moviendo el aparato y se asemeja al ruido producido por las baterías que es característico. Si una vez revisado todo el aparato todos los ruidos persisten, es señal que la falla se encontrará, ya sea en las baterías o en el transformador de baja: Para controlar si el ruido se produce allí, será necesario extraer el transformador y sustituirlo con otro, lo cual es bastante incómodo si no se posee más que uno, o en todo caso sacarlo y probarlo por medio de un instrumento de medición, ambos procedimientos bastante molestos y no al alcance de todo el mundo. De cualquier manera, en caso de comprobar que la falla se encuentra en el transformador, lo que se puede sacar, al comprobar que la falla no está en otra parte, lo mejor es adquirir uno nuevo, pues cuando éste no es de mucho precio, la composición cuesta tanto como la compra del nuevo.

Si los ruidos una vez hechos los ensayos primitivos por medio del movimiento del receptor, siguieran haciéndose presentes, es casi seguro que ellos se deben a las lámparas, ya sean las baterías de placa, de grilla o de filamento.

En general, puede admitirse que si los ruidos son de baterías, la falla está en las de placa, pues como estas son de pilas secas, éstas al descargarse lo producen.

La batería C o de grilla puede, en ciertos casos, ser fuente de ruidos, pero ello no es generalmente probable, pues esta batería no se descarga, sino que al contrario se carga, a medida que funciona el receptor.

A veces, y es el caso más probable, los ruidos provienen de las baterías de filamento, lo cual se notará si el ruido concuerda con la poca luz de las lámparas y la disminución de la intensidad de las señales.

TEATROS

"KNOCK-OUT SENTIMENTAL", de JULIO D. RODRIGUEZ, EN EL APOLO.

El afán de llevar a la escena situaciones nuevas, hace espigar a los autores en todos los campos de la vida, resultando a veces algo forzada la psicología de los personajes y falsas las reacciones que en ellos provocan las incidencias de la trama. No creemos que las actividades intelectuales o manuales de un hombre, establezcan dentro de la especie separaciones tan profundas como para hacer imposible el trueque o adaptación de pasiones de unos a otros; pero es indudable que la fisonomía moral de cada uno está constituida en mucha parte por la índole de su actividad predominante, puesto que, salvo excepciones extraordinarias, la vocación congénita nos guía por el mundo a despecho de obstáculos de toda clase.

No concebimos bien los fenómenos del amor en un campeón de box y, sobre todo, las expresiones del amor sentimental. Los grandes pugilistas, que hacen de su vida un torneo permanente, entre la lucha y el adiestramiento, nos han parecido siempre poco propicios para ensayar en ellos estudios relacionados con las reacciones espirituales provocadas por emociones delicadas. Sin constituirnos en detractores del box, no tenemos por este juego, deporte o negocio, ninguna simpatía, sobre todo cuando es llevado al ring por profesionales del puñetazo, consagrados únicamente a hacer chorrear sangre de las narices de sus contendores o despachurrrarles un ojo o molerlos a piñas hasta que caigan al suelo entre estertores agónicos. No es que neguemos el encanto de las manifestaciones de la virilidad, de la energía y la destreza y hasta que transijamos por aquello de la defensa personal con los propios medios naturales, sino que preferimos cualquier otro deporte o ejercicio en el que la finalidad no sea desfigurar el rostro de un semejante o maltratarlo como podría hacerlo un perro rabioso o un caballo enfurecido.

Tal vez el autor ha querido demostrar en esta pieza que también la gente del ring tiene su corazóncito. Es posible que así sea. Sin embargo nos parece más propio de este tipo de protagonista cualquier otra pasión como el amor propio, el patriotismo, la venganza, la vanidad, el afán de lucro u otra similar que pueda anidar en la idiosincrasia pristina de un luchador de oficio.

A pesar de todo, el autor ha conseguido dar interés a la intriga y hacerla aparecer con ciertos contornos de verosimilitud, dando simpatía al personaje central, que figura a través de la obra con cierta infantilidad que lo hace víctima de los pecados y defectos de los demás. Hay en la obra situaciones eficaces y momentos de interés, no faltando tampoco los aspectos cómicos logrados en buen estilo y con sano ingenio. En general, los incidentes accesorios son más intere-

santes y de más efecto que lo fundamental en el argumento de la pieza.

Arata, en el papel de viejo vasco, padre del púgil; Morganti en otro secundario de andaluz importado; Carabá en el de boxeador, tipo central de la obra; Bertha Gangloff y María Luisa Notar, en sus roles sin mayor relieve, sacaron adelante la pieza con el beneplácito del público que aplaudió largamente. Corsini cantó con su habitual buen gusto, un lindo tango que agradó mucho.

EL MAHARAJA DEL SMART

Este pintoresco personaje, que ha paseado sus cómicas incidencias por el teatro francés, donde nació, así como por el español, el italiano y el inglés, en versiones siempre afortunadas, acampó en el Smart encarnado por César Ratti, quien sacó todo el partido posible de su papel. La pieza de Ordmuen y Keroul no era desconocida para nuestro público, pero con las piezas de teatro, cuando son buenas, ocurre como con todo lo bueno (un perfume, una flor, un manjar); tarda uno mucho en cansarse, manteniendo nuestra adhesión por tiempo insospechado. Así se explica el éxito alcanzado por esta reprise, que parecía un estreno. A ello contribuyó la labor eficiente de ambos Ratti y de los demás componentes de la compañía del Smart, que jugaron la pieza con mucho acierto.

"EL BRUJO DE LA QUEMA", de A. SANGUINETTI Y G. A. FACIO, EN EL BUENOS AIRES.

Existen razones para asegurar que los autores de esta pieza son dos buenos amigos. A ello induce no solamente el hecho de haber colaborado en una obra, sino la circunstancia bien apreciable de que se han mostrado sumamente complacientes el uno para el otro en su respectiva labor, usando de una tolerancia que si bien es de resultado positivo para el mantenimiento de una amistad cordial, no es igualmente benéfica para la producción de una obra de mérito. En efecto, si hubiese ejercido uno sobre otro el más pequeño control, se hubieran advertido recíprocamente una gran cantidad de fallas que seguramente han disimulado ambos por delicadeza de la amistad. Así, quedan bien como compañeros y mal como autores. Porque la pieza a que nos referimos es endeble y falsa. Sus personajes no están tomados del natural, sino que son productos de viveros artificiales, de esos viveros constituidos por los sainetes del género, por los artículos de revistas y diarios, por imitaciones y trasuntos tropezados por ahí al acaso y por toda esa documentación apócrifa que da de esas gentes una versión parecida a los retratos ejecutados por la mano indocia de un chico que pintarrajea las paredes de su casa.

En medio de todo, cabe dejar constancia del éxito de la pieza, igual que otras muy parecidas en cuanto a procedimiento y valores artísticos. Y es que en estas producciones vale más que la pieza misma su interpretación, cuando está a cargo de elementos de la

valía de los que integran la compañía de Muñio, el popular primer actor del Buenos Aires.

UNA TEMPORADA BRILLANTE

Se inició con éxito la temporada de zarzuela del elenco que acaudilla Manolo Fernández. No cabe duda de que ha sido concebido el asunto con mucha sagacidad. A esta altura del año, todas las compañías actuantes declinan, prolongando la temporada con gran esfuerzo y sacrificio, muchas veces sólo como compás de espera hasta lograr formalizar contratos para el interior. En esas condiciones, y con el calor reinante, no cuentan los teatros más que con ese público incondicional que va a cualquier parte donde haya actores, ya sea en el seno de una parrilla o en el fondo de un pozo semisurgente.

Se comprende que una compañía bien compuesta, dotada de elementos de valía, numerosa y equilibrada en su organización y con un repertorio ya clásico en el género, a lo que todavía puede agregarse una sala amplia y fresca, tiene que arrastrar a todo el público disponible en Buenos Aires. Es lo que está ocurriendo. "Marina", "La tempestad", "La viejecita", "Los gavi-lanes" y todo el vasto repertorio de la zarzuela española, está obteniendo una acogida tan entusiasta que se trabaja casi diariamente a teatro lleno. Manolo Fernández, María Jaureguizar, Enriqueta Torres, Almodóvar, Reboredo y otros más héroes de la brillante campaña, son aplaudidos hasta la locura por un público apasionado y feliz.

EPITAFIO

Yace aquí don Juan Miró, autor nacional tan malo que, por cada estreno, un palo la crítica le obsequió. Pero él no se acobardó y escribió tanto, aunque mal, que logró hacer un platel sin que fuera disfrutado, porque murió el desdichado de una colitis mental.

Pincho.

LA GREY DE LEA CANDINI

El Politeama prosigue con buena fortuna su temporada de operetas, al frente de cuya compañía figura la simpática Lea Candini. "La princesa de las Czaras" gustó mucho co siempre, igual que "El paese del campanelli", obra que como se sospechará no tiene nada que ver con el afamado y heroico mecánico del avión Buenos Aires, aquel que hizo el vuelo desde Nueva York en dos mil etapas, cincuenta y siete accidentes, catorce extravíos y otra porción de peripecias consumadas en el breve lapso de ocho meses, si no recordamos mal. Se preparaba para estos días "La presidenta", la linda opereta de Hennequin y Lombardo.

OJEANDO LAS CARTELERAS

"El sonámbulo Persiana", adaptación de una pieza francesa, figura en el cartel del Argentino desde hace unos días. Nos ocuparemos de la obra y del papel de Parra, que es siempre un buen papel.

—En el Mayo, "La verbena de la Paloma" y "Las muertes de Lopil-lo", luchan desafortadamente contra el calor y el ausentismo.

—Sigue tirándose a muerto en el Liceo, el ilusionista Roberto Piuman, que cuenta con un público relativamente numeroso para esta clase de espectáculos y esta clase de calores.

—"El rancho del hermano", de Paiva, fué reprisada en el Nacional con mucho éxito. "La yuyera" e "Instituto Pompadour" la acompañan con su séquito de canciones, Olinda Bozán y morisquetas de Paquito Bustos.

—De Angelis, con su espléndida compañía de ópera sigue atrayendo mucho público hacia el Marconi. La gente aplaude "acaloradamente".

—Pasó de largo como para un viaje de muchas leguas, por la 50.a representación, en el Maipo, la revista "Mujeres, flores y alegría". Su colega de cartel, "La mejor revista", le saca todavía mucha ventaja.

—A estas fechas, el cartel del San Martín debe anunciar las primeras funciones de la compañía feminista de Terés. El asunto merece muchas páginas y por ello nos reservamos para el número próximo.

—Debieron pasar las picarescas del San Martín, al Ateneo, para proseguir la temporada.

GRAN SPLENDID

Sigue tanguendo la orquesta de Osvaldo Fresedo en este teatro, donde ya se han dado a conocer muchos primores musicales del género. El interés que despierta el concurso de "Discos dobles" y los selectos programas de la aristocrática sala, llevan allí numeroso público.

CAPITOL

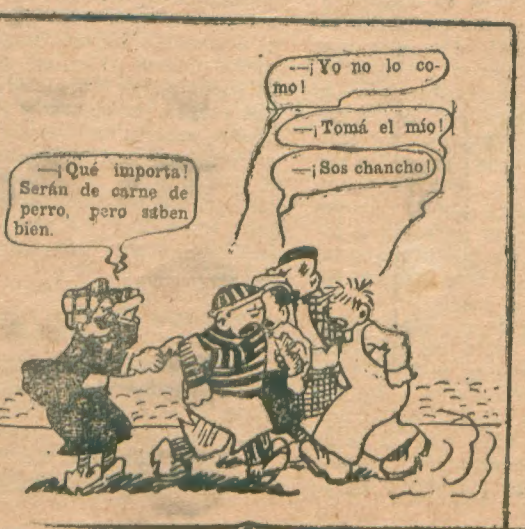
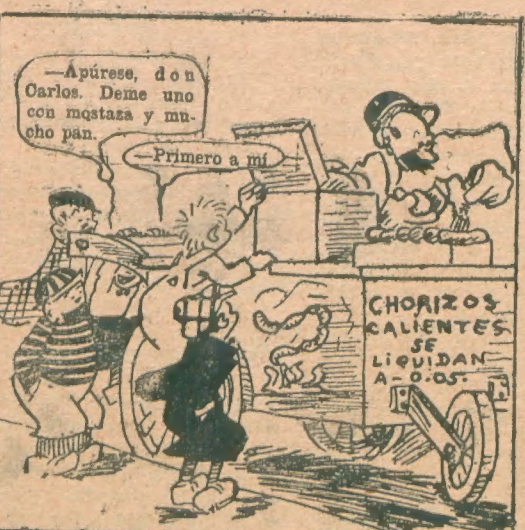
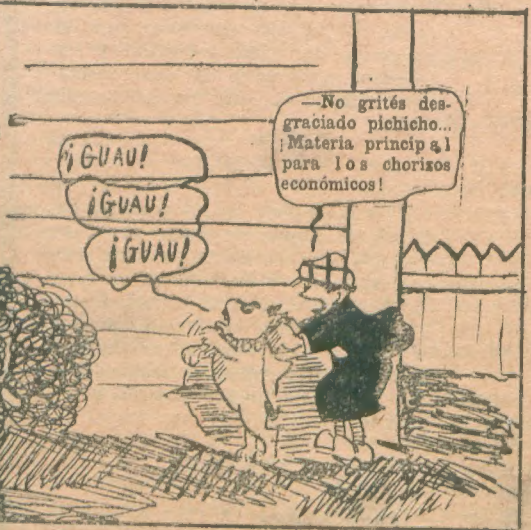
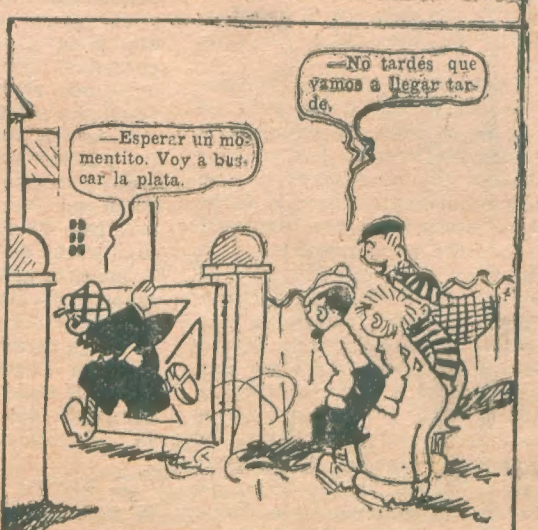
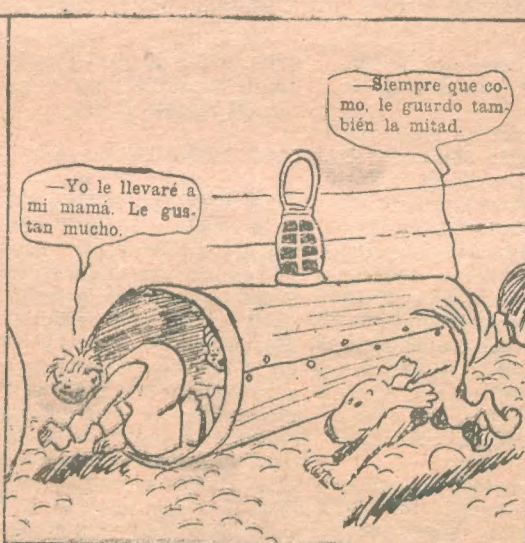
Con la llegada de los grandes calores, la gente de buen gusto se refugia en las salas de cine que cuentan con instalaciones capaces de dar frescura al ambiente. Entre ellas se destaca el Capitol, porque a la vez cuida con esmero la preparación de programas selectos con las cintas de mayor interés y novedad.

CINE PARC

La ubicación de esta sala y la cuidada selección de cintas de las mejores marcas, hacen de este cine el punto obligado de las reuniones nocturnas de las familias más distinguidas de Palermo. Para la semana en curso se ha preparado un programa lleno de estrenos sensacionales.

CÓRREO TEATRAL

Indiscreta. — Para debutar de bataclana, esa es una buena condición. Las demás consisten por lo general en no tener, más bien que en tener demasiado.



Ultimas creaciones de la moda femenina



VESTIDOS SASTRE DE FANTASIA.—1. Vestido para la tarde, confeccionado en paño negro, adornado con trencillas de seda negra y de ratón chinchilla, que también se puede cambiar por "oposum" o astrakán gris. — 2. Vestido confortable, ejecutado con lana "Plumada drapella". Cuello de skung. — 3. Vestido "trotteur", confeccionado con "velles alternacian", guarnecido con ragodin. Cinturón de piel ocrada.

Boca de Dama

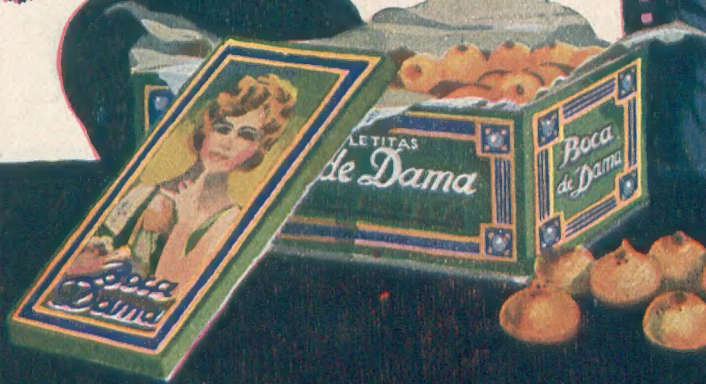
La exquisita delicadeza de estos bizcochitos ha inspirado su nombre.

Y es que, en verdad, son tan finos los componentes de su masa: harina flor, leche y manteca, y tan esmerada su elaboración que, realmente, constituyen unos bocados deliciosos, ya sean solos o con te, chocolate, vinos de postre, etc.

Se venden en toda la República.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



Boca de Dama

TALL. GRAF. A. GARCIA & C^{IA} - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA